

COLECCIÓN DIRIGIDA POR MANUEL ARAGÓN

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE KANT

THOMAS DE QUINCEY

Traducción, prólogo y notas de
Edmundo González-Blanco

Edición de Amador Palacios

BIBLIOTECA DE TRADUCTORES

EDICIONES JÚCAR

Titulo original: *The Last Days of Immanuel Kant*
Cubierta: *Alberto Amez*
Ilustración portada: *Jean Huber*:
El despertar de Voltaire en Ferney (Fragmento)
Primera edición: *Octubre de 1989*

BC-354469
INTRODUCCION

BIBLIOTECA CENTRAL
M. N. A. M.

© Ediciones Júcar, 1989
Fernández de los Ríos, 20. 28015 Madrid. Alto de Atocha, 7. 33201 Gijón
I.S.B.N.: 84-334-2805-5
Depósito legal: B. 38.252 - 1989
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Romanyà/Valls, Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)
Impreso en España - Printed in Spain

I

El verdadero malditismo de Thomas de Quincey (Manchester, 1785 - Edimburgo, 1859) viene determinado, no tanto por los párrafos azarosos que poblaron su vida, sino por la constante heterodoxia de la singular obra que nos ha legado. Difícilmente se puede conseguir de este escritor inglés un seguimiento cronológico de su existencia sin perdernos en muchas zonas de la misma. Si hay, sin embargo, datos suficientes para poder informar, y aun resumiendo mucho, que su padre fue un comerciante de Manchester que a su muerte (contaba el futuro escritor siete años) dejó una modesta fortuna a sus seis hijos; de la educación del pequeño Thomas se hicieron cargo cuatro tutores, quienes lo enviaron a distintas escuelas (Both, Winkfield, Manchester). Pronto el ávido escolar se distinguió en los estudios clásicos, sobre todo en el conocimiento del griego, y a los quince años tenía tal dominio de esta lengua, alcanzado, tal como él mismo nos refiere, por «la práctica de traducir diariamente los periódicos a viva voz en el mejor griego que se me ocurriera extempore», que uno de sus maestros, después de presentarle a un visitante, llegó a exclamar: «Este



niño podría arengar a una multitud ateniense mejor que usted o yo a una inglesa».

Pero al joven De Quincey le agobiaba el ambiente del internado manchesterino, a pesar de los elogios que proferían algunos de sus educadores, como ése que acabamos de transcribir. El profesorado era irregular. pues, según sus propias palabras, «mala cosa es que un niño sea superior a sus maestros en saber o inteligencia y tenga conciencia de ello». El «archididascalio» (director de la institución), temeroso de la erudición del alumno De Quincey y otros aventajados, perdía los nervios aprendiendo «de memoria la lección antes de clase y preparando un larguísimo tren de léxicos y gramáticas para dinamitar y hacer saltar por los aires (valga la imagen) las dificultades que encontrase en los coros». Ellos, en cambio, no abrían los libros «hasta el momento de empezar», estando comúnmente «ocupados en componer epigramas sobre su peluca o algún otro tema igualmente importante».

Nuestro escritor, impelido por la reinante mediocridad sumada a sus deseos de iniciarse en las disciplinas universitarias (a los que sus tutores se resistían), fraguó la idea de escapar del colegio: «El verano venía a grandes pasos —nos cuenta— y mi decimoséptimo cumpleaños se acercaba rápidamente: juré que pasada esa fecha (15 de agosto) ya no me contaría entre los alumnos de la escuela». Para llevar a cabo su plan de fuga necesitaba cierta suma de dinero, y a De Quincey se le ocurrió escribir a una amiga de la familia, «señora de calidad», pidiéndole en préstamo cinco guineas; al término de una prudente pero para él larga espera, recibía «en gruesa carta sellada con una corona nobiliaria» el doble de la cantidad solicitada. Con estas diez guineas más dos que él poseía de lo que le asignaban sus tutores, el chico rebelde ya podía huir tranquilamente de aquel infierno a doctoral. Así, «luego —nos dice— la mañana que había de arrojarme al mundo y que desde entonces ha matizado en muchos aspectos importantes de mi vida entera».

En verdad sería cierta esta afirmación pues, hasta que en 1803 no ingresa en la Universidad de Oxford, iniciando una existencia de independencia y relativa estabilidad económica gracias a la consecución de las rentas familiares que le pertenecían, su peregrinaje incierto por la Inglaterra del País de Gales y por el Londres de Oxford Street y sus alrededores («la última, hasta entonces, y más feroz etapa de mis muchos sufrimientos»), le va a reportar un hambre atroz, y el dolor físico que ésta produce, y la carencia material más absoluta, aunque a cambio se habrá de henchir de ciertas experiencias que configurarán el sello personalísimo de sus escritos posteriores. Y aunque, como muy bien señala Baudelaire, su más importante divulgador, «su desatino de escolar le costó caro», esa trepa de adolescente, propia de un alto espíritu desasosegado, va a llevarle al conocimiento, como si todo el destino hubiese urdido su trama con este solo fin, de una mujer anónima encontrada en la calle Oxford: Ann, «una peripatética del amor», en palabras de Baudelaire, quien por respeto a nuestro autor se abstiene de llamarla prostituta. Ann, escueto nombre sin un solo apellido que pudiese hacer albergar a De Quincey alguna ilusión sobre su paradero, ya que si un día el azar ensambló estas almas parejas, el envés de este azar las separó otro día definitivamente tras el tumulto de la calle Oxford («¡madrastra de corazón de piedra!»). Nos dice Baudelaire que «Ann no es una de aquellas bellezas atrevidas, resplandecientes, cuyos ojos demoníacos brillan en la niebla y que se vanaglorian de su desfachatez. Ann es una criatura completamente sencilla, ordinaria, ultrajada, abandonada como tantas otras y reducida a la abyección por traición». Aunque durante muchos años abrigó el escritor inglés la esperanza de encontrarla en el Londres abigarrado que los había unido, luego confiesa desistir de su ansiedad prefiriendo «pensar en ella como alguien que descansa desde hace tiempo en la tumba»; pero lo cierto es que el recuerdo de esta muchacha desvalida siempre permaneció, como signo inde-

leble, en el corazón de nuestro autor; tal lo demuestra la amarga sinceridad de esta frase: «Entre las muchas penas que todos encontramos en la vida ésta ha sido mi más honda aflicción».

II

El hambre padecida tras la escapada del internado de Manchester, las consecuencias de una conducta neurótica, propia de los temperamentos artísticos, así como las derivaciones de su no muy rebosante salud y, en concreto, un dolor tormentoso acaecido en el otoño de 1804, cuando ya era estudiante en Oxford, llevaron a Thomas De Quincey al uso, primero esporádico y controlado, luego continuado y abusivo, del opio, dando lugar esta adicción a la culminación de unos textos paradigmáticos de lo más prodigioso en toda la historia de las Letras Universales. Nos estamos refiriendo a los profundos párrafos, reflexivos y disgresivos, analíticos y fantásticos, de las Confesiones de un inglés comedor de opio y Suspiria de profundis, obra esta última que, aunque inacabada, supone la perfecta continuación de la primera; fueron estos dos libros, por otra parte, y dentro de su copiosa producción no solamente anclada en los géneros puramente literarios, los que verdaderamente cimentaron la fama de escritor universal de Thomas De Quincey.

El propio autor nos informa, cuando inicia el capítulo Los placeres del opio de sus Confesiones, de cómo llegó a situarse «accidentalmente» en el punto cero de la expansiva droga, «temible agente de placeres y sufrimientos inimaginables»:

Hace tanto tiempo que probé por primera vez el opio que si este hecho fuera en mi vida un incidente sin importancia habría olvidado la fecha; pero los acontecimientos decisivos no se olvidan y, por circunstancias relacionadas con el caso, sé que ello



debió ocurrir durante el otoño de 1804. Me hallaba entonces en Londres, adonde venía por primera vez desde que ingresara en la universidad. Mi introducción al opio sucedió de la manera siguiente. Desde temprana edad estaba acostumbrado a lavarme la cabeza con agua fría por lo menos una vez al día; una noche sentí un violento dolor de muelas que atribuí al haber interrumpido, por simple accidente, dicha práctica; salté de la cama, hundi la cabeza en una jofaina de agua y me eché a dormir con el cabello mojado. Casi no hace falta decir que la mañana siguiente desperté con agudísimos dolores reumáticos en la cabeza y en la cara, que no me dejaron un instante de alivio durante veinte días. Creo que el vigésimo primer día, un domingo, salí a la calle más para huir de mis tormentos, si acaso era posible, que con ningún propósito definido. Un conocido de la universidad, encontrado por azar, me recomendó el opio. ¡Opio! ¡Temible agente de placeres y sufrimientos inimaginables!

El opio curó rápidamente la enorme jaqueca, pero su consumidor no quiso en adelante renunciar, una vez cumplidos los resultados analgésicos, a la «panacea de todos los males humanos; aquí estaba —nos dice—, descubierto de un golpe, el secreto de la felicidad sobre el que disputaron los filósofos a través de todas las edades; la felicidad podía comprarse por un penique y llevarse en el bolsillo del chaleco (...): sus placeres tienen un carácter grave y solemne».

Hasta que De Quincey no se ve afectado de otra enojosa enfermedad, esta vez una fuerte irritación de estómago sobrevenida en el verano de 1813, que, proviniendo de un estado angustioso acaecido en la primavera anterior, le lleva a nuevos desasosiegos y a reanudar los terribles sueños ya padecidos en su juventud, nuestro autor consume opio de una manera «dilettante», exquisita, espaciando las tomas con intervalo de tres semanas y experimentando, por lo general, sus efectos los martes y los sábados (días de ópera) o bien yendo a los mercados a contemplar el asueto de los obreros y sus familias o prefiriendo el silencio como vía idónea para



el discurso de sus sensaciones. Es comedido y pone, siguiendo los consejos del Dr. Buchan, «especial cuidado en no tomar más de veinticinco onzas de laúdano». Ignora todavía la venganza del bondadoso estupefaciente. Es, decimos, a partir de 1813 cuando ya se le puede considerar «un comedor de opio habitual y confirmado, a quien preguntarle un día cualquiera si ha comido opio es como preguntarle si los pulmones han respirado o el corazón ha cumplido con sus funciones». Este maridaje «oriental», que nunca lograría romper del todo, irá compaginando todas las situaciones de su vida e infiriendo, de un modo u otro, su labor creativa en los años que restan hasta su muerte en Edimburgo en 1859. En esos años vive cómoda y sobriamente instalado en una quinta, estudiando la metafísica alemana en la obra de sus filósofos; se casa, tiene hijos, merma su capacidad económica al quebrar la entidad bancaria de la que dependía su fortuna, teniendo que buscarse el sustento en la producción literaria; es redactor-jefe de la revista *Westmoreland-Gazette*; muere su esposa, dos de sus hijos, vuelve a sufrir las antiguas pesadillas... Y en estos avatares de tormento y tranquilidad, paz y conflicto alternados, se va a marcar el tono de su grado de comedor. Ahora, después de casi una década de control del opio, ha de decir «un largo adiós a la felicidad, en invierno o en verano, adiós a las sonrisas y a las risas, adiós a la paz del alma, adiós a la esperanza, al sueño tranquilo y a sus benditos consuelos». Ha llegado, según nos muestra su propia expresión, «a una Iliada de males». Y aun cuando cree cercano el término de la extensa tortura, pues ha logrado reducir las dosis y, algunos días, la total abstinencia, se ve obligado, empero, a confesar: «Todavía subsiste un recuerdo de mi condición anterior y es que mis sueños no son perfectamente tranquilos; aún no han cesado por entero la temible furia y agitación de la tormenta; las legiones acampadas en ellos se están retirando, pero no todas han partido; mi sueño sigue siendo tumultuoso y, tal las puertas del Paraíso que nuestros primeros pa-



dres se volvían a mirar desde lejos, todavía se hallan (según el tremendo verso de Milton):

Llenos de caras terribles y brazos de fuego.»

* * *

Las Confesiones de un inglés comedor de opio y el Suspiria de profundis son los dos libros que nos proporcionan una mayor, y casi exclusiva abundancia de información acerca del transcurso biográfico de Thomas de Quincey. Pero no se crea que las obras que acabamos de mencionar constituyen tan sólo un conjunto agrupado de memorias al uso, las cuales se estrenaron, por entregas, en el marco periodístico de las páginas del *London Magazine* (1821) y del *Blackwood's Edinburgh Magazine* (1845), respectivamente, mediando entre ambas, como se puede deducir, una distancia de veinticuatro años, de sobra suficientes para marcar acentuadas y significativas diferencias.

Las Confesiones y el Suspiria, imprescindibles si se quiere entender adecuadamente el mundo del, ora dichoso ora atormentado, comedor de opio, se definen ante nosotros como dos auténticas piezas claves que desarrollan, frente a nuestra curiosidad, más un espléndido repertorio de impresiones unificadas (recuérdese que momentos antes hemos calificado a nuestro autor de disgresivo y analítico) que una nómina de recuerdos personales, aunque los haya y éstos soporten realmente el peso de la «acción». En realidad son estos dos volúmenes una atrayente combinación de elementos estructurales, conducidos con mucho acierto por los caminos de lo ameno, y donde el tema central de la muy duradera connivencia con el opio, nos va a clarificar, exactamente, la comprensión del pensamiento filosófico del también autor de *Del asesinato* considerado como una de las bellas artes, amén de su asombrosa virtualidad literaria, las depuradas características de su estilo: humor, ironía, sarcasmo



a veces, claridad y belleza por encima de sus relatos y sus conjeturas, y «el tono —como tan agudamente apunta Baudelaire— penetrante y femenino». Es también Baudelaire, cuya fascinación por Thomas De Quincey le llevó a comprimir las esencias de los dos libros tratados a través de su magnífica paráfrasis Un comedor de opio (incluida en Los paraísos artificiales), quien concluye anotando, y transmitiendo la propia fascinación a sus lectores, que «el pensamiento de De Quincey no es sólo sinuoso; la palabra carece de la fuerza necesaria: es espiral por naturaleza».

Si las Confesiones de un inglés comedor de opio incitan al lector a una especial agitación producida por lo que nuestro autor quiere fundamentalmente referir, es decir: la dicha y la desgracia que el opio trae consigo, y tales intenciones son resueltas con éxito, Suspiria de profundis le sume, al tal lector, en un estado que, si bien se ensambla idóneamente con el hallado tras las Confesiones, va paralelo, sin embargo, por un lado, a una sensación más reflexiva, entrando en comunión con la nostalgia que el autor expresa, en el primer y largo capítulo de la primera parte (La aflicción de la infancia), por la breve presencia de su hermana Elizabeth, fallecida de niña, y, de otro, le reporta una bien consumida delectación ante las páginas encargadas de comunicar lo que el inglés designa como las Visiones de Oxford, activadas por el talento de De Quincey en unión con el opio: El palimpsesto, Levana y nuestras señoras del dolor (una de sus más excelentes prosas), La aparición del Brocken, Savannah-la-mar.

Si las Confesiones han estado dominadas por el ensueño, inherente al efecto del opio, en Suspiria de profundis el sueño entra ya de lleno, terrible y bello, desgarrador y suntuoso. El propio De Quincey, amigo de Wordsworth y Coleridge, continuado lector de Kant, hacedor de una producción que acomete también los temas teológicos, ensayísticos, históricos, biográficos (durante un tiempo colaboró en la Enciclopedia Británica y de él son las biografías de Shakes-



peare, Pope y otras), económico-políticos e incluso astronómicos, impide, a este respecto, que reparemos en la duda cuando afirma: «Para que sea frecuente soñar con magnificencia hay que hallarse predispuesto por naturaleza al ensueño».

III

Cuando Thomas De Quincey escribe el primero de sus avisos introductorios en las Confesiones de un inglés comedor de opio, no tarda en transmitir esta frase al lector: «Mi vida ha sido, en general, la vida de un filósofo.» No es extraño, por tanto, que el escritor de Manchester tuviese siempre, como libros de cabecera y objeto de su avidéz intelectual y curiosidad erudita, las obras de los grandes filósofos, y muy en particular las de los alemanes, y, sobre todo, las del más grande pensador del siglo XVIII: Enmanuel Kant.

Cuando en 1804 nuestro autor se entrega a los placeres del opio, Kant muere en su Königsberg natal a punto de cumplir ochenta años, tras vivir sus últimos días, como seguidamente verificaremos, en un estado tal de prostración que no parece que su patética agonía, enmarcada en un vertiginoso empobrecimiento físico y mental, sea la sufrida por la misma persona que va a legar al mundo la cantidad de ideas y tremenda lucidez expresadas en los escritos que han de influir en el concepto filosófico posterior y revolucionar el curso espiritual de la sociedad hasta nuestros días.

Al reanudar Thomas De Quincey, en la primavera de 1812, el tono antiguo de su precaria salud, conduciéndole ya abismalmente, a los dolores de opio y su vasta secuencia de horrendas pesadillas, las obras del autor de la Filosofía Transcendental, de la Crítica de la razón, de las Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime, están sobre la mesa, apurando y enriqueciendo la serenidad de



que goza, y que poco le ha de durar, en su retiro campes- tre. Luego, en los respiros que el opio le conceda, va a seguir leyendo al profuso representante de la filosofía espe- culativa, para enfrentarse un día a lo que él subtítulo como «un corto bosquejo de la vida y costumbres domésticas de Kant» y que hoy tiene en sus manos el lector.

Muchas son las afinidades entre el erudito de Manchester y el pensador prusiano: en cuanto a lo puramente físico, la deficiente salud de ambos, una mala salud que, sin embar- go, les permitió llegar a viejos. En cuanto a lo intelectual, los dos ejercitaron, en su copiosa creación, un juego artístico en el que, bien toma las riendas la disgresión, bien la com- presión analítica o, a la postre, ambas con la armonía que son capaces de producir los genios. Thomas De Quincey dedicó buenos trechos de su vida al interés y estudio por la literatura alemana, tanto en la obra de los meramente literatos como en la de los específicamente filósofos. Kant, por parte de padre, descendía de escoceses y amaba la cos- tumbre británica del té, y fue él quien trocó la C de su apellido originario inglés por la K característicamente ger- mana, «para evitar —según nos informa Edmundo Gonzá- lez-Blanco— una falsa pronunciación: Sant o Zant».

Hay otras muchas similitudes en las que, por esta vez, no vamos a entrar: el resultado reflexivo que destilan sus tex- tos, su propensión a un rígido método en el que es cómp- lice su vocación constante por la soledad, su amor a la con- cordia universal. Sin embargo, hay una en la que si nos detendremos, aunque sea muy brevemente: la marcada in- fluencia que lo femenino ejerció en el espíritu, y, obviamen- te, a lo largo de la praxis consiguiente, de los dos grandes escritores. Con mucha agudeza Baudelaire nos declara que el gusto por el mundo femenino, «destelleante y perfumado, crea los genios superiores». Ya el maldito francés nos había puesto antes sobre aviso del «tono penetrante y femenino del autor» de las Confesiones. Thomas De Quincey recuer- da, como lo más nítido y reconfortante de su infancia, su



convivencia continuada con las niñas del hogar familiar; y así lo dice: «Al no tener más compañeros que tres inocen- tes hermanitas, durmiendo además siempre con ellas, en- cerrado en un hermoso y silencioso jardín, alejado de todos los espectáculos de la pobreza, de la opresión y de la injus- ticia, yo no podía sospechar la verdadera complejidad de este mundo», dando continuamente gracias a la Providencia por haber tenido sus primeros sentimientos «moldeados por hermanas dulcísimas y no por horrendos hermanos pugilís- ticos (horrid pugilistic brothers)». Buena parte de Suspiria de profundis está encargada de evocar con honor, y de paso reflexionar sobre la muerte misma, el delicado instante que rodeó al prematuro fallecimiento de su hermana Elisabeth, «una niña (que) fue el ser más dulce que conocí en mi vida, una niña que coronó la tierra de belleza y abrió a mi sed fuentes de puro amor celestial, de las que ya no volvería a beber en este mundo».

Kant, por su parte, siempre permaneció fiel a la memoria de su madre, Ana Regina Reuter, desde que en 1737 la perdió, siendo, según De Quincey escribe en el prelude del opúsculo que presentamos a continuación, «mujer de carácter elevado, dotada de cualidades intelectuales superio- res a su posición, y que contribuyó a la eminencia futura de su ilustre hijo por la dirección que imprimió a sus juve- niles pensamientos y por los sentimientos profundamente morales que le inculcó. Kant no habló de ella hasta el fin de su vida sin la más extremada ternura y sin un serio re- conocimiento de las obligaciones que debía a los cuidados maternales». Hemos de destacar, finalmente, que el tercer capítulo de las Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime del alemán universal, Sobre la diferencia entre lo sublime y lo bello en la relación recíproca de am- bos sexos, constituye uno de los más valiosos y bellos trata- dos, de que la Humanidad dispone como auténtico patrimo- nio cultural, sobre sociología y comportamiento femeninos, y que además tiene la virtud de sobreponerse, con un len-



guaje muelle y amenísimo, a esa cierta sequedad que impregna una buena parte de los escritos del filósofo ahora biografiado.

«El objetivo de De Quincey —nos dice Javier Carreras— es claro: conmover al burgués inglés, lector del London Magazine y del Blackwood's Magazine. Con Los últimos días de Emmanuel Kant lo consigue doblemente. No necesita ahora ocultar la meta que persigue, de sacar al lector de su estrecho ámbito, camuflándola bajo «precautions oratoires», como tuvo que hacer con las Confesiones. El impacto, decimos, es doble: por una parte, el objeto mismo de su narración, Kant, el máximo representante de la filosofía especulativa, «en un país donde la estructura y tendencia de la sociedad imprime sobre el total de las actividades de la nación una dirección casi exclusivamente práctica»; por otra, porque nos relata la decadencia física y mental del gran filósofo. nos presenta un crudo contraste entre lo que fue en su madurez y lo que llegó a ser en el último período de su vida; ese contraste, en el que se muestra profundamente romántico, desea que lo contemplemos con todo lujo de detalles, y no duda en presentarnos la imagen de un Kant caprichoso, torpe e inútil. ¿Qué mayor contraste entre este desecho humano y el autor de la Filosofía Trascendental? Tal nos lo recuerda De Quincey a cada instante. La biografía están concebida de una forma crítica; cualquier detalle que pueda parecer dudoso lo verifica con otras opiniones, y discute, ya sea moral, historia o medicina, lo que le parece erróneo o inadecuado».

Los últimos días de Kant apareció publicado dentro de la recopilación realizada por el propio Thomas De Quincey que, bajo el título Selections Grave and Gay, reúne textos de diversa índole temática y emocional (dicho conjunto incluye también otra atractiva y libre interpretación de la vida de Juana de Arco). La presente biografía está basada en otras tres, publicadas tras la muerte del gran filósofo, de las que informa en su breve prólogo Edmundo González-



Blanco, quien asimismo, y muy perspicazmente, nos da cuenta de que «el estilo del relato es el de una agenda en que el informante ha escrito con la misma ingenua precisión con que una buena ama de casa determina los gastos del día».

IV

Edmundo González-Blanco, asturiano, nacido en 1868, es el mayor de tres hermanos que dedicaron su talento a la divulgación historicista de las ideas de su época, así como a verter en nuestra lengua cuantiosas obras de la literatura y ciencia extranjeras, creando, al mismo tiempo, una propia y fecunda obra literaria expresada en diversos géneros, a la vez que fueron asiduos y cualificados colaboradores de las hoy clarificadoras publicaciones de entonces: España Moderna, La Lectura, Helios, Revista Contemporánea. Nuestro Tiempo, entre muchas otras revistas y periódicos. Se les puede considerar componentes de pleno derecho de la llamada Generación del 98, los cuales, habiendo realizado una obra densa y heterogénea, rica en matices y consonante con los postulados de aquel grupo, no tuvieron, por el contrario, la resonancia ni la fama de sus ilustres figuras principales: Unamuno, Baroja, Benavente, Azorín, etc.

Edmundo González-Blanco, según lo define el redactor anónimo del Espasa, «se ha significado en sus obras filosóficas y sociales por un criterio racionalista radical», añadiendo poco después que «en toda (su) labor multiforme González-Blanco se ha revelado como escritor elegante, hábil polemista y erudito de extensa lectura».

Autor profuso, al igual que De Quincey y Kant, entre sus obras originales destacan: Las iglesias del Estado, Iberismo y germanismo, Democracia y clericalismo, El feminismo en las sociedades modernas, Carranza y la revolución de Méjico (su hermano Pedro fue secretario de Pancho Villa), Alemania y la Guerra Europea y sus biografías de Jo-



vellanos, Strauss y Voltaire. Publicó también dos historias generales de la literatura y el periodismo. Entre sus numerosas traducciones del francés, del inglés y del alemán, cabe resaltar las de la Ontología del cardenal Mercier, Sartor Resarius de Carlyle, New-York de Roosevelt, España Contemporánea de Hume, Eudemonología de Schopenhauer, El viajero y su sombra de Nietzsche, además de otras muchas de Emerson, Baldwin, Ruskin, Grenn, Morley, etc., aparte de Los últimos días de Kant de Thomas De Quincey, objeto de nuestro comentario.

Edmundo González-Blanco murió en Madrid, mientras se debatía el destino de nuestra última guerra, el 12 de junio de 1938.

* * *

La traducción de Los últimos días de Kant que ahora presentamos, apareció en la madrileña editorial Mundo Latino, Tipografía de José Yagües, en 1915. Consta de 104 páginas en octavo, contando las del sucinto prólogo que la antecede, a las que siguen otras 80 de extensas notas del traductor que informan detalladamente de la existencia y obra del pensador de Königsberg damos en esta ocasión las notas con que el propio Thomas de Quincey acrecentó su pequeña biografía, ampliando asimismo los detalles de la vida del gran filósofo, ya que Edmundo González-Blanco, si acaso las puso en castellano. no las acompañó a la traducción.

En la versión española de la obra que inmediatamente va a disfrutar el lector, cotejada con otras traducciones más modernas, dominan la pulcritud de la transcripción y la limpieza en la sintaxis española, añadiéndose a estas dos virtudes importantísimas el efecto resultante de una pátina «añeja», por demás decorosa, consecuencia de la dicción literaria del castellano de principios de siglo, lo que le acerca,

a nuestro juicio, y con sobrado éxito, a la redacción original del texto de Thomas de Quincey. Nosotros, con el mayor respeto y cuidado, tan sólo hemos creído oportuno modernizar la ortografía alterando, en muy contadas ocasiones, expresiones y frases hechas ya en franco desuso. Hay vocablos arcaicos, pero vigentes, que hemos querido respetar, bien por su todavía actual precisión, bien por su gracia, y que, con el único fin de facilitar la comprensión del texto al lector, aclaramos su equivalencia contemporánea discreta y escuetamente a pie de página.

AMADOR PALACIOS

La Mancha, verano de 1987



PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

El verso célebre en que el esclavo de la escena antigua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los hechos que, por su sentido inagotable, podrán aplicarse siempre a las más grandes inteligencias. Como la primera de todas consideraba Quincey a Kant, y sin embargo, su admiración no le impidió sorprender en su ídolo, con humorismo trascendental, aquella extinción y corrupción realizadas por donde más pecado había. El maligno opiáceo sigue paso a paso en el opúsculo que hoy traduzco aquel último período de la vida de Kant, que fue una larga y triste disolución de su facultad de pensar, cuya actividad había sido tan infatigable.

El colosal filósofo pasó de la intensidad a la *ataraxia*, de la meditación precisa y enérgica a un estado de postración y de idiotéz; viose sujeto a una butaca, imposibilitado de asimilar y de discernir, chocho y agotado.

En este nublado de la mente desaparecieron el recuerdo y el poder de combinación; le invadían ideas impuestas por violencia, sobre todo listas de palabras y canciones de su infancia; le atormentaban sueños desordenados durante la noche, y una inquietud en todos los instantes. Presumióse que padecía de una enfermedad cerebral. En los períodos de calma se sentaba en su mesa para trabajar en su obra



definitiva, de la cual se conservan varios fragmentos. Höf-
ding dice que semejante obra lleva el sello de la senectud,
y que al lado de algunos chispazos de genio contiene mu-
chas repeticiones tomadas de las obras anteriores. Pues bien:
este ambiente de derrumbamiento espiritual, esta larga y
aplastante agonía, es lo que constituye el objeto de la pro-
ducción que se va a leer.

Al ver la abundancia de detalles con que el cronista refie-
re los hechos, se siente la simpatía del incomparable humo-
rista por el gran pensador; y a la minuciosidad se une la
sencillez: el estilo del relato es el de una agenda en que
el informante ha escrito con la misma ingenua precisión con
que una buena ama de casa determina los gastos del día.

Me quedaría con un remordimiento de conciencia si antes
de concluir no aconsejase a los lectores que no tomen en
serio la filiación que Quincey atribuye a su obra, suponién-
dola casi copia de Wasianski, uno de los biógrafos de Kant;
sin duda se inspiró en él, como también en Borowski, Jach-
mann y otros; pero lo que distingue su relato de los últimos
(aparte el *humour* y la brillantez literaria) es que en él los
pormenores no hacen más que concentrar la atención sobre
la enseñanza que de los últimos meses de Kant se despren-
de, enseñanza que aquellos tres biógrafos no sospechaban,
atentos principalmente a las particularidades exteriores, como
quienes escribiendo inmediatamente después de la muerte
de su protagonista, habían mojado sus plumas en aceite y
no en vinagre.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE KANT



I

PRELUDIO BIOGRAFICO

Por supuesto, creo que se me concederá que cuantos tengan alguna educación mostrarán cierto interés en conocer la *historia personal* de Kant, por poco que su gusto y las ocasiones hayan podido ponerlos en relación con la historia de las opiniones filosóficas de Kant. Un gran hombre, aun colocado en muy impopular sendero, siempre y necesariamente debe ser objeto de una liberal curiosidad. Suponer que un lector sería perfectamente indiferente a Kant, es suponer que sería perfectamente inintelectual, y en consecuencia, por más que no se sintiese realmente atraído hacia el célebre pensador, habría que suponer lo contrario, siquiera fuese por política. Este principio me evita dar mis excusas al lector, sea quien sea, filósofo o no, godo o vándalo, huno o sarraceno, al imponerle un corto bosquejo de la vida de Kant y de sus costumbres familiares, sacado de los relatos auténticos de sus amigos y discípulos. Verdad es que, aun sin falta de generosidad de parte del público, las *obras* de Kant no son consideradas en este país con el mismo interés que se ha acumulado alrededor de su *nombre*; y esto puede atribuirse a tres causas: en primer lugar, al lenguaje en que tales obras están escritas; en segundo lugar, a la supuesta oscuridad de la filosofía que contienen, sea esta oscuridad inalienable o debida al modo particular de



exposición de Kant; en tercer lugar, a la impopularidad de toda filosofía especulativa (sea cual fuere y en cualquier forma que se la desarrolle) en un país en que la estructura y la tendencia de la sociedad imprimen a toda la actividad de nación una dirección casi exclusivamente práctica. Pero cualquiera que haya sido la fortuna inmediata de sus libros, ningún hombre de curiosidad esclarecida dejará de mirar al autor mismo sin sentimiento de interés profundo. Medido por la simple evaluación de la fuerza, por el número de libros escritos directamente por él o contra él (para no decir nada de los que él ha indirectamente modificado), no hay escritor filosófico, si exceptuamos a Aristóteles, Descartes y Locke, que pueda pretender aproximarse a Kant por la extensión o la altura de influencia ejercida sobre los espíritus de los hombres. Siendo, pues, tales los derechos que a nuestra atención tiene, repito que no habrá de parte del lector más que un acto razonable de respeto en admitir en sí mismo suficiente interés por Kant, para justificar esta breve memoria de su vida y sus costumbres. /

Manuel Kant, segundo de seis hijos, nació en Königsberg, de Prusia (ciudad que en aquel tiempo contaba alrededor de 50.000 habitantes), el 22 de abril de 1724. Sus padres eran gentes de rango humilde, ni aun lo bastante ricos para su situación, pero que pudieron, gracias a la ayuda de un pariente próximo y algunos subsidios que añadió un aristócrata que les estimaba por su piedad y sus virtudes domésticas, dar a su hijo Manuel una educación liberal. Enviáronlo, niño, a una escuela de caridad, y en 1732 pasó a la Real Academia de Federico. Allí estudió los clásicos griegos y latinos y entabló amistad íntima con uno de sus discípulos, David Ruhnken (tan conocido más tarde de los sabios bajo el nombre latino de Ruhnkenius), amistad que duró hasta la muerte de este último. En 1737, Kant perdió a su madre, mujer de carácter elevado, dotada de cualidades intelectuales superiores a su posición, y que contribuyó a la eminencia futura de su ilustre hijo por la dirección

que imprimió a sus juveniles pensamientos y por los sentimientos profundamente morales que le inculcó. Kant no habló nunca de ella hasta el fin de su vida sin la más extremada ternura y sin un serio reconocimiento de las obligaciones que debía a los cuidados maternos.

En 1740 entró en la Universidad de Königsberg. En 1746, cerca de los veintidós años, escribió su primer ensayo sobre una cuestión semimatemática, semifilosófica: la evaluación de las fuerzas vivas. Este problema había ya sido propuesto por Leibnitz en oposición a los cartesianos, declarando su promovedor que constituía una nueva ley de evaluación, no simplemente una nueva evaluación, y declarando su continuador que el problema quedaba al fin resuelto, después de haber ocupado durante más de medio siglo a los grandes matemáticos de Europa. La disertación de Kant iba dedicada al rey de Prusia, a quien parece no llegó jamás. Parece también que, aunque impresa, no fue realmente publicada. Desde este momento hasta 1760, Kant vivió como preceptor de varias familias o dando conferencias privadas en Königsberg, particularmente a los militares, sobre el arte de la fortificación. En 1770 fue nombrado para la cátedra de matemáticas, que cambió en seguida por la de lógica y metafísica. En esta ocasión pronunció un discurso inaugural: *De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis*, que es digno de nota, porque contiene los primeros gérmenes de la filosofía trascendental. En 1781 dio a luz su gran obra *Die Kritik der reinen Vernunft* *. El 12 de febrero de 1804 murió.

Tales son las grandes épocas de la vida de Kant. Pero esta vida fue notable, no tanto por sus incidentes, como su pureza y dignidad filosóficas no interrumpidas, y cuya mejor impresión se encontrará en las memorias de Wasianski, comprobadas y apoyadas por los testimonios colaterales de Jachmann, Rinke, Borowski y otros. En ella vemos a Kant

* Crítica de la Razón Pura.



con la miseria de facultades que van a caer en decrepitud y con el dolor, la depresión y la agitación causadas por dos enfermedades, una del estómago y otra de la cabeza, cosas todas por encima de las cuales la bondad y la nobleza de su naturaleza le llevan victoriosamente, como arrastradas por alas, hasta el fin. El principal defecto de estas memorias (como de todas las demás) sobre Kant, es que refieren muy poco sobre su conversación y sus opiniones, y acaso el lector estará dispuesto a quejarse de que algunas de las notas sean demasiado minuciosas y detalladas, a la vez que destituidas, unas veces de dignidad, otras de sensibilidad. En lo que concierne a la primera objeción puede responderse que una comadrería biográfica de este género y una información poco escrupulosa sobre la vida privada de un hombre, cualquiera que sea la dificultad que una persona honorable pueda experimentar en escribirla, puede ser leída sin vituperio, y aun me atrevo a afirmar que con ventaja, allí donde el asunto es un gran hombre. En cuanto a la otra objeción, yo no sabría ciertamente cómo excusar a Wasianski de haberse arrodillado junto al lecho de su amigo moribundo para notar con la exactitud de un *reporter* estenógrafo la última palpitación del pulso de Kant y las luchas de la naturaleza debatiéndose en la agonía, sino por la suposición de que la concepción idealizada que tenía de Kant como de un hombre perteneciente a la posteridad, parecía en su espíritu remontar y ahogar las restricciones ordinarias de la sensibilidad humana, y que, bajo esta impresión, cumplió por un sentimiento de deber público lo que voluntariamente jamás hubiera hecho, si se hubiese abandonado a sus afecciones privadas. Ahora, pues, comencemos y supongamos que es casi siempre Wasianski quien habla.



II

RELACIONES CON EL PROFESOR

Mis relaciones con el profesor Kant comenzaron mucho tiempo antes del período a que esta breve memoria se refiere. En el año 1773 ó 1774 (pues no lo podría precisar con exactitud) seguí sus lecciones. A poco le servía de secretario, y estas funciones me dieron con él mayor intimidad que la que tenían los demás estudiantes, siendo de advertir que sin arrullo alguno de parte mía me concedió un privilegio general de libre acceso a su anfiteatro *. En 1780 me gradué y suspendí toda relación con la Universidad. Continué, es verdad, residiendo en Könisberg, pero enteramente olvidado o al menos completamente inadvertido por Kant. Diez años más tarde, en 1790, le encontré por casualidad en una alegre fiesta. Se trataba de las bodas de un profesor de Könisberg. En la mesa, Kant distribuyó su conversación y sus atenciones en general entre los convidados, mas apenas se hubo levantado y la compañía repartióse en grupos distintos, se acercó amablemente a mí. En aquel momento estudiaba las flores, como aficionado, se entiende, y por la pasión que me inspiraban. Tan pronto como reparé

* Dice el diccionario que un anfiteatro, además de otras acepciones, es un «conjunto de asientos colocados en gradas semicirculares que suele haber en las aulas y los teatros». Respetamos esta, hoy inusual, versión del traductor.



en él me habló de mi ocupación favorita, y por cierto con gran competencia. En el curso de nuestra conversación, me sorprendió descubrir que de todas las circunstancias de mi situación se hallaba informado. Recordóme nuestra antigua relación, me expresó su satisfacción por encontrarme feliz, y fue bastante bondadoso para rogarme fuese de cuando en cuando a comer con él, si mis ocupaciones me lo permitían. Poco después se levantó para retirarse y como nuestros caminos estaban en la misma dirección, me propuso que le acompañase. Así lo hice, y entonces recibí una invitación para la semana siguiente, con una invitación general para las semanas que siguiesen a ésta y la libertad de elegir día. Por el momento encontraba difícil explicarme la distinción con que me trataba Kant, y conjeturé que algún amigo oficioso le había tal vez hablado de mí más ventajosamente de lo que convenía a mis humildes pretensiones. Empero, una experiencia más íntima me convenció de que tenía la costumbre de estar constantemente al corriente de lo que sucedía a sus antiguos discípulos, y que con noble sinceridad se regocijaba de su bienestar y éxitos, tanto que parece que yo no había estado en lo justo al creer que me había olvidado.

Esta renovación de mi amistad con Kant coincidió casi exactamente con una época que trajo un completo cambio en casi todas sus disposiciones domésticas. Hasta entonces había tenido por costumbre comer en una fonda, pero desde entonces comenzó a vivir en casa propia, y todos los días invitaba a comer a algunos amigos, de manera que la sociedad, comprendido él, fuese de tres a lo menos y de nueve a lo más, y en las pequeñas solemnidades, de cinco a ocho. Era, como se ve, un adepto puntual de la regla de lord Chesterfield, para quien una reunión de convidados, incluyendo al anfitrión, no debía ser inferior al número de las Gracias, ni superior al de las Musas. En toda la economía del menaje de Kant, y en particular de sus comidas, había algo de especial y de gustoso, opuesto a las conven-



ciones sociales, y no porque hubiese falta alguna de solemnidad o *decorum*, como sucede con frecuencia en las casas en que no hay mujer para imponer un tono a la conversación. La rutina, que en circunstancia alguna variaba ni se aflojaba, era ésta: apenas la comida estaba preparada, cuando Lampe, el viejo ayuda de cámara de Kant, se presentaba con aire mesurado en su gabinete de trabajo y anunciaba que «el señor profesor estaba servido». A este llamamiento se respondía con una rapidez extrema, no cesando Kant de hablar hasta el comedor del estado de la temperatura, asunto de conversación que prolongaba de ordinario durante la primera parte de la refacción: asuntos más graves, tales como los acontecimientos políticos del día, no se introducían jamás antes de comer, ni sobre todo en el gabinete de trabajo. Apenas Kant había ocupado su asiento y desplegado su servilleta, abría las nuevas operaciones con una fórmula particular: *¡Vamos, señores!* Las palabras no son nada, pero la entonación y el aire con que las pronunciaba proclamaban de modo poco equívoco el distendimiento de la labor matinal y el abandono determinado con que se entregaba al reposo y a la alegría. La mesa estaba hospitalariamente dispuesta: había platos suficientes a elegir conforme a la variedad de gustos, y los vasos de vino estaban colocados, no sobre un velador retirado o en la odiosa mano de un doméstico pariente de las Barmécidas, sino anacreónticamente sobre la mesa misma y al alcance de la mano de los convidados. Cada uno se servía a sí mismo, y todos los retrasos producidos por refinado espíritu de ceremonia eran tan desagradables a Kant, que rara vez dejaba de expresar, aunque sin cólera, su disgusto, si sobrevenía algún episodio de ese género. Para esta aversión a los retrasos Kant tenía una excusa especial en que trabajaba siempre sin descanso desde una hora muy temprana y no tomaba nada hasta la hora de comer. De aquí que en el último período de su vida, aunque menos quizá por una sensación real de hambre que por una impresión inquieta de hábito



o de irritación periódica del estómago, apenas podía esperar con paciencia la llegada de la última persona invitada.

No había amigo de Kant que no considerase el día en que comía con él como un día de fiesta. Sin darse aire de instructor, Kant lo era realmente en el más alto grado. Toda la conversación aparecía regada por el desbordamiento de su inteligencia, que se expansionaba con naturalidad y sin afectación en todos los asuntos a medida que las eventualidades de la conversación lo sugerían, y el tiempo volaba rápidamente desde la una hasta las cuatro, las cinco y aun más tarde, con grandes provechos y delicias. Kant no toleraba *acalmia*, que tal era el nombre que daba a las pausas momentáneas de la conversación cuando su animación languidece. Y adivinaba siempre algún medio para remover el interés, en lo que le ayudaba mucho el tacto con que cultivaba en cada convidado sus especiales gustos o la naturaleza particular de sus estudios, cosas respecto a las cuales estaba siempre preparado, cualesquiera que fueren, para hablar con competencia y con el interés de un observador original. Preciso era que los asuntos locales de Königsberg fuesen verdaderamente interesantes para que él tolerase que usurparan la conversación en la mesa; y lo que aún parecerá más singular, raramente, casi nunca, dirigía la conversación hacia rama alguna de la filosofía que había fundado. En modo alguno adolecía del defecto que tienen tantos sabios y literatos, intolerantes con todos aquellos cuyos estudios pueden haberles descalificado por una simpatía especial con los suyos propios. Su estilo en la conversación era familiar hasta lo sumo y desprovisto de toda escolástica, tanto que un extranjero que hubiera conocido sus obras y no su persona, difícilmente hubiera creído que aquel compañero encantador y delicioso era el profundo autor de la filosofía trascendental.

Los temas de conversación en la mesa de Kant sacábanse principalmente de la filosofía de las ciencias, de la química,



de la meteorología, de la historia natural y, por encima de todo, de la política. Las novedades del día, tal como las relataban las gacetas, se discutían con especial vigilancia de examen. Con todo relato al que faltase fecha de tiempo u origen de lugar, por plausible que pudiese parecer, Kant se mostraba inexorablemente escéptico y le tenía por indigno de ser traído a colación. Tan aguda era su penetración interior de los acontecimientos políticos y de la policía secreta que los movía, que hablaba más bien con la autoridad de un diplomático que hubiera tenido acceso a los consejos de Gabinete que como un simple espectador de las grandes escenas que se desarrollaban aquellos días en el teatro de Europa. En el momento de la Revolución Francesa emitió numerosas conjeturas, que pasaron entonces por paradójicas previsiones, especialmente en lo concerniente a las operaciones militares, pero que fueron realizadas tan puntualmente como su famosa conjetura sobre el *hiatus* del sistema planetario entre *Marte* y *Júpiter*, hipótesis cuya confirmación alcanzó a ver, gracias al descubrimiento de *Ceres* por Piazzi y de *Pallas* por el doctor Olber. Estos dos descubrimientos, preciso es decirlo, le impresionaron fuertemente, suministrándole un tema sobre el cual hablaba siempre con placer, aunque, con su modestia habitual, no mencionase nunca la sagacidad que había mostrado al establecer, muchos años antes de esos descubrimientos, su probabilidad *a priori*.

No solamente brillaba Kant como compañero, sino también como anfitrión cortés y generoso que no experimentaba placer mayor que el de ver a sus comensales alegres y expeditos. El espíritu salía renovado de los placeres mixtos, a la vez sensuales e intelectuales, de aquellos banquetes platónicos. Acaso por mantener esta amable cordialidad se mostraba Kant artista en la composición de sus comidas. Tenía para ellas dos reglas que observaba manifiestamente y a las que no le vi faltar nunca. La primera era que la sociedad fuese heterogénea (esto para dar suficiente varie-



dad a la conversación), y así, sus invitados presentaban toda la diversidad que podía ofrecer el mundo de Königsberg. Todos los géneros de vida tenía allí su representación: funcionarios, médicos, profesores, eclesiásticos y negociantes ilustrados. Su segunda regla era admitir una justa proporción de jóvenes, algunos muy jóvenes, escogidos entre los estudiantes de la Universidad, a fin de dar cierto movimiento de vida y de ingenua frescura a la conversación: a lo que se añadía, como tengo razones para creer, el motivo de que de este modo conseguía distraerse de la tristeza que a veces invadía su espíritu, cuando pensaba en la muerte de algunos amigos jóvenes que apreciaba muy de veras.

Y esto me conduce a citar un rasgo singular en la manera que Kant tenía de expresar su simpatía por los amigos cuando estaban enfermos. Mientras el peligro era inminente, manifestaba una ansiedad llena de agitación, hacía visitas continuadas, esperaba con impaciencia la crisis, y a menudo su turbación de espíritu era tal que no podía realizar el trabajo diario. Mas apenas se le anunciaba la muerte del enfermo, recobraba su calma y tomaba un aire de firme tranquilidad, casi de indiferencia. La razón era que consideraba la vida en general, y, por consiguiente, esa particular afección de la vida que llamamos enfermedad, como un estado de oscilación y de cambio perpetuo, entre el cual y el flotar de las simpatías de la esperanza y del temor había una relación natural que la razón justificaba, al paso que la muerte, estado permanente que no admite más ni menos, que termina toda ansiedad y para siempre extingue las agitaciones de la inquietud, no le parecía adaptado a otro estado de ánimo que una disposición de la misma naturaleza, durable e inmutable. No obstante, todo su heroísmo filosófico cedió en una ocasión; porque muchas personas se acordarán del tumulto de dolor que manifestó ante la muerte de Ehrenboth, joven de rara inteligencia y extraordinariamente dotado, por quien sentía el mayor afecto; y



sucedió naturalmente, en una vida tan larga como la suya, a pesar de la previsoramente regla que le llevó a elegir camaradas todo lo jóvenes que fuese posible, que hubo de sufrir el duelo de muchas pérdidas queridas, imposibles de reemplazar.



III

SUS HORAS

Volvamos ahora al empleo de sus días. Inmediatamente después de comer, Kant salía para hacer ejercicio; pero entonces no llevaba compañía, primeramente, porque juzgaba quizá bueno, después de la laxitud de la conversación con sus invitados, proseguir sus meditaciones, y en segundo lugar, a lo que me parece, por la razón especial de que él deseaba respirar por las narices, cosa que no habría podido hacer si se hubiese visto obligado a abrir continuamente la boca al hablar. La razón de este deseo era que el aire atmosférico así asimilado y llegando a los pulmones menos rudo y a una temperatura algo más elevada, debía ser menos apto para irritarlos. Por una estricta perseverancia de esta práctica, que recomendaba constantemente a sus amigos, se lisonjeaba de una larga inmunidad de romadizos *, ronqueras, catarros y todo género de incomodidades pulmonares, y el hecho es que le atacaban rara vez estas desagradables indisposiciones. Y yo mismo hallé, siguiendo esta regla solamente por ocasión, que mi pecho se hacía más resistente.

A su regreso del paseo sentábase junto a su mesa de trabajo y leía hasta el crepúsculo. Durante este período

* toses.



de luz dudosa, tan amiga del pensamiento, permanecía en tranquila meditación sobre lo que acababa de leer, siempre que el libro mereciese la pena. Cuando no, formaba el plan de su lección para el día siguiente o de alguna parte de la obra que tuviese a la sazón en cartera. Durante este estado de reflexión colocábase en invierno cerca de la estufa, mirando por la ventana la vieja torre de Löbenicht: no que pudiera decirse propiamente que la veía, pero la torre gravitaba sobre su ojo al modo de una música lejana sobre el oído, oscuramente, como en semiconsciencia. No hay palabras bastante enérgicas para expresar el sentimiento de reconocimiento que experimentaba por el placer que le producía aquella vieja torre, cuando al crepúsculo la miraba así, en tan soñadora calma. Lo que sigue demuestra verdaderamente hasta qué punto llegó a ser importante en su vida. Porque ocurrió que en el jardín vecino se elevaron algunos álamos lo bastante para ocultar la vista de aquella torre. Lo cual turbó e inquietó tanto a Kant, que se reconoció positiva y materialmente incapaz de continuar sus vespertinas reflexiones. Por fortuna, el propietario del jardín era una persona muy considerada y obsequiosa, y habiéndosele hablado del caso, dio orden de que los álamos se cortasen inmediatamente. Así se hizo: la torre de Löbenicht se descubrió de nuevo, Kant recuperó su ecuanimidad, y pudo de nuevo proseguir sus tranquilas meditaciones crepusculares.

Una vez encendidas las luces, Kant continuaba trabajando hasta cerca de las diez. Un cuarto de hora antes de acostarse retiraba cuanto podía su espíritu de toda clase de reflexión que exigiese algún esfuerzo o energía de atención, a fin de que sus pensamientos, por excitación o estímulo, no llegasen a causarle insomnio: a la hora habitual de adormecerse le era de todo punto desagradable la contrariedad más mínima. Felizmente, este accidente muy pocas veces le sobrevenía; desnudábase sin la ayuda de su criado, pero con tal orden y tal respeto del *decorum*, que estaba presto en un segundo a aparecer ante cualquiera en conveniente



estado. Una vez desnudado, se tendía sobre el colchón, cubriéndose con una colcha que era siempre de algodón, excepto en otoño, que lo era de lana. A la entrada del invierno se servía de dos, y contra los fríos muy rudos se protegía con un plumazón guarnizado *, o más bien acolchado de lana por la parte que le abrigaba la espalda. Una larga práctica le había enseñado un modo muy hábil de *anidarse* y enrollarse en las mantas. Por lo pronto se sentaba en el borde del lecho; en seguida, con un movimiento ágil, se lanzaba oblicuamente a su lugar; después echaba la mitad de la manta sobre su espalda izquierda, y haciéndola pasar a través del lomo, la llevaba hasta su espalda derecha; luego operaba sobre la otra mitad de la misma manera, y finalmente, llegaba a enrollarlo todo alrededor de su persona. Así, vendado como una momia, o, como yo le decía a menudo, enrollado como el gusano de seda en su capullo, esperaba el sueño, que de ordinario sobrevenía inmediatamente. Porque la salud de Kant era excelente, y no era solamente la salud negativa o la ausencia de dolor, ni de irritación o malestar (que aun no siendo cosas dolorosas son a veces peores de soportar que el dolor), sino que era una sensación de placer y una posesión consciente de todas sus actividades vitales. He aquí por qué, una vez empaquetado por la noche en la forma que he descrito, solía exclamar para él solo, según nos contaba al comer: «¿Es posible concebir un ser humano que goce de una salud más perfecta que yo?» Tal era la pureza de su vida y su feliz condición, que ninguna pasión turbadora se elevó en él nunca para excitarle, ningún cuidado para fatigarle, ninguna pena para desvelarle. Aun en el invierno más rudo, su cámara de dormir nunca tuvo fuego, y únicamente en sus últimos años y cediendo a las súplicas de sus amigos, consintió que se encendiese un muy pequeño. La buena vida y la preocupación indumentaria no eran por cierto las obsesiones de

* edredón.



Kant. Cinco minutos de temperatura rigurosa le bastaban para soportar el primer escalofrío del lecho por la difusión de un calor general en todo su organismo. Si le precisaba abandonar la alcoba durante la noche (hay que advertir que la alcoba estaba siempre sombría y cerrada, noche y día, estío e invierno), se guiaba por medio de una cuerda atada al pie de su cama todas las noches y que conducía a una cámara próxima.

Kant no transpiraba jamás, ni por el día, ni por la noche. Sin embargo, el calor que habitualmente soportaba en su gabinete de trabajo era sorprendente, y de hecho se sentía mal si faltaba un grado a este calor. Setenta y cinco grados Fahrenheit era la temperatura invariable de esa cámara en que vivía habitualmente, y si descendía de este punto, cualquiera que fuese la estación del año, la elevaba artificialmente a la altura habitual. En los calores del estío iba vestido con trajes ligeros e invariablemente de bata de seda. Sin embargo, como estos mismos trajes no bastaban siempre para asegurarle contra la transpiración, se ocupaba en algún ejercicio activo y tenía un singular remedio en reserva. Retirábase a un paraje sombreado y permanecía inmóvil, con el aire y la actitud de una persona que escucha o que espera, hasta que recobraba su acostumbrada *avidex*. Aun en las noches de verano más sofocantes, si la más ligera señal de transpiración aparecía en sus vestidos de noche, hablaba del caso con énfasis, como de un accidente que le había chocado en grado superlativo.

Y puesto que nos hallamos en disposición de exponer las nociones que tenía Kant sobre la economía animal, no será mal añadir otro detalle, y es que, por temor de detener la circulación de la sangre, nunca usó ligas. Sin embargo, como era difícil sostener tirantes las medias sin su ayuda, inventó para su uso un aparato extremadamente elaborado que voy a describir. En una pequeña bolsa, algo más pequeña que una bolsa de reloj, pero que ocupaba exactamente el mismo lugar que una bolsa de reloj, por encima de



cada muslo, estaba colocada una pequeña caja, muy semejante a una caja de reloj, pero de menor tamaño. En esta caja habíase introducido un resorte de reloj de rueda en espiral, y en torno a esta espiral habíase colocado una cuerda elástica cuya fuerza se regulaba por un especial mecanismo. A los dos extremos de esta cuerda estaban unidos dos broches, que pasaban a través de una pequeña abertura de las bolsas, descendían a lo largo de los lados interno y externo del muslo e iban a anudarse en dos ojetes colocados en la parte exterior e interior de las medias. Ya se comprenderá que maquinaria tan complicada hallábase sometida, como el sistema celeste de Ptolomeo, a trastornos ocasionales. Por fortuna, era yo muy capaz entonces para remediar fácilmente estos desórdenes, que de otro modo hubieran amenazado la comodidad y aun la serenidad del gran hombre.

A las cinco menos cinco minutos, con matemática precisión, y lo mismo en invierno que en verano, Lampe, el ayuda de cámara de Kant, que había servido en el ejército, avanzaba hacia el aposento de su amo con el paso de un centinela en facción, y gritaba en voz alta, en tono militar: «Señor profesor, es la hora.» Esta orden Kant la obedecía invariablemente sin un instante de demora, como un soldado a la voz de mando, no dándose el caso de que se le haya tenido que repetir, ni aun en noches de insomnio. A las cinco en punto Kant se dirigía a la mesa, ya servida, y tomaba lo que llamaba (y sin duda lo creía) una taza de té, pero en realidad, distraídamente y para aumentar el calor de su estómago, llenaba su taza tantas veces, que en general se supone que bebía dos, tres o un número mayor. Inmediatamente después fumaba una pipa de tabaco, única que se permitía en todo el día, pero tan rápidamente que quedaba sin consumir toda una parte de aquél. Durante esta operación pensaba en el plan del día, como lo había hecho por la tarde antes del crepúsculo. Hacia las siete iba de ordinario al anfiteatro a dar su lección y de allí regresaba a su



mesa de trabajo. A mediodía y tres cuartos precisos se levantaba del sillón y gritaba a la cocinera: «Han dado las doce y tres cuartos.» El sentido de esta orden era el siguiente: a comer, e inmediatamente después de la sopa tenía la costumbre invariable de tomar lo que llamaba un tónico, que se componía, ya de vino de Hungría o del Rhin, ya de un cordial *, o, en su defecto, de la mixtura inglesa, por nombre *bishop*. La cocinera, a la proclamación de «mediodía y tres cuartos», traía un frasco o redoma de ese brebaje; Kant se dirigía al comedor, lo probaba, dejábalo preparado, de ordinario cubierto con un papel para prevenir la evaporación, y volvía a su gabinete, donde esperaba la llegada de sus invitados, a quienes hasta el último período de su vida no recibió nunca sino de etiqueta.

Con esto retornamos a sus comidas, y el lector tiene un cuadro exacto del modo como Kant empleaba el día, según la sucesión habitual de sus cambios. Para él, la monotonía de esta sucesión no era fatigosa y probablemente contribuyó, con la uniformidad de su régimen y otros hábitos de la misma regularidad, a prolongar su vida. No es de extrañar, en este aspecto, que hubiese llegado a considerar su salud y la avanzada edad que alcanzó como resultado, en gran parte, de sus propios esfuerzos. Muy a menudo se comparaba a un gimnasta que durante ochenta años había podido guardar el equilibrio en la cuerda floja de la vida, sin inclinarse nunca a derecha ni a izquierda, y realmente, a pesar de todas las enfermedades a que le tenían expuesto las tendencias de su constitución, aún conservaba triunfalmente a esa edad su posición en la vida.

Esta atención ansiosa por su salud explica el gran interés con que seguía todos los grandes descubrimientos o las nuevas teorías inventadas para justificar las antiguas. Como obra considerable sobre ambos extremos y de un valor intrínseco, consideraba la teoría del médico escocés Brown

* licor que, generalmente, se da a los enfermos para confortarlos.

o, según el nombre latino de su autor, la teoría brunoniana. Apenas Weikard la había adoptado y popularizado en Alemania, cuando ya Kant la conocía familiar y detalladamente, estimándola, no sólo como un gran paso dado en medicina, sino hasta en el interés general de la humanidad, e imaginando que veía en ella algo análogo al proceso que la naturaleza humana ha seguido en cuestiones aún más importantes, es decir, ante todo, una ascensión continua hacia lo más complejo, y luego un retorno por los mismos grados de ascensión hacia lo simple y elemental. Los ensayos del doctor Beddoes para producir artificialmente y para curar la tisis pulmonar y el método de Reich contra las fiebres causaron en él una impresión poderosa que, no obstante, se desvaneció a medida que esas novedades, particularmente la última, comenzaron a perder su crédito. En cuanto al descubrimiento que hizo el doctor Jenner de la vacuna, encontró a Kant dispuestos menos favorablemente, pues temía consecuencias peligrosas que seguirían a la absorción de un miasma brutal por la sangre humana o al menos por la linfa. Y en todo caso, pensaba que semejante método, en cuanto garantía contra la infección variolosa, exigía un tiempo muy largo de prueba y contraprueba. Por erróneos que fuesen todos estos puntos de vista, experimentábase infinito placer en escuchar la fertilidad de argumentos y de analogías que aportaba para sostenerlos. Uno de los asuntos que le ocuparon hacia el fin de su vida fue la teoría y los fenómenos del galvanismo, de los que, sin embargo, no se llegó nunca a dar cuenta de una manera satisfactoria. El libro de Agustín sobre este tema fue, sin duda, el último que leyó: un ejemplar lleva todavía en el margen las notas que en él acotó con lápiz Kant sobre sus dudas, sus interrogaciones y sus sugerencias.



IV

DECADENCIA CEREBRAL DEL FILÓSOFO

Las enfermedades de la vejez comenzaron ya a afectar a Kant y se manifestaron en varias formas. Aunque su memoria fuese prodigiosa para todo lo que tenía alcance intelectual, desde su juventud había sufrido de una extraña debilidad de esta facultad en lo que concernía a los asuntos comunes de la vida diaria. De ello existen numerosos ejemplos, que se remontan al período de sus años de infancia. Y ahora que su segunda infancia iba a comenzar, esa enfermedad acreció en él muy sensiblemente. Uno de los primeros signos de esto fue que se puso a repetir en el mismo día las mismas historias. La decadencia de su memoria presentóse tan palpable que no pudo escapar a su atención, y a fin de remediarla y garantizarse contra todo temor de causar enojo a sus invitados, dedicóse a escribir un *syllabus* o lista de asuntos de conversación para cada día, en tarjetas de visita, sobres de cartas, trozos variados de papel. Pero etos *memoranda* se acumulaban tan rápidamente, se perdían tan fácilmente, o eran tan difíciles de encontrar en el momento oportuno, que yo le persuadí a que les reemplazase por un *carnet* que existe todavía y en el que se encuentran conmovedores recuerdos sobre la conciencia que tenía de su propia debilidad. Fuera de lo cual (como sucede a menudo en casos semejantes) conservaba una



memoria perfecta de los antiguos acontecimientos de su vida y podía recitar, por simple requerimiento, largos pasajes de poemas alemanes o latinos, especialmente de la *Eneida*, contrastando este hecho con la rapidez con que huían de su retentiva las palabras que acababa de proferir. El pasado se diseñaba con la limpieza y la vivacidad de una existencia inmediata, en tanto que el presente se evaporaba en las tinieblas de una distancia infinita.

Otro signo de decadencia mental fue la debilidad de que empezó a ser aquejada su facultad de teorización. Daba cuenta de todo por la electricidad. En esta época se presentó una singular mortalidad en los gatos de Viena, de Basilea, de Copenhague y otras ciudades muy alejadas las unas de las otras. Y como el gato es un animal eléctrico, atribuyó, naturalmente, esta epidemia a la electricidad. Durante el mismo período se persuadió de que predominaba una configuración especial en las nubes, lo que le pareció ser una prueba colateral de su hipótesis eléctrica. Sus malestares de cabeza, que con gran probabilidad eran causados indirectamente por su vejez y directamente por la incapacidad de reflexionar con tanta facilidad y limpieza como antes, le pareció que debían ser explicados por el mismo principio, y esto era una noción respecto a la cual sus amigos no se apresuraban a desengañarle en absoluto, pues así como la misma naturaleza de estación, y por consiguiente, sin duda, la misma distribución general de poder eléctrico puede a veces predominar durante ciclos completos de años, la entrada que iba a hacer en nuevo ciclo parecía deber presentarle alguna esperanza de alivio. Una ilusión que podía prometer la esperanza era lo mejor para reemplazar a un remedio positivo, y en estas condiciones, un hombre a quien se hubiera quitado esta ilusión, *cui demptus per vim mentis gravissimus error*, hubiera podido exclamar con razón: *Pol, me occidistis, amici*.

Tal vez supondrá el lector que al acusar a la atmósfera de ser la causa de su decaimiento, Kant veíase llevado a



esta acusación por la debilidad de la vanidad, por cierta repugnancia a reconocer el hecho real, que se reducía a la declinación de sus facultades. Mas no era así. Dábase perfecta cuenta de su condición, y ya en el año 1799 dijo ante mí y algunos de sus amigos: «Señores, estoy viejo, debilitado y vuelvo a la infancia, y es preciso tratarme como niño.» O acaso se podría creer que retrocedía ante la idea de la muerte, acontecimiento que todos los días podía sobrevenir, porque los dolores que sufría en la cabeza parecían ser una amenaza de aplopegía. Mas no era así tampoco. En aquella sazón vivía en estado de resignación continua, preparado para todo decreto de la Providencia. «Señores (dijo un día a sus amigos), no tengo miedo a la muerte. Solememente os juro, como si estuviera en presencia de Dios, que si esta noche misma recibiese de pronto la orden de muerte la escucharía con calma y, levantando mis manos al cielo, diría: ¡Bendito sea Dios! Ah, si fuese posible que oyese entonces resonar este murmullo: Has vivido ochenta años, y en este tiempo has hecho mucho mal a los hombres..., el caso no sería el mismo.» Todo el que haya oído a Kant hablar de su muerte podrá atestiguar el tono de profunda sinceridad que en estos instantes engrandecía su acento y sus gestos.

Un tercer signo de la decadencia de sus facultades fue que perdió por aquel entonces toda medida exacta del tiempo. Un minuto y aun sin exageración, un espacio de tiempo mucho más reducido, se prolongaba en su aprehensión de las cosas hasta una extensión fatigante. Puedo dar de ello un ejemplo curioso que constantemente se repetía. Al comenzar el último año de su vida tomó la costumbre de beber, después de cada comida, una taza de café, particularmente los días en que yo era invitado; y tal era la importancia que a este pequeño placer concedía que de antemano tomaba nota en el *carneb* que yo le había dado de que comería con él al día siguiente y que, por tanto, tendría café. Sucedió a veces que el interés de la conversación le arras-



traba más allá de la hora en que experimentaba la necesidad de su golosina, lo que no me disgustaba, por cuanto temía que el café, al cual no estaba de antes acostumbrado, pudiese desvelarle. Pero si él no perdía de vista la hora, seguía una escena curiosa por demás. Era preciso darle el café «sobre el campo» (palabra que tenía constantemente en la boca durante los últimos días de su vida), «al segundo», y sus expresiones de impaciencia, todavía dulces conforme a su costumbre antigua, eran tan vivas no obstante y tenían tan pueril candidez, que ninguno de nosotros podía evitar el sonreír. Sabiendo lo que debía suceder, cuidaba yo de que, con anticipación, estuviesen hechos los preparativos. El café estaba molido, el agua hirviendo, y en el momento mismo en que se pronunciaba la palabra sacramental, su doméstico partía como una flecha y echaba el café en el agua. No quedaba, pues, más que el tiempo de hacerle hervir; pero esta insignificante tardanza parecía insoportable a Kant. Vano era para él todo consuelo: por variada que se le presentase la fórmula, tenía una respuesta pronta. Si se le decía: «Querido profesor, se va a traer el café inmediatamente», «*¡se va!*» (replicaba): he aquí lo grave, que *se va*. No se *tiene* la felicidad nunca, *se va a tener*. Si otro exclamaba: «El café viene en seguida», «sí (respondía), y la hora próxima también; y este será poco más o menos el tiempo que yo lo habré esperado». Después adoptaba un aire estoico, y añadía: «En fin, después de todo, hay que morir; sí, hay que morir, y en el otro mundo, a Dios gracias, no se beberá café, por siguiente, no se le esperará.» Algunas veces se levantaba, abría la puerta y gritaba con voz débil como un quejido, como si recurriese a los últimos vestigios de humanidad de sus semejantes: «¡Café, café!» Y cuando al cabo oía los pasos del doméstico en la escalera, se volvía hacia nosotros y, gozoso como un vigía en el puente de un barco, clamaba: «¡Tierra, tierra, amigos míos! ¡Veo tierra!»



Esta declinación de las facultades de Kant, activas y pasivas, trajo poco a poco una revolución en sus costumbres. Hasta entonces, como queda dicho, se acostaba a las diez y se levantaba algo antes de las cinco, costumbre esta última que conservó, mas no mucho tiempo. En 1802 se retiraba a las nueve, y después aún más pronto. Hallóse tan reconfortado por este reposo adicional, que al principio estuvo a punto de gritar *ευρηκα* como si hubiese hecho un gran descubrimiento en el arte de curar el agotamiento en el hombre. Empero, más tarde, habiendo llevado la experiencia más lejos, no encontró que el éxito respondiese a su esperanza. Sus paseos se limitaban ahora a alguna vuelta por el parque real, que estaba a poca distancia de su casa. Al fin de caminar con más firmeza, había adoptado un método particular de paso: daba con el pie en tierra, no hacia adelante y oblicuamente, sino perpendicularmente y golpeando en ella de manera que asegurase una base sostén más amplia por el mero hecho de poner la planta entera de un golpe. A pesar de esta precaución, cayó una vez en la calle, siendo incapaz por completo de levantarse y teniendo que acudir en su ayuda dos jóvenes damas que paseaban por allí. Con su amabilidad habitual les dio las gracias calurosamente y presentó a una de ellas una rosa que tenía en la mano. Esta dama no conocía personalmente a Kant, mas quedó encantada del presente, y es fama que aún conserva la rosa como recuerdo de su pasajera entrevista con el gran filósofo.

Este accidente, a lo que se me alcanza, fue la causa de que renunciase en adelante a todo ejercicio. Todos sus trabajos, aun la lectura, se realizaban muy lentamente y con manifiesto esfuerzo, siendo impotente en absoluto para los que le obligaban a cierta actividad corporal. Sus pies cumplían cada vez peor su oficio; caía continuamente, a veces al atravesar la cámara, y hasta cuando se mantenía inmóvil. No obstante, en sus caídas jamás se lastimaba y se reía de ellas sin cesar, afirmando que era imposible que se hiciera daño, a causa de la extremada ligereza de su persona, la



cual estaba entonces reducida a no ser más que una simple sombra humana. Muchas veces, sobre todo por la mañana, se adormecía en su silla, por pura laxitud y agotamiento, sucediéndole entonces que caía sobre el piso, de donde le era imposible levantarse hasta que la casualidad conducía a uno de sus domésticos o de sus amigos a la cámara. Más tarde se remediaron estas caídas dándole un sillón de brazos circulares que se unían por delante.

Estas bruscas modorras le exponían a otro peligro: el de que, al leer, cayese sin cesar su cabeza sobre las candelas *, lo que hacía que sobre ella se inflamase el algodónado gorro de dormir que usaba. Cada vez que sobrevenía este incidente Kant se conducía con rara presencia de espíritu; sin cuidarse del dolor, cogía el gorro inflamado, lo sacaba de la cabeza, lo depositaba tranquilamente en tierra y extinguía las llamas bajo sus pies. Sin embargo, como este acto ponía su ropa casera en alarmante proximidad con las llamas, cambié la forma de su gorro; le persuadí de que debía cambiar la disposición de las luces e hice colocar constantemente cerca de él un gran vaso de agua. De esta suerte previne un riesgo que, de otro modo, le hubiera sido fatal sin duda.



* velas.

V

LAMPE

Las impacientes salidas de tono que he descrito ya a propósito del café daban motivo a temer que, a medida que las enfermedades de Kant aumentasen, se acentuase en él un capricho general y una obstinación de humor. He aquí por qué, tanto por él como por mí, tomé por regla para mi futura conducta en su casa el que en ninguna ocasión dejaría intervenir el respeto que le tenía y le debía con la expresión más firme de lo que me pareciese ser una opinión justa en todo lo concerniente a su salud, y que en los casos de verdadera importancia no cedería en modo alguno a sus particulares caprichos y que insistiría, no sólo sobre mi punto de vista, sino sobre el ponerlo en práctica, y que si tropezara con alguna negativa abandonaría inmediatamente el campo, a fin de eximirme de toda responsabilidad respecto de una persona en la que no hubiera podido ejercer influencia. Esta conducta me ganó la confianza de Kant, pues nada había que le repugnase tanto como todo lo que oliese a sicofantería * o a la concesión más tímida. A medida que su imbecilidad aumentaba, día a día se vio sujeto a ilusiones mentales, y particularmente cayó en no pocas ideas fantásticas acerca de la conducta de sus servi-



* impostura, adulación.

dores, que algunas veces llegaba a tratar con acrimonia. En estas ocasiones yo guardaba generalmente un silencio profundo. Pero de cuando en cuando me pedía parecer, y no tenía escrúpulo en decir francamente entonces: «Señor profesor, creo que no tenéis razón.» «¿Creéis?» (me respondía con calma), y después me preguntaba las razones, que escuchaba con gran paciencia y candor. Demasiado evidente era que la más firme oposición, siempre que descansase sobre terreno y principios sostenibles, alcanzaba su estimación y su nobleza de carácter no había cesado de llevarle a su desprecio habitual por una tímida y parcial concesión a sus opiniones en el momento mismo en que sus enfermedades le hacían tan ansiosamente desear esta concesión.

En otro tiempo Kant había estado poco acostumbrado a la contradicción; su soberana inteligencia, su conversación brillante, fundada en parte sobre la causticidad e idoneidad de espíritu que poseía, en parte sobre la prodigiosa erudición de que estaba dotado, el aire de noble confianza que la conciencia de sus ventajas imprimía a toda su manera de ser, el conocimiento general de la estricta pureza de su existencia, todo esto se unía para darle una posición de superioridad sobre los otros, que generalmente le preservaba de toda contradicción abierta. Y si a veces encontraba una oposición estrepitosa e intemperante, mezclada con pretensiones de talento, abandonaba de ordinario con calma una discusión inútil y daba a la conversación un gracioso giro que obtenía el favor general de la sociedad e imponía silencio, o al menos cierta modestia, al más atrevido contradictor. Apenas cabía, pues, esperar que una persona tan poco familiarizada con la oposición sometiese diariamente sus deseos a los míos, ya que no sin discusión, al menos sin disgusto. Así era, sin embargo. Por largo que hubiera sido un hábito, si yo le encontraba objeción en razones de salud, casi siempre renunciaba a él, y tenía la excelente costumbre de, o bien adoptar resueltamente y sobre el campo su propio parecer, o bien, si resolvía seguir el de su amigo, seguirlo sin-



ceramente y no hacer de él un ensayo desleal por hacer un ensayo imperfecto. No había proyecto insignificante al que, una vez consentido en aceptar la sugestión de otro, no renunciase inmediatamente o estropease por la intrusión de sus caprichos, y así, el período mismo de su decaimiento puso en evidencia tantos nuevos rasgos de nobleza y de candor en su carácter, que yo sentía acrecentarse de día en día mi afección y mi respeto hacia su persona.

Y puesto que he hablado de sus domésticos, aprovecharé la ocasión para referir algunos detalles sobre su criado Lampe. Desgracia grande fue para Kant en su vejez y sus enfermedades que también este hombre se hiciese viejo y fuese atacado de una especie diferente de enfermedad. Ese Lampe había servido en otro tiempo en el ejército prusiano, y apenas licenciado había entrado al servicio de Kant, viviendo en esta situación cerca de cuarenta años, y aunque siempre pesado y estúpido, desde el principio se había hecho cargo de sus funciones con la conciencia suficiente. Pero en estos últimos tiempos, persuadido de que se había hecho indispensable por su perfecto conocimiento de los arreglos domésticos y aprovechando la debilidad de su amo, había caído en grandes irregularidades y en incesantes negligencias. Kant se había visto obligado a amenazarle varias veces con despedirle. Yo, que sabía que Kant tenía un corazón excelente, pero una firme voluntad, preveía que una vez pronunciada la despedida sería irrevocable; porque la palabra de Kant era tan sagrada como el juramento de cualquier otro hombre. Había, pues, aprovechado todas las ocasiones para mostrar a Lampe la locura de su conducta, en lo que había hecho cora conmigo su mujer. Y era tiempo de reformar este estado de cosas, pues llegó a resultar peligroso abandonar a Kant, que sin cesar caía por debilidad, al cuidado de un viejo miserable, que caía también continuamente por borrachera. El hecho es que, en el momento en que me propuse gobernar los asuntos de Kant, Lampe comprendió que quedaba para siempre abolido su antiguo sistema de abuso de confianza



desde el punto de vista pecuniario y de explotación de toda especie, basado en el estado de incapacidad de su amo. Esto le desesperó por completo, y cada día se condujo peor, hasta que una mañana de enero de 1802 Kant me dijo que, por humillante que esta declaración fuese, debía confesarme que Lampe acababa de tratarle de una manera que le avergonzaba repetirme. Sentí demasiado asombro para pedirle detalles; pero el resultado fue que Kant insistió, con tanta moderación como firmeza, en que se despidiese a Lampe. Sin demora se tomó un nuevo doméstico llamado Kauffmann, y al día siguiente Lampe salió de la casa con una pensión vitalicia no despreciable.

Aquí debo mencionar una pequeña circunstancia que hace honor a la bondad de Kant. En su testamento, persuadido de que Lampe le serviría hasta su muerte, le había hecho una generosa donación; pero tras esta nueva disposición de una renta vitalicia, que debía ser pagada inmediatamente, creyó necesario revocar esta parte de su testamento, lo que hizo en un codicilo separado, que comenzaba así: «A consecuencia de la mala conducta de mi servidor Lampe, juzgo bueno, etc.» Pero bien pronto, pensando que un testimonio tan solemne y tan deliberado podría causar serios perjuicios a sus intereses, borró esas líneas y las tachó de tal manera que ninguna señal quedó de su justo disgusto. Y la dulzura de su naturaleza quedó satisfechísima por la conciencia de que, una vez rayada aquella frase, no había otra alguna en sus numerosos escritos publicados o confidenciales que llevase la marca de la cólera o pudiese dejar alguna razón para dudar que moría en perfecto estado de caridad con el universo. No obstante, cuando Lampe vino a pedir un certificado de buena conducta, Kant se vio perplejo. Su respeto por la verdad, respeto notorio, firme e inexorable, surgió en esta circunstancia impertérrito contra sus primeros movimientos de generosidad. Por un largo espacio permaneció indeciso, ansioso, con el certificado ante él, preguntándose cómo llenaría los blancos. Yo estaba allí; pero en

tal asunto no me era lícito sugerir un consejo. Por fin tomó la pluma y llenó el blanco en los términos que siguen: «Me ha servido mucho tiempo y con fidelidad (en efecto, Kant no sabía que Lampe le había robado); pero no supo mostrar las cualidades que convenían al servicio de un hombre viejo y enfermo como yo.»

Terminada la medio trágica escena (que causó a Kant, tan ávido de paz y de tranquilidad, un efecto que hubiera querido evitar), decidióse que ninguna otra de este género sobreviniese en el resto de su existencia. Kauffmann, el sucesor de Lampe, resultó ser un hombre honrado y respetable, que muy pronto concibió una gran afición a su amo. Desde entonces se transformó todo en el menaje de Kant. La ausencia de uno de los beligerantes restableció la paz entre sus domésticos, porque hasta entonces había habido guerra entre la cocinera y Lampe. Unas veces era Lampe quien invadía belicosamente el dominio culinario. Otras era la cocinera quien se vengaba de estos insultos ejecutando salidas contra Lampe en el terreno neutro de la antesala, y aun llegando a atacarle en su santuario de la repostería*. Las querellas eran incesantes, y al menos fue una dicha para la paz del filósofo que hubiera comenzado a resentirse de sordera, lo que le permitió permanecer extraño a numerosas manifestaciones de horrible tumulto y de innoble violencia que enojaban a sus huéspedes y a sus amigos. Pero a partir de la marcha de Lampe todo esto cambió. Un profundo silencio reinaba en la repostería, en la cocina no resonaron más alarmas marciales, y no hubo tampoco emboscadas armadas en la antesala. Sin embargo, ya se comprenderá que para Kant, a la edad de setenta y ocho años, los cambios, aun los mejores, no eran agradables. Tan intensa había sido la uniformidad de su vida de sus costumbres, que la menor innovación en el arreglo de objetos tan poco importantes como un cortaplumas o unas tijeras le fastidiaba, y

* despensa.

no sólo cuando se les colocaba a dos o tres pulgadas de su posición habitual, sino hasta cuando se les ponía un poco de través. En cuanto a los objetos mayores, tales como sillas, etc., todo cambio en su disposición habitual, todo traslado, toda adición a su número le lanzaban en una absoluta confusión, y su ojo miraba con inquietud el punto de la mutación, hasta que se restablecía el orden antiguo. Con tales costumbres, el lector puede concebir hasta qué punto debía ser enojoso para él, en este período en que sus facultades se debilitaban, adaptarse a un nuevo doméstico, a una nueva voz, a un nuevo paso, etc.

No ignoraba yo esto, y la víspera del día en que entró a servir había inscrito, para el nuevo criado, en una hoja de papel, la rutina entera de la vida de Kant, hasta en los más puntuales y minuciosos detalles, de los que se hizo cargo con rapidez. Para asegurarme más aún le hice repetir el conjunto del ritual, observándole y dándole indicaciones en tanto que cumplía la maniobra. Me sentí, no obstante, inquieto ante la idea de que quedase enteramente abandonado a su discreción el día en que hiciera su *début*, y me propuse como deber hallarme presente en tan interesante jornada; y en los casos poco numerosos en que el nuevo conserito no había cumplido exactamente la maniobra, una mirada o un signo le hacían corregirla fácilmente.

No existía más que una parte del ceremonial cotidiano en que ambos estábamos perplejos, por ser la parte que ningún ojo mortal, excepto el de Lampe, había contemplado: me refiero al desayuno. A fin, sin embargo, de hacer todo lo que en nuestra mano estuviera, en la casa me personé a las cuatro de la mañana. Si no me es infiel la memoria, ocurrió esto el 1 de febrero de 1802. A las cinco en punto Kant apareció, y nada podría igualar a su asombro cuando me encontró en la cámara. Apenas salido de la confusión del sueño, a un tiempo atontado por la vista de su nuevo doméstico, por la ausencia de Lampe y por mi presencia, con dificultad le pude hacer comprender el fin de



mi visita. En la necesidad se desea al amigo, y en aquella hora fuerte suma de dinero hubiéramos dado al sabio teban que hubiera podido revelarnos el arreglo necesario del servicio de la mesa. Pero esto era un misterio que no había sido revelado a otro que a Lampe. Al cabo, Kant mismo lo dispuso todo y, aparentemente, todo quedó establecido a satisfacción suya. Noté, sin embargo, en él cierto embarazo e incomodidad, por lo que le dije que, con su permiso, tomaríamos una taza de té y después fumaríamos juntos una pipa. Aceptó mi proposición con su cortesía usual, pero pareció incapaz de familiarizarse con la novedad de la situación. En este momento estaba sentado frente a él, y al fin acabó por decirme francamente, con el aire más tierno y más implorante, que se veía realmente forzado a rogarme me sentase en otro sitio donde no se dirigieran sus ojos: habiendo tomado la costumbre de sentarse solo para el desayuno durante mucho más de medio siglo, no podía abruptamente adaptar su espíritu a un cambio de esta naturaleza, y encontraba su pensamiento turbado en demasía. Hice como me lo rogaba. El criado se retiró a la cámara, puesto al alcance de la voz, y Kant recuperó su calma habitual. La misma escena se reprodujo exactamente cuando me presenté a la misma hora una hermosa mañana de estío, algunos meses más tarde.

A partir de este momento todo pasó regularmente, y si por acaso se cometía algún pequeño error, Kant mostraba mucha condescendencia y mucha indulgencia, y espontáneamente observaba que no podía exigir a su nuevo ayuda de cámara el conocimiento de todos sus hábitos y de todos sus caprichos. Hubo, no obstante, un punto sobre el cual el nuevo sirviente se adaptó al gusto de erudición de Kant de una manera de que Lampe había sido incapaz. Kant era sumamente delicado en materia de pronunciación, y Kauffmann tenía una gran facilidad para percibir el sonido de las palabras latinas, los títulos de los libros y los nombres o profesiones de los amigos de Kant, cosa a la que Lampe, el más



insoportable de los imbéciles, jamás pudo llegar. Particularmente los viejos amigos de Kant me han referido que en el espacio de treinta y ocho años, durante los cuales Kant tenía la costumbre de leer la *Gaceta* publicada por Hartung, Lampe se la llevaba el día del reparto profiriendo la misma e idéntica tontería: «Señor profesor, he aquí el periódico de *Hartmann*.» A lo que Kant replicaba: «¿Eh? ¿Qué es lo que decís? ¿El periódico de Hartmann? Os digo que no es Hartmann, sino Hartung; vamos, repetid conmigo: no Hartmann, sino Hartung.» Entonces Lampe moroso se enderezaba, tomaba la postura rígida de un centinera en facción, y con el tono monótono con que en otros tiempos lanzara el grito de: «¿Quién vive?», rugía: «No Hartmann, sino Hartung.» «¡Otra vez!», gritaba Kant. Pero Lampe, impertérrito, añadía: «No Hartmann, sino Hartung.» «¡Una vez más!», bramaba Kant. Y por tercera vez el desdichado Lampe aullaba con truculenta desesperación: «No Hartmann, sino Hartung.» Y esta ridícula escena de instrucción militar se repetía sin cesar el día de la publicación de la *Gaceta*. Convenientemente, dos veces por semana, el incorregible viejo chocho estaba sometido al mismo ejercicio, el cual era invariablemente seguido de la misma necesidad la vez siguiente. De suerte que aquel pertinaz idiota repitió sin variación la misma imbecilidad ciento cuatro veces por año (dos veces por semana), multiplicadas por treinta y ocho, número de los años (*¡cuatro mil ciento ochenta veces!*). Durante más de la mitad de una vida normal humana, según los límites que le concede la Sagrada Escritura, aquel viejo asno, que no sería posible admirar bastante, había tropezado puntualmente en la misma piedra. Y con todo, a pesar de esta ventaja en su nuevo doméstico, que además tenía una superioridad general sobre su predecesor, la naturaleza de Kant era demasiado tierna, demasiado buena y demasiado indulgente con los defectos de todas las personas, excepto con los suyos propios, para que no echase de menos la voz y el viejo semblante familiar a que se



había acostumbrado durante cuarenta años. Y yo encontré inscrito en su *carnet* un rasgo sorprendente del sentimiento que experimentó Kant por su holgazán e inútil servidor. Otras personas anotan aquello de que desean acordarse. Kant había anotado lo que quería olvidar: «*Memento* Febrero 1802: No hay que acordarse más del nombre de Lampe.»



VI

ENFERMEDAD ESTOMACAL

En la primavera de este año de 1802, aconsejé a Kant que tomase el aire. Tiempo hacía que no había salido y era inútil inducirle a caminar; pero yo pensé que acaso el movimiento del carruaje y el aire podrían reanimarle algún tanto. Fiábame poco en el poder de los espectáculos y de los ruidos de la primavera, porque tiempo hacía que nada le impresionaba. De todos los cambios que la primavera produce uno sólo interesaba todavía a Kant, poniéndole lánguido e imprimiendo a su actitud una avidez y una intensidad de espera que era casi doloroso contemplar: la vuelta de un pájaro (ignoro si gorrión o jilguero), que cantaba en su jardín y ante su ventana. Este pájaro, fuese el mismo o su sucesor en la serie de las generaciones, había cantado durante años en el mismo sitio, y Kant se inquietaba cuando en tiempo frío tardaba en desaparecer y en el volver el pájaro. Como lord Bacon, tenía un amor infantil por los pájaros todos, y en particular se esforzaba en estimular a los gorriones a que formasen su nido debajo de las ventanas de su gabinete de trabajo. Cuando esto acontecía, y era frecuente, a causa del profundo silencio que reinaba en aquella habitación, gustaba su canto con la delicia y la ternura que otros ponen en un interés humano. Mas volviendo al punto de que hablaba, Kant mostró extrema repugnancia



en principio a aceptar mi proposición de paseo. «No podría tenerme en el carruaje, y me fatigaría como un montón de trapos viejos.» Empero yo persistí, insistiendo con dulzura y prometiéndole que volveríamos en seguida, si encontraba el esfuerzo demasiado grande. Así, un día de comienzos de verano, y en unión de un amigo suyo, le acompañé a una pequeña casa que tenía yo en la campiña. Cuando atravesamos las calles, Kant quedó encantado al descubrir que se podía tener derecho y soportar el movimiento del carruaje, y pareció experimentar un placer en ver las torres y otros monumentos públicos que años ya no había visto. Contentísimos llegamos al fin de nuestro paseo. Kant tomó una taza de café e intentó fumar un poco. Después se sentó y escuchó jubiloso el trinar de los pájaros, que en gran número allí se habían reunido, distinguiendo a cada pájaro en su canto y designándole por su nombre. Pasada una media hora regresamos, gozoso Kant, pero evidentemente saciado del placer de la expedición.

En esta ocasión renuncié al proyecto de llevarle a un jardín público, a fin de no turbar su placer exponiéndole a la desagradable curiosidad de las miradas de la multitud. Súpose, sin embargo, en Königsberg que Kant había salido, y, como el carruaje atravesaba las calles, hubo un desfile de gente de todos los barrios en dirección a la en que su casa estaba. Cuando llegados a ella la encontramos materialmente colmada por el pueblo. Y como nos aproximásemos lentamente a la puerta, la multitud se separó en dos mitades, dejando libre un camino por el que pasó Kant y su amigo y yo, dándole el brazo. Entre las fisonomías de muchas personas de rango y extranjeros distinguidos, reconocí la de algunos que veían entonces a Kant por la primera vez y un número mayor por la última.

A la proximidad del invierno de 1802 a 1803 Kant se quejó más que nunca de una enfermedad del estómago que ningún médico había podido aliviar, ni aun explicar. El invierno lo pasó en continuo sufrimiento: estaba cansado



de la vida y esperaba la hora de liar el petate. «No presto ya servicio al mundo (decía), y soy un fardo para mí mismo.» A menudo intentaba animarle por la promesa de expediciones que podríamos hacer juntos cuando volviese el estío. Con esto contaba él tan seriamente, que había hecho de ello un plan o clasificación regular: a) paseos; b) excursiones; c) viajes. Y nada podía igualar a la ávida impaciencia que experimentaba por la llegada de la primavera y el estío, no tanto por el placer particular de estas estaciones como por ser las de las salidas al campo. En su *carnet* inscribió esta nota: «Los tres meses de verano son junio, julio y agosto», lo que indicaba que eran los tres meses en que se viaja, y en la conversación expresaba la fuerza febril de sus votos tan ansiosa y lastimosamente, que todos experimentaban hacia él fuerte simpatía y lamentaban no tener algún medio mágico para acelerar el curso de las estaciones.

Durante este invierno se encendió a menudo fuego en su dormitorio, donde él conservaba su pequeña colección de libros, unos cuatrocientos cincuenta volúmenes, especialmente de ejemplares de los autores que se los habían dedicado. Extrañará tal vez que Kant, que tanto había leído, no poseyese más vasta biblioteca; pero de ella tenía menos necesidad que otros sabios, porque en su juventud había sido bibliotecario de la biblioteca del castillo, y porque, después, la liberalidad de Hartknoch, su editor (que a su vez se había aprovechado de las generosas condiciones en que Kant le había cedido sus derechos de autor sobre sus obras), le había permitido leer todos los libros nuevos a medida que aparecían.

Hacia el fin de este invierno, es decir, de 1803, Kant comenzó a quejarse de sueños desagradables, algunas veces muy terroríficos, que provocaban en él una gran agitación. A menudo melodías que había oído cantar en su primera juventud en las calles de Königsberg resonaban dolorosamente en sus oídos, y menudeaban tan obstinadamente, que no había esfuerzo de distracción capaz de desvirtuarlas. Esto le



producía insomnios hasta en horas avanzadas. Y en ocasiones, después que había conciliado el sueño tras una larga vigilia, era bruscamente interrumpido por horribles alucinaciones, que le sumían en un extremo terror. Casi todas las noches el cordón que comunicaba con una campanilla colocada en el aposento encima del suyo, donde dormía su servidor, era agitado violentamente y con intensa precipitación y con prisa tal que alarmaba al doméstico, el cual llegaba siempre demasiado tarde y encontraba a su dueño levantado y dirigiéndose con espanto hacia otras partes de la casa. En semejantes ocasiones la debilidad de sus piernas le exponía a tan tremendas caídas, que al cabo, pero con infinita dificultad, le persuadí que hiciese acostar a su doméstico en la misma habitación que él.

El estado mórbido de su estómago que provocaba estos lamentables sueños se hizo cada vez más agudo, e intentó remedios variados que yo había condenado altamente, tales como algunas gotas de ron en un pedazo de azúcar, nafta, etcétera. Pero éstos no eran más que paliativos, porque su edad evanzada quitaba toda esperanza de cura radical (si bien para su particular dolencia, tal como la describen otros biógrafos, un cuarto de grano de opio cada ocho horas hubiera sido un remedio mejor, acaso el remedio perfecto). Sus sueños continuamente eran más y más espantables. Una sola escena, un sólo episodio de sus sueños, habría bastado para componer un curso entero de poderosas tragedias, cuya impresión era tan profunda que se prolongaba muy lejos en sus horas de vigilia. Entre otros fantasmas aún más angustiosos e indescriptibles, esos sueños le representaban constantemente formas de asesinos que se aproximaban a su lecho, y estaba tan turbado por las tenebrosas procesiones de fantasmas que le asediaban, que en el primer azoramiento del sueño tomaba generalmente a su doméstico, que corrían en su socorro, por un asesino. Durante el día, frecuentemente conversábamos sobre esas numerosas ilusiones, y Kant, con su acostumbrado talento y su desprecio



estoico de las debilidades nerviosas de toda especie, se reía, y para fortificar su propia resolución de luchar contra ellas inscribió en su *carpet*: «No abandonarse a los pánicos de las tinieblas.» Sin embargo, por sugestión mía, dejó más tarde encender una luz en su cámara, colocada de manera que los rayos no viniesen a darle en el rostro. Al principio causó-le bastante enojo; pero poco a poco se acostumbró. El hecho mismo de que llegase a soportarlo fue para mí una prueba de la gran revolución que había producido la operación terrorífica de sus sueños. Hasta entonces la oscuridad y el extremo silencio habían sido los dos pilares sobre los que su sueño reposara. Nadie podía aproximarse a su cama; y, en cuanto a la luz, un solo rayo de luna que hasta él llegase le trastornaba. De hecho, las ventanas de su dormitorio estaban cerradas noche y día; pero ahora la oscuridad era para él un terror y el silencio una opresión. Añadió, pues, a su lámpara un péndulo de repetición, que hizo colocar en su cámara. Al principio el ruido era muy fuerte; pero se supo arreglar el martillo, y desde entonces los *tic tac* se le hicieron más familiares.



VII

IDIOTEZ DEFINITIVA

Hacia este tiempo, en la primavera de 1803, su apetito comenzó a disminuir, lo que me pareció mala señal. Ciertas personas pretenden que Kant tenía costumbre de comer con exceso. Empero, yo no puedo suscribir esta opinión, porque no comía sino una vez diaria y no bebía cerveza. Hasta era enemigo muy determinado de esta bebida (me refiero a la cerveza negra fuerte). Si un hombre moría de muerte precoz, Kant decía: «Probablemente debía de beber cerveza», o si otro estaba indispuesto podía esperarse lo que preguntaba: «¿Pero bebe cerveza?» Y según la contestación, formulaba su pronóstico del enfermo. No cesaba, en suma de mantener que la cerveza era un veneno lento. Sabido es que Voltaire respondió a un joven médico que acusaba al café de ser también un veneno lento: «Tenéis razón, amigo mío, lento, horriblemente lento, porque hace sesenta años que lo bebo y aún no me ha matado.» Mas esta respuesta no la hubiera admitido Kant para la cerveza.

El 22 de abril de 1803, su cumpleaños, el último cumpleaños que disfrutó, fue célebre por una reunión plena de sus amigos. Mucho tiempo hacía que él esperaba esta fiesta y seguía con entusiástico interés el progreso de los preparativos; pero cuando el día llegó, la tensión de la espera, la excitación demasiado grande, parecieron sobre-



pujar sus fuerzas. Intentó tener un aire jovial, pero el tumulto de una sociedad numerosa le turbó e inquietó, y su alegría era visiblemente forzada. El primer sentido de placer real que experimentó pareció venirle a la tarde, después que los invitados habían partido, en el momento en que se desvestía en su gabineté de trabajo. Kant habló entonces con el mayor gusto de los regalos que haría en aquella ocasión, como es costumbre, a sus servidores; porque el eminente filósofo nunca estaba alegre si no veía en torno suyo alegres a los demás. Era gran donador de regalos, pero al mismo tiempo no soportaba el efecto teatral preparado, las formalidades de congratulación, el *pathos* sentimental con que se ofrece en Alemania los presentes del día de nacimiento. En todo esto su gusto masculino descubría algo ridículo e insulso.

Había llegado el estío de 1803, y, visitando a Kant un día, quedé aterrado cuando me rogó, en el más serio tono, que allegase los fondos necesarios para un largo viaje al extranjero. Yo no me opuse, pero le pregunté las razones de proyecto semejante. Alegóme los horribles sufrimientos que en el estómago experimentaba y que no podía soportar. Conociendo la sugestión que en Kant había ejercido siempre una cita de poeta latino, repliqué simplemente: *Post equitem sedet atra cura*, y por el momento no dije más. Mas la sinceridad afectuosa y patética con que no cesaba de implorar la llegada del buen tiempo hizo que yo me preguntase si no convenía ceder a sus deseos, al menos en parte. Le propuse, pues, una pequeña excursión al cotaje * que habíamos visitado el año anterior. «Donde queráis (dijo él), con tal que sea bastante lejos.» Hacia el fin de junio, pues, pusimos por obra su deseo. Al subir al carruaje, la orden de Kant fue: «¡A gran distancia, a gran distancia! ¡Sobre todo, vayamos muy lejos!» Mas apenas hubimos alcanzado las puertas de la ciudad, ya el viaje le parecía haber

* Casa de recreo en el campo, quinta.

durado demasiado tiempo. Llegados a la quinta, encontramos el café que nos esperaba. Pero ni aun quiso tomarse el trabajo de beberlo antes de volver a pedir el carruaje, y el viaje de regreso le pareció insoportablemente largo, aunque no nos llevase más de veinte minutos. No cesaba de exclamar: «¿Esto no acabará nunca?» Su júbilo fue grande cuando se encontró en su gabinete de trabajo, desnudo y en el lecho. Y aquella noche durmió en paz y viose libre por una vez de la persecución de los sueños.

Poco después comenzó de nuevo a hablar de excursiones, de viajes a países lejanos, por lo cual varias veces recomendamos nuestro paseo. Y aunque las circunstancias fuesen siempre las mismas y terminasen por una contrariedad del placer inmediato que había anticipado, no obstante, sin duda alguna fueron sumamente favorables para la salud de su espíritu. En particular la quinta misma, abrigada bajo grandes olmos, al pie de los cuales se extendía un valle solitario y silencioso, en el que se precipitaba un torrente cuya sonoridad era agradable al oído, proporcionó algunas veces vivos gozos a Kant en calmados días de sol. Y uno de ellos, bajo circunstancias accidentales de nubes pasajeras, de claridad, aquel pequeño paisaje pastoral despertó súbitamente en él el recuerdo vivaz, desde hacía algún tiempo adormecido, de una divina mañana de verano que había pasado en un bosque junto a las márgenes de un arroyuelo que atravesaba el parque de uno de sus antiguos y queridos amigos, el general Lossow. La fuerza de esta impresión fue tal, que revivía aquella mañana, que pensaba como había pensado entonces y que conversaba con amigos muy queridos que ya no eran.

Su última excursión realizóse en el mes de agosto de este año de 1803, no a mi posesión, sino al jardín de un amigo. Este día manifestó gran impaciencia. Se había convenido en que encontraría allí a un viejo camarada y que yo, con otros señores, le acompañaría. Sucedió que nuestra tropa llegó la primera y que hubimos de esperar, aunque sólo



algunos minutos. Tal era, sin embargo, la debilidad de Kant y su total carencia de capacidad para estimar la duración del tiempo, que después de haber esperado algunos minutos se figuró que habían transcurrido algunas horas, tanto que no contaba ya con su amigo. Lleno de esta convicción, quiso marcharse, con gran turbación en el espíritu. Y así terminaron los viajes de Kant en este mundo.

Al comenzar el otoño la visión de su ojo derecho comenzó a debilitarse. Tiempo hacía que había perdido el uso del izquierdo. Y es de notar que por mera casualidad había él descubierto esta primera y antigua dolencia. Habiéndose sentado un día para reposar en el curso de un paseo, tuvo la idea de ensayar la fuerza relativa de sus ojos. Pero, sacando un periódico que tenía en el bolsillo, sorprendióse al reconocer que no podía distinguir una sola letra con el ojo izquierdo. Otras veces había tenido notables accidentes en los ojos: una de ellas, a la vuelta de un paseo, había visto los objetos dobles durante mucho tiempo; otras dos veces había quedado ciego de pronto. ¿Fueron estos accidentes anormales? Lo abandonó a la decisión de los oculistas. Lo cierto es que alarmaron muy poco a Kant, quien, desde que la vejez hubo abatido el poder de sus facultades, vivía en un constante estado de preparación estoica para lo peor que le pudiera acontecer. Yo quedé aterrado al pensar el grado en que se agravaría su sentimiento de impotencia si perdía totalmente la vista. Ya leía y escribía con

gran dificultad, y lo que escribía no era más legible que lo que cualquiera puede entretenerse en garrapatear con los ojos cerrados. Sus antiguos hábitos de trabajo solitario hacían que no experimentase ningún placer en oír leer en alta voz, y todos los días me producía angustia el acento patético con que me imploraba que le hiciese fabricar lentes propios para la lectura. Yo intentaba todo lo que mi propia ciencia óptica podía sugerirme, e hice se buscasen los mejores ópticos, que trajeron sus lentes y los modificaron con arreglo a sus indicaciones. Mas todo fue en vano.

Durante este último año de su vida Kant tuvo mucha repugnancia a recibir visitas de extranjeros, y excepto en circunstancias particulares se negó totalmente a ellas. No obstante, cuando algunos viajeros se habían alejado considerablemente de su ruta por venir a verle, confieso que no sabía qué partido tomar. Negar con demasiada obstinación parecía envolver el deseo de atribuirme a mí mismo la importancia. Debo, por otra parte, reconocer que, a pesar de algunos ejemplos de inoportunidad y de expresión grosera de una curiosidad de bajo vuelo, noté generalmente en todos los rangos de la sociedad una sensibilidad muy delicada para la condición del viejo recluso. Los visitantes hacían de ordinario pasar su tarjeta, declarando que no deseaban satisfacer su envío si habían de atormentar al ilustre enfermo. El hecho es que estas visitas le atormentaban infinitamente. Experimentaba muy a lo vivo que era una degradación exhibirse en su estado de impotencia, y tenía conciencia clara de su incapacidad para responder convenientemente a la atención que con él se tenía. Algunos visitantes, sin embargo, fueron introducidos según el azar y el estado accidental del espíritu de Kant en el momento de la visita. Uno de ellos, que recuerdo haber recibido con particular placer, fue Otto, el que firmó el tratado de paz francoinglesa con el actual lord Liverpool (entonces lord Hawkersburg). Un joven ruso también me viene a la memoria por el entusiasmo excesivo y creo que sin afectación de que dio testimonio. Cuando se le hizo entrar avanzó rápidamente, cogió las

manos de Kant y las besó. Kant, que por haber vivido mucho entre amigos ingleses había adquirido una buena parte de reserva y de dignidad inglesas, y detestaba toda actitud teatral, pareció un poco asustado y quedó muy mucho embarazado ante esta manera de saludo. No obstante, la manifestación de aquel joven correspondía, a lo que entiendo, a sentimientos sinceros, porque a la mañana siguiente volvió de nuevo, se informó de la salud de Kant, se mostró muy ansioso de saber si la vejez le era pesada, y



por encima de todo pidió se le diese un recuerdo del gran hombre. Por casualidad el doméstico había descubierto un corto fragmento raspado del manuscrito original de la *Antropología* de Kant. Con mi sanción lo dio al ruso, que tomó el papel con transporte *, lo besó y entregó al doméstico el único rublo que sobre él tenía. Luego, pensando que no era bastante, sacó su vestido y su chaleco y obligó a aquel hombre a aceptarlos. Kant, cuya natural sencillez de carácter le hacía poco propicio a la simpatía por las extravagancias sentimentales, no pudo, con todo, dejar de sonreír cuando se le contó este ejemplo de candidez y de entusiasmo en su joven admirador.



* embéteso.

VIII

MUERTE DEL PENSADOR
DE KÖNISBERG

Llego ahora a un acontecimiento de la vida de Kant, que fue el precursor de las escenas finales. El 8 de octubre de 1803, y por primera vez desde su juventud, cayó gravemente enfermo. Siendo estudiante en la Universidad, había sufrido ya una fiebre que sólo había cesado por el ejercicio forzado de la marcha, y en los últimos años había experimentado algunos dolores por efecto de una contusión a la cabeza; pero, salvo estas dos excepciones, si así se las puede considerar, jamás había estado enfermo de cuidado. Entonces la causa de su enfermedad fue la siguiente: su apetito hizose irregular, o más bien se depravó, consistiendo todo su placer en no comer más que pan mantecoso y queso inglés. El 7 de octubre apenas tomó otra cosa en la comida, a pesar de todo lo que yo y otro amigo comensal pudimos hacer para disuadirle. Por primera vez me pareció que mi importunidad le desagradaba, como si hubiese rebasado los justos límites de mis deberes. Y como me afirmase que el queso nunca le había hecho daño y que no se lo iba a hacer ahora, no me quedó sino callar, y él obró a su arbitrio. La consecuencia fue la que hubiera podido anticiparse: noche de insomnio, a la que sucedió un día de grave mal-estar. La mañana siguiente todo iba como de ordinario hasta las nueve, hora en que Kant, hasta este momento apoya-



en el brazo de su hermana, cayó de súbito por tierra sin conocimiento. Se me hizo buscar inmediatamente y corrí a su casa, donde le encontré tendido sobre su lecho, que se había colocado en su gabinete de trabajo. No tenía palabra ni conciencia de sí mismo. Yo había ya prevenido al médico; pero antes de que llegase, la naturaleza había hecho los esfuerzos necesarios para reanimar a Kant un poco. Al cabo de una hora aproximadamente abrió los ojos y continuó musitando palabras ininteligibles hasta la tarde, en que se rehízo algún tanto y comenzó a hablar razonablemente. Por primera vez en su vida estuvo durante algunos días confinado en su lecho, sin comer nada. El 12 de octubre tomó de nuevo alimento y reclamó su plato favorito; pero yo estaba resuelto, aun a riesgo de desagradarle, a oponerme firmemente. Le expuse, pues, todas las consecuencias de su imprudencia última, cosa de que no tenía absolutamente ningún recuerdo. Escuchó todo lo que le dije con atención suma, y expresó tranquilamente la convicción de que yo estaba equivocado; pero se sometió por el momento. Con todo, algunos días después descubrí que había ofrecido un florín por un poco de pan y queso, y luego dos, y luego, incluso más. Cuando se le negó, quejóse amargamente; pero poco a poco se resignó a cesar en sus peticiones, aunque a menudo érale imposible ocultar cuán violento era su deseo.

El 13 de octubre volvió a sus comidas habituales y se le consideró como convaleciente, pero en realidad no recuperó la calma de espíritu que había conservado hasta este ataque. Siempre había gustado de prolongar su comida, la única que tomaba, o, tal como se expresaba, según la frase clásica: *cenam ducere*; pero desde entonces le fue muy difícil conservar esa costumbre. Después de la comida, que terminaba cerca de las dos, se acostaba y adormecía por intervalos, y su reposo era interrumpido regularmente por alucinaciones o ensueños terribles. A las seis de la tarde



sobrevenía un período de gran angustia, que duraba hasta las cinco o seis de la mañana, a veces más tarde. y durante toda la noche no cesaba alternativamente de pasearse y acostarse, calmado a ratos, con frecuencia agitadoísimo.

Hacíase necesario tomar una persona que le velase, pues su doméstico quedaba agotado con el servicio del día. Ninguna parecía más propia que su hermana, lo uno porque hacía tiempo que recibía de él una pensión muy generosa, y lo otro porque en calidad de más próximo pariente podría dar el mejor testimonio de que a su ilustre hermano no le habían faltado en las últimas horas ninguno de los cuidados y atenciones que su situación exigía. Nos dirigimos, pues, a ella, que se dedicó a velar a Kant alternativamente con su ayuda de cámara. Comía aparte y se hizo una amplia adición a su renta. Pronto vimos que era una mujer tranquila, de espíritu conciliador, que no provocaba discusión alguna entre los domésticos, y adquirió rápidamente la estimación de su hermano por su modestia y su reserva, y añadiré que también por la afección verdaderamente fraternal que le atestiguó hasta el fin.

La jornada del 8 de octubre había herido gravemente las facultades de Kant, pero no las había totalmente destruido. Durante breves intervalos, las nubes que se habían enseñoreado de su majestuosa inteligencia parecían desvanecerse para dejarla brillar como antes. En estos momentos de breve conciencia de su espíritu reveniale su bondad acostumbrada y expresaba de la manera más efusiva su reconocimiento por los esfuerzos de los que le rodeaban y el sentimiento que tenía de su pesar. En lo que concernía especialmente a su doméstico, se mostraba muy inquieto de que se le recompensara por abundantes regalos, y me rogaba a cada instante que no usase de parsimonia. Pues hay que decir que Kant era principesco en su empleo del dinero y no había ocasión en que él expresase más fuertemente sus sentimientos de desprecio que cuando se apreciaban ac-



ciones de avaricia o de baja cupididad *. Los que no le habían visto más que en la calle le creían poco generoso, porque negaba firmemente y por principios toda limosna a los mendigos comunes. Mas, de otra parte, era muy generoso para con las instituciones públicas de caridad; había asistido a sus parientes pobres de manera mucho más amplia de lo que se hubiera podido razonablemente prever, y entonces se vio que tenía otros muchos pensionarios dependientes de sus liberalidades, hecho que nos era enteramente desconocido hasta que la debilidad de su vista y otras enfermedades me obligaron a pagar yo mismo estas pensiones. Y debe asimismo recordarse que la fortuna entera de Kant, que fuera de su sueldo oficial no pasaba de 20.000 duros, era el producto de su honrado trabajo durante cerca de sesenta años, y que había sufrido todas las calamidades de la pobreza durante su juventud, aunque con nadie llegase a contraer deudas: circunstancias de su historia, que a la vez que expresan la conciencia que debía tener del valor del dinero, realzan infinitamente el mérito de su generosidad.

En diciembre de 1803 fue ya incapaz de escribir su nombre. Su vista había descendido a tal extremo que en la mesa no podía encontrar su cuchara si no se la daba yo, y cuando con él comía empezaba por partir en pequeños trozos lo que tenía en el plato; después le colocaba estos trozos en una cucharilla de postre; finalmente le conducía la mano hasta la cucharilla. Pero su incapacidad de firmar no tenía por causa única la ceguera. La verdad era que, por impotencia de memoria, no podía acordarse de las letras que componían su nombre, y cuando uno se las repetía, no podía representarse las figuras de estas letras en su imaginación. Hacia el fin de noviembre había notado que esta incapacidad se acentuaba rápidamente, y había obtenido de él permiso para firmar todos los recibos, etcétera, que hay

* mezquindad.

que firmar a fin de año. Más tarde, a mis ruegos, y para evitar toda dificultad, me dio un poder regular de firma.

Aunque Kant estuviese ya muy deprimido, tenía a veces momentos de jovialidad. Su día de nacimiento era para él un agradable asunto. Algunas semanas antes de su muerte calculaba yo el tiempo que transcurriría aún hasta ese aniversario, y le distraje con la perspectiva de las diversiones que se celebrarían entonces. «Todos nuestros viejos amigos (le dije) se reunirán y beberán a nuestra salud una copa de *champagne*.» «Sí; pero convendría hacerlo *sur-le-champ*», contestó, contento del galicismo y del juego de palabras *. Y no quedó satisfecho hasta que se hubo reunido la compañía. Bebió un vaso de vino con sus invitados, y con gran elevación de espíritu celebró por anticipación aquel cumpleaños que nunca más debía ver.

Sin embargo, en los últimos años de su vida prodújose en su humor un gran cambio. En su mesa, donde antes reinaba un sereno espíritu de alegría, no hubo en adelante más que un melancólico silencio. Kant quedaba turbado viendo a sus convidados conversar el uno con el otro, en tanto que él permanecía en escena como un comediante que no tiene papel. Y con todo, el intervenir en la conversación hubiera sido aún más desolante, porque oía muy mal. El esfuerzo que para escuchar hacía le era penoso, y sus expresiones, hasta cuando su pensamiento era suficientemente preciso, hacíanse casi ininteligibles. Es, a pesar de ello, notable que en las más profundas depresiones, perfectamente incapaz ya de hablar razonablemente de los asuntos ordinarios de la vida, pudiese todavía responder con una corrección y una distinción verdaderamente extraordinarias a toda cuestión de filosofía o de ciencia, particularmente de geografía física, de química o de historia natural. En su peor condición, habló muy bien de las leyes de los gases y citó con

* *sur-le-champ*, cuya traducción literal del francés es «sobre el campo», significa, en sentido figurado, «al segundo», «al momento»; de ahí la gracia del juego de palabras referido al *champagne*.



asombrosa exactitud diferentes proposiciones de Kepler, especialmente la ley de los movimientos planetarios. Y precisamente recuerdo que el último lunes de su vida, cuando lo extremo de su debilidad hacía anegarse en lágrimas a los amigos que le asistían, estaba sentado entre nosotros, insensible a todo lo que pudiéramos decirle hundido, o más bien, desplomado como una masa sin forma en su silla, torpe, sordo, ciego, paralizado, en este momento mismo dije en voz baja a los otros que me comprometía a hacer entrar a Kant en la conversación con animación y justeza. Y como lo encontrasen difícil de creer, me aproximé a su oído y le propuse una cuestión sobre los berberiscos. Con sorpresa de todos, excepto de mí, nos hizo inmediatamente una exposición sumaria de sus tradiciones y de sus costumbres, y nos dijo a este propósito que en la palabra *Alger* debía pronunciarse la *g* dura, como en la palabra inglesa *gear*.

Durante los quince últimos días de su vida, Kant se ocupaba incesantemente en un trabajo que parecía, no solamente desprovisto de fin, sino en sí mismo contradictorio. Veinte veces por minuto ataba y desataba su pañuelo de seda, así como una especie de cinturón que llevaba en su ropa de casa: apenas lo ceñía, desceñíalo con impaciencia, y aún más impaciente se ponía para ceñirlo de nuevo. Pero descripción alguna podría dar una impresión adecuada de la fatigante inquietud con la que de la mañana a la noche proseguía esta labor Sísifo: hacer y deshacer, irritarse de no poder obrar, irritarse de haber obrado.

Desde este tiempo raramente reconoció a los que estaban alrededor de él, y nos tomaba a todos por extranjeros. Esto sucedió primero con su hermana, después conmigo, y por último, con su doméstico. Esta especie de separación me desoló más que las otras manifestaciones de decadencia. Demasiado sabía que no me había perdido realmente el afecto, y con todo, su aire y su manera de dirigirse a mí me daban constantemente esta sensación. Emocionábame mucho cuando la claridad de sus percepciones y de sus recuerdos le



volvía, lo que no ocurría sino por intervalos cada vez más lejanos. En esta condición, silencioso o balbuceante como un niño, absorbido y sumido en el sopor, o bien, ocupado en alucinaciones y en visiones imaginarias, despabilándose un instante por bagatelas, cayendo durante horas en lo que acaso eran los fragmentos dispersos de sueños caducos, ¡qué contraste con aquel Kant que en otro tiempo había sido el centro brillante de los círculos más brillantes de nobleza, de espiritualidad o de ciencia que poseía Prusia! Una persona distinguida de Berlín, que le había visitado el verano anterior, quedó profundamente afectada y dijo: «No he visto a Kant, sino la cáscara de Kant.» ¡Y cuánto más verdadera habría sido la frase si le hubiese visto ahora!

Henos ya en febrero de 1804, que fue el último mes que Kant estaba destinado a vivir. Es notable que en el *carpet* de que hablé haya encontrado un fragmento de vieja canción que Kant había en él anotado con fecha del estío, cerca de seis meses antes de su muerte, y en la que se decía que febrero era el mes en que los hombres tenían que llevar más ligero fardo, por la sencilla razón de ser más corto que los otros en dos o tres días. Y la conclusión tenía un sentido de fantasía emocionante: «¡Oh feliz mes de febrero, en que el hombre tiene que soportar menos pena, menos dolor, menos remordimientos!» Aun de este breve mes Kant sólo pudo soportar doce días enteros, porque el día 12 murió, y puede decirse que desde el día 1 estaba moribundo, no haciendo más que vegetar, a pesar de los caprichosos y pasajeros fulgores que hacían brotar todavía tizones de su antigua y magnífica inteligencia.

El 3 de febrero los resortes de la vida parecieron detener su juego, porque a partir de ese día no comió literalmente nada: su existencia parecía no ser otra cosa que la prolongación de fuerza, adquirida por una vida de ochenta años, después de la cesación del poder motor del mecanismo. Su médico le visitaba cada día a la misma hora, a la que debía estar siempre presente yo, según habíamos convenido. Nueve



días antes de su muerte, en el momento de la visita ordinaria sobrevino una pequeña circunstancia que a ambos nos emocionó, recordándonos invenciblemente la indeleble cortesía y la ternura de la naturaleza de Kant.

Cuando se anunció al médico, llegué hasta Kant y le dije: «He aquí al doctor A...» Kant se levantó de su silla, tendió su mano al doctor y murmuró algo en que la palabra *puestos* se repetía varias veces, pero con el aire de desear que se le ayudase a acabar la frase. El doctor A..., que pensaba que por *puestos* quería decir *postas*, parada de caballos de posta, y que por consiguiente deliraba, le respondió que los caballos estaban enganchados y le suplicó que se calmase. Pero Kant continuó con un gran esfuerzo sobre sí mismo y añadió: «Muchos puestos, mucha bondad, mucho reconocimiento.» Todo esto fue dicho con una incoherencia aparente, pero con gran calor y visible conciencia. Sin embargo, yo adiviné lo que Kant en su bruma de imbecilidad deseaba decir, y lo interpreté en esta forma: «Lo que el profesor desea decir, doctor A... es lo siguiente: dados los puestos numerosos y pesados que llenáis en la ciudad y en la Universidad, atestigua una gran bondad de vuestra parte dedicarle tanto de vuestro tiempo (porque el doctor A... no quiso jamás recibir honorarios de Kant), y os guarda el más profundo reconocimiento por esa bondad.» «Eso es (acrecentó Kant gravemente), eso es.» Pero seguía aún de pie e iba a caer, sobre lo que advertí al doctor que estaba persuadido de que Kant no querría sentarse, por fatigado que estuviese, hasta que no se hubieran sentado los visitantes. Pareció dudar el doctor; pero Kant, que había oído lo que yo había dicho, por un prodigioso esfuerzo confirmó mi explicación de su conducta y pronunció distintamente estas palabras: «Dios me preserve de caer por olvidar los oficios de la humanidad.»

Cuando se anunció la comida, el doctor A... tomó el portante. Otro invitado acababa de llegar y yo esperaba, a causa de la animación que Kant acababa de mostrar, que



aquel día sería agradable la comida. Mi esperanza fue vana: Kant estaba más agotado que de costumbre, y no pudo conseguir llevar la cuchara a la boca. Tiempo hacía que todos los alimentos habían perdido su gusto para él, y yo me había esforzado, pero sin éxito, en estimular los órganos del gusto con nuez moscada, cinamo, etc. Aquel día no logré que probase ni un bizcocho. Cierta vez le había oído decir que varios de sus amigos, caídos en modorra, habían terminado su enfermedad por cuatro o cinco días de entera ausencia de dolor, pero totalmente sin apetito, adormeciéndose después apaciblemente en el sueño final, y temí verle ahora a él mismo en tal estado.

El sábado, 4 de febrero, oí a sus invitados expresar en alta voz el temor de no verle más, y participé de sus temores.

Sin embargo, el domingo, 5, comía yo en su mesa con uno de sus íntimos amigos. Kant estaba aún allí, pero tan débil que la cabeza casi le llegaba a las rodillas y él había caído contra el brazo derecho de su sillón. Dispuse sus almohadas de manera que pudiesen recibir y soportar su cabeza y le dije: «Ahora, querido señor, estáis bien acomodado.» Con gran asombro nuestro respondió en voz clara y neta por la frase militar romana: «Sí, *testudine et facie*», y agregó inmediatamente: «Presto para el enemigo y en orden de batalla.» Sus facultades se reducían a cenizas, pero de tiempo en tiempo una gran llama o una gran emanación de luz nos mostraba que el antiguo fuego dormía bajo las cenizas.

El lunes, 6, amaneció más débil y más torpe. No pronunció una palabra, excepto cuando yo le propuse la cuestión sobre los berberiscos, como ya he dicho, y permaneció sentado, con los ojos abiertos sin ver, perdido en sí mismo, no manifestando de nuestra presencia noción alguna, de suerte que nos dio la sensación de algún gigantesco fantasma de un siglo olvidado que viniese a descansar entre nosotros.

En este momento Kant denotaba mucha más calma y compostura. En el primer período de su enfermedad, cuando



aún no había perdido toda su fuerza y se hallaba en conflicto activo contra los primeros ataques de la decrepitud, había mostrado cierto malhumor y dicho a veces palabras duras y aun rudas a sus domésticos, cosa muy opuesta a sus disposiciones naturales, pero muy excusable en aquellas circunstancias, pues no podía hacerse comprender. Por ello se le llevaban continuamente cosas que él no había pedido, y lo que realmente deseaba no lograba en ocasiones obtenerlo, porque todos sus esfuerzos para nombrarlo eran ininteligibles. Además, una violenta irritación nerviosa habíale producido la ruptura del equilibrio de las diferentes funciones. La debilidad de un órgano le era más palpable por la fuerza que otro conservaba. Pero al cabo terminó esta lucha. Su sistema entero estaba minado, y ahora se movía rápida y armoniosamente hacia la disolución. Desde este momento hasta que todo hubo acabado, ni un movimiento de impaciencia, ni una expresión de excitación se le escapó.

Yo iba a verle tres veces por día, y el martes, 7 de febrero, llegando a la hora de comer, encontré a sus invitados solos a la mesa. Kant estaba en el lecho. Esto era una escena nueva en su casa. Nuestros temores por la proximidad de su fin acrecieron. Con todo, habiéndole visto volver al comedor tan a menudo, no quise correr el riesgo de dejarle sin sociedad los siguientes días.

A una hora, como de ordinario, nos reunimos en su casa el miércoles 8 de febrero. Le presenté mis respetos con toda la alegría de que era capaz y ordené le sirviesen de comer. Kant estaba sentado a la mesa con nosotros, y alzando la cuchara con un poco de sopa, la llevó a sus labios, pero inmediatamente después la posó y se retiró a su lecho, de donde no se levantó más.

El martes, 9, había caído en la debilidad de un moribundo y el aspecto cadavérico (*facies hippocratica*) se había ya apoderado de él. Volví a verle frecuentemente durante todo el día, y retornando por última vez hacia las diez de la



noche, le encontré en estado de inconsciencia: no pude sorprender en él signo alguno de reconocimiento y le dejé al cuidado de su hermana y de su doméstico.

El viernes, 10, fui a verle a las seis de la mañana. Era un día de tempestad, espesa nieve había caído durante la noche, y recuerdo que una banda de ladrones había hecho fractura en el patio de Kant para penetrar en la casa de su vecino, que era joyero. Al aproximarme a su lecho le di los buenos días. A mi saludo respondió diciendo: «Buenos días», pero con voz tan débil y decaída, que apenas era articulada. Regocijado de encontrarle consciente, le pregunté si me reconocía. «Sí», contestó él, y tendiendo la mano me tocó dulcemente la mejilla. Durante el resto de la jornada, cuantas veces le vi, pareció haber recaído en estado de inconsciencia.

El sábado, 11, estaba acostado, con los ojos fijos y ternos, y según toda apariencia, en perfecta paz. Aun le pregunté este día si me reconocía. No podía hablar; pero volvió hacia mí su figura y me hizo seña de que le abrazase. Una profunda emoción se apoderó de mí cuando me incliné para besar sus pálidos labios, porque sabía que con aquel acto solemne de ternura quería expresar su reconocimiento por nuestra larga amistad y significar su último adiós. Yo no le había visto dar esta prueba de amor a nadie, excepto una vez, pocas semanas antes de su muerte, en que atrajo hacia sí a su hermana y la abrazó. El beso que entonces me dio fue su último testimonio de reconocimiento.

Todas las bebidas que ahora se le ofrecían atravesaban el esófago con un sonido ronco, como casi siempre acontece a los moribundos, y se notaban todos los signos de una muerte próxima.

Resolví permanecer con él hasta el final, y así como había sido uno de los más próximos testigos de su vida, ser también testigo de su muerte, por lo cual no le abandonaba, excepto cuando se recurría a mí por algunos minutos para cualquier necesidad perentoria. Pasé la noche toda junto a



su cabecera. Aunque continuase todo el día en estado de inconsciencia, al oscurecer hizo signos inteligibles para expresar que se le pusiese en orden el lecho. Levantámosle en brazos, y quitamos y reemplazamos a toda prisa sábanas y almohadas. No durmió, y de ordinario rechazó la cucharilla de bebida que de cuando en cuando se le ponía en los labios. Pero hacia la una de la madrugada él mismo hizo un movimiento hacia la cucharilla, por donde comprendí que tenía sed, y le di un poco de vino y de agua azucarada. Los músculos de su boca no tuvieron fuerza para retenerla, de suerte que, para impedir que se escapase, colocó la mano por debajo de los labios hasta que se produjo en su garganta un ruido seco. Pareció desear más, y yo continué dándole hasta que dijo de manera que fui capaz de comprender: «Basta.» Y ésta fue su última palabra: «Basta.» *Sufficit!* ¡Poderosa y simbólica palabra! Por intervalos rechazaba las mantas y se descubría. Yo le tapaba constantemente, y en una de estas ocasiones percibí que todo el cuerpo y las extremidades estaban ya frías y que el pulso era intermitente.

A las tres y cuarto, en la madrugada del 12 de febrero de 1804, Kant se extendió como si tomase posición para su acto final, y se estableció en la postura precisa que conservó hasta el momento de la muerte. El pulso no era ya perceptible al tacto ni en las manos, ni en los pies, ni en el cuello. Yo examiné las partes todas en que el pulso late, y tan sólo lo reconocí en la cadera derecha, violento, pero intermitente.

Hacia las diez de la mañana Kant sufrió una grave transformación: su ojo se tornó rígido, su semblante y sus labios se descoloraron con palidez cadavérica. Tal era, sin embargo, la intensidad de los hábitos de su constitución, que ninguna señal apareció del sudor frío que acompaña regularmente a la última agonía mortal.

Eran cerca de las once cuando se aproximó el momento de la disolución. Su hermana estaba rígida al pie del lecho; el hijo de su hermana a la cabecera; yo, a fin de observar



siempre las fluctuaciones de su pulso, me había arrodillado a su lado y llamaba a su doméstico para que viniese a ver la muerte de su buen amo. La última agonía iba a terminarse, si se puede llamar agonía lo que ya no era una lucha. Precisamente en este instante un distinguido amigo suyo, que había mandado llamar yo, entró en el aposento. Al principio la respiración se hizo más débil, después irregular, más tarde hubo intermitencia total y el labio superior se conmovió ligeramente, en seguida una respiración suave como un suspiro, luego nada; pero el pulso latió todavía algunos segundos, más lentamente, más flojamente, hasta que cesó por completo: el mecanismo se detuvo, el último movimiento quedó interrumpido, y exactamente en aquel instante el reloj dio las once.

Después de su muerte se rasuró la cabeza de Kant, y bajo la dirección del profesor Knorr se sacó en yesa un molde, no solamente de la máscara, sino de la cabeza entera, con el designio, a lo que parece, de enriquecer la colección craneológica del doctor Gall.

Dispuesto y amortajado el cuerpo, una multitud de personas de todas las clases, desde la más alta a la más baja, se presentaron para verle. Todos estaban ansiosos de aprovechar la última ocasión de poder decirse: «También yo he visto a Kant.» Esto continuó varios días, durante los cuales, de la mañana a la noche, la casa estaba atestada de gente. Grande fue la sorpresa de todos ante la delgadez de Kant: todos convenían en que jamás se había visto cuerpo tan agotado y descarnado. Su cabeza reposaba sobre el cojín en el cual los señores de la Universidad le habían presentado en cierta ocasión un sobrescrito, y yo creo que no pudo hacerse de él un uso más honroso que el de colocarlo en el féretro como almohada final de aquella inmortal cabeza.

Kant había expresado sus votos años antes en un *memorandum* especial sobre el modo de sus exequias. Rogaba que se efectuasen por la mañana, con el menor ruido y



desorden posibles y con la sola presencia de los más íntimos camaradas. Como yo hubiese encontrado este *memorandum* arreglando los papeles de su gaveta, francamente le dije que semejantes disposiciones me colocarían como ejecutor testamentario en una embarazosa situación, porque muy probablemente las circunstancias harían casi imposible cumplirlas, con lo que Kant rompió el papel y lo dejó todo a mi discreción. En efecto, yo preveía que los estudiantes de la Universidad no dejarían pasar esta ocasión sin atestiguar su veneración al maestro por funerales públicos. Los hechos demostraron que yo tenía razón. La ciudad de Königsberg no había visto ni vio después funerales tales como los de Kant, tan solemnes y tan magníficos. Las gacetas públicas y los opúsculos, etc., dieron cuenta tan minuciosa de los detalles, que yo trazaré solamente los grandes rasgos de la ceremonia.

El 28 de febrero, a las dos de la tarde, todos los dignatarios de la Iglesia y del Estado residentes en Königsberg, o llegados de las más lejanas partes de Prusia, se reunieron en la capilla del castillo, desde donde fueron escoltados por la corporación entera de la Universidad en traje de gala y por muchos oficiales superiores que habían sentido siempre gran afección por Kant. hasta la casa del profesor fallecido. El cuerpo fue levantado a la luz de las antorchas, en tanto que las campanas de todas las iglesias de Königsberg tocaban a muerto, y a continuación llevado a la catedral en medio de innumerables cirios. Un prodigioso cortejo seguía a pie. En la catedral, después del ordinario rito funerario, acompañado de todas las expresiones posibles de veneración nacional por el difunto, hubo un gran servicio musical, ejecutado admirablemente, después del cual los restos mortales de Kant fueron bajados a la cripta académica, y allí reposa hasta hoy entre los patriarcas de la Universidad.

¡Paz a sus cenizas y a su memoria eterno honor!

NOTAS DEL TRADUCTOR



I

... Al lado de algunos chispazos de genio contiene muchas cosas tomadas de las obras anteriores (página 24).

El libro a que aquí se alude, y cuya composición ocupó los postreros años de Kant, era un supuesto «trabajo original», que él designaba, frecuentemente, como su obra maestra, con esa preferencia que demuestra siempre el anciano por el último hijo que tiene. A creer lo que Kuno Fischer dice en el capítulo VII de su *Kant's Leben*, debía exponer esa obra la transición de la metafísica a la física, y Kant mismo la titulaba *Sistema de la filosofía en su totalidad*. Hasta los últimos meses antes de morir escribió en ella con toda la asiduidad posible. Kuno Fischer duda del valor de esa obra, de sus nuevos pensamientos, del orden y método que en ella existe, aun sin haberla leído, al considerar el estado de debilidad en que su autor se encontraba y al pensar en las conclusiones a que podía haber llevado su filosofía. No puede comprenderse qué nuevos pensamientos podían traerse dentro de una filosofía como la suya. Hombres competentes que leyeron su extenso manuscrito aseguraron que es sólo la reproducción fragmentaria de sus libros



conocidos, con la agravante de notarse en su redacción la debilidad senil. Ese manuscrito se perdió, pero fue hallado de nuevo y aun se pensó en su publicación. Sin embargo, las noticias que de él se dieron confirmaron todo lo que se afirmaba. Wasianski decía que, en sentir de Schulze, a quien Kant enseñó el manuscrito, era ese trabajo «el comienzo de una obra que no podía redactar». Posteriormente discutieron sobre el asunto las *Neuen-Preussischen*, la *Provincial-Blaeter* y los *Preussischen-Jahrbücher*. El que con más atención y detención se ocupó de semejante manuscrito y dio más noticias fue Reicke, según el cual, constaba de cien pliegos, y respecto a su contenido, está conforme su juicio con los anteriores.

II

... Sin duda se inspiró en Wasianski, como también en Borowski, Jachmann y otros (página 24).

Son éstos los biógrafos que tenían más de cerca a Kant, los que le trataron durante muchos años, los que residían en el mismo círculo del gran filósofo, los que escribieron inmediatamente después de su muerte y, por ende, los que han suministrado más datos sobre su vida y carácter. Todas esas biografías aparecieron en 1804, pero la de Borowski estaba escrita desde 1792 (con el título de *Darstellung des Lebens und Characters Kant*), y aun parece que fue leída y enmendada por el propio pensador de Königsberg. Borowski quiso leerla en la *Sociedad Alemana* de esta población; pero Kant, hombre modesto, no lo consintió, advirtiendo cuerdamente que el elogio provoca siempre la censura. Aunque la crítica de un pensador exija mucha más cultura filosófica y mucha más comprensión objetiva que el crear, Borowski no demuestra tales cualidades en su biografía y en medio de sus alabanzas revela escaso conocimiento del pen-

sador que juzga. Supérale en esto Jachmann, cuya biografía (rotulada *Kant geschildert in Briefen an einen Freund*) comprueba que fue aprovechado discípulo y amanuense del gran filósofo en la época más culminante de su existencia (1784 a 1794), cuando el profesor de Königsberg redondeaba y completaba su sistema filosófico. Además, Jachmann conservó y publicó las cartas de Kant, que provienen, por la mayor parte, de sus últimos días. Pero aunque Jachmann era un hombre instruido y un espíritu sano que tenía gusto por las cosas serias, dio principalmente particularidades exteriores y apenas dejó ningún dato sobre los motivos íntimos que obraron en el admirable desenvolvimiento de su biografiado. Igual defecto se observa en *Kant in seinen Lebensjahren*, de Wasianski, discípulo del profesor en 1773, más tarde su secretario y desde 1790 amigo y administrador de la casa. Las mejores biografías son las posteriores, de Schubert (en el volumen XI de las *Kant's Werke*, edición Rosenkranz) y de Kuno Fischer. Añadiré las ediciones de Hartenstein y de Kirchmann, que corrigen muchos defectos. Sin estar, pues, reducidos a reconstruir por sus propios escritos la evolución intelectual de Kant, es indudable que conviene, si bien con la debida cautela, estar prevenidos y no aceptar ciertos detalles sobre Kant porque se deban a sus contemporáneos y compatriotas.

III

... A la supuesta oscuridad de la filosofía que contienen, sea esta oscuridad inalienable o debida al modo particular de exposición de Kant (páginas 27-28).

El escritor que más injusto ha estado con Kant, en cuanto al punto aludido, es el célebre poeta y humorista Heine ¹.

¹ De l'Allemagne, I, 121.



Hablando de lo mucho que tardó en ser conocida del gran público la *Kritik der reinen Vernunft*, atribuye ese tardío conocimiento «a la desusada forma y al mazorril estilo de la obra, pues Kant es un carretero del estilo. En obras anteriores había escrito mejor. La colección de sus libros, publicada recientemente, abarca sus primeros ensayos, y admira encontrar allí una manera excelente y a veces muy espiritual. Parece que se esmeraba en sus trataditos mientras preparaba su gran obra, produciendo el efecto de un soldado que se prepara con tranquilidad para un combate en que se promete una victoria segura... ¿Por qué ha escrito Kant su *Kritik der reinen Vernunft* en un estilo tan seco, verdadero estilo de papel gris? Temió, a lo que creo, que, después de haber rechazado la forma matemática de la escuela cartesioleibnitzwolfiana, perdiese la ciencia algo de su dignidad al expresarse en un tono ligero, amable y simpático, y la revistió de una forma abstracta, rígida, que excluía toda familiaridad con las inteligencias de orden inferior. Quiso alejarse de los filósofos populares de entonces, que aspiraban a la más burguesa claridad... Kant ha hecho mucho daño con el estilo pesado y amazotado de su obra principal, porque los imitadores sin talento plagiaron su forma exterior y nació en Alemania el absurdo de que no se podía ser al mismo tiempo buen filósofo y buen escritor».

Estas quejas son, en gran parte, justas. A Hoeffding² le cuesta trabajo creer lo que refiere un biógrafo de Kant; es a saber: que antes de escribir cada frase el filósofo la hacía examinar por su fiel amigo el comerciante Green, y añade que si el estilo hubiese sido revisado por un hombre de tal oficio de seguro hubiese sido mucho más claro (*hätte ein praktischer Man die Darstellung kontrolliert, so wäre sie gewifs klarer geworden*). Allí se encuentra gran cantidad de elaboraciones formales y de petulancias escolásticas. Kant mismo dice de su libro en una nota que cuando se le hojee

² *Geschichte der neueren Philosophie*, II, 38.

parecerá el más pedante de todos y, sin embargo, mira propiamente a abolir toda pedantería (*und doch gebe es recht eigentlich darauf aus, alle Pedanterien abzuschaffen*). Y además de las contradicciones y de las petulancias escolásticas, se hallan también repeticiones superfluas que engendran la confusión o la fatiga.

Poned, efectivamente, el oído a esa expresión rotunda de los conceptos y abstracciones del álgebra cualitativa, de la dialéctica trascendental, que se llama la crítica kantiana. ¿Qué os concreta el padre del formalismo? ¿No os parece oír, en un ambiente filosófico, la pesada cadencia del efectismo renaciente y humanístico, el monótono sonsonete de aquellos versos clásicos en que dos substantivos, acompañado cada uno de un adjetivo, se equilibran alrededor de un verbo? Poco más tendréis que aprender de Kant en punto a tecnicismo filosófico: el batallón disciplinado de sus robustos argumentos se trueca en una bandada de *conceppi* insípidos cuando quiere reducir estos argumentos a fórmula, y a fórmula radical. La forma dificultosa del lenguaje de Kant mereció de Schiller el calificativo de «estilo de cancellería filosófica». Se refiere también que, preguntando un día Kant a un amigo suyo, consejero de hacienda y hombre de negocios, si había sentido alguna vez deseo de leer sus libros, le contestó: «Sí, y los leería con más frecuencia si no me faltaran los dedos, porque vuestro estilo es tan abundante en condicionales y paréntesis, que no puedo seguirlos con la vista. Coloco un dedo sobre una palabra, después el segundo y el tercero, y antes de volver la página, todos mis dedos están ya ocupados»³. Como expositor y como analista, Kant es la mayor calamidad directiva que ha cabido en suerte a la pobre filosofía moderna. No lo toméis a irreverencia o desacato: él es quien ha prostituido el tecnicismo metafísico con palabras horrosas; él quien erró su ca-

³ González Serrano, *En pro y en contra*, 15. Véase mi *Filosofía de la naturaleza*, I, 44.

mino desde las primeras de cambio con su crítica demoleadora, pero absurda en su misma base, pues para desconfiar de la luz de la razón tuvo que valerse de esta misma luz; él quien covirtió la *metodología* cartesiana en una *metodolatría* infecunda; él, en fin, quien, implacable disector del entendimiento humano, sin conocer que las matemáticas eran la mitad de la ontología, quiso rehacer ésta al ver que la ciencia primera no tenía, a su parecer, la seguridad del procedimiento, el rigor y la extensión de los resultados, como sucede con las del cálculo; pero con una inconsecuencia digna de un principiante de lógica, para conseguir en su disciplina lo mismo que en el álgebra o en geometría, siguió el camino inverso al que el álgebra y la geometría le trazaban: éstas son ramas completamente sintéticas del saber, y él aprendió el camino del análisis: todas las verdades algebraicas y geométricas son de evidencia inmediata, y él no quiso admitir más verdades que las que saliesen de su análisis, un análisis mal entendido, imitando la famosa duda de Descartes, como si jamás de la negación pudiera salir una afirmación⁴.

IV

... El número de libros escritos por él (página 28).

Kant, que era un hombre de nobles pensamientos, y que, de otra parte, podía apoyarse en el gran rey (Federico II) y en su esclarecido ministro Zediltz, había, no obstante, conservado en demasía viejos principios esotéricos, para mirar, por ejemplo, el materialismo, a causa de la inteligibilidad de esta doctrina, como más peligroso que el escepticismo, que supone un número mayor de principios poco

⁴ Campoamor, *Lo absoluto*, 199. Véase mi *Filosofía de la naturaleza*, I, 37.

conocidos. El profundo radicalismo, peculiar a Kant, quedó, fuese por la dificultad del punto de vista, fuese por la oscuridad del estilo, de tal modo oculto, que no se reveló por completo sino a los estudios más perspicaces y más exentos de prejuicios⁵. Pero ese radicalismo tuvo sus fases, que importa señalar, siguiendo la sucesión normal de la producción kantiana. Porque faltándonos, por desgracia, materia con que pintar el desenvolvimiento interior y personal de Kant, a sus obras tenemos que apelar y reducirnos.

Generalmente se admiten tres períodos en la evolución intelectual del filósofo de Königsberg. El primero lo remontan algunos a 1740 (año en que comenzó a estudiar filosofía) y lo extienden hasta 1770 (fecha de la aparición de su disertación latina, en que se ofrece en plena germinación su teoría trascendental); pero otros no lo comienzan hasta 1755 ó 1759. Los primeros señalan en él dos subperíodos: uno que va de 1740 a 1760 (en que Kant piensa y escribe bajo la dirección del sistema cartesioleibnitzwolfiano), y otro que va de 1760 a 1770 (en que se encuentra bajo la influencia de la filosofía inglesa, particularmente de Hume). El segundo período, que examinaré en una nota próxima, todos convienen en colocarlo entre 1770 y 1781 y en considerarlo como una pausa memorable que dio por resultado la *Kritik der reinen Vernunft*. Por último, el tercer período se prolonga de 1781 a 1804. Los años 1781 a 1790 son el subperíodo de construcción, que termina con la *Kritik der Urtheilskraft*. Aunque derivada del pecado original de su escepticismo empírico, la rectitud de su juicio durante este lapso de tiempo era extremada, como lo prueba su *Kritik der praktischen Vernunft*. Pero una vez consolidado su sistema filosófico, por más que él creyese sus principios universales y valederos para todos los seres razonables, lo encontró en pugna éticamente con muchos hechos positivos y socialmente con muchos hechos históricos, e intentó resolver

⁵ Lange, *Geschichte des Materialismus*, II, 102.

esta oposición en una serie de obras ya menos analíticas, pero siempre discretamente encadenadas. En las ideas racionales que componen sus tres críticas, Kant injertó una moral calmada y sobria, una filosofía práctica fundada sobre la conciencia del ser activo. Para él el imperativo categórico que, en nuestro fuero interno, manda hacer el bien, es un hecho de la conciencia íntima tan necesario y tan general como la ley de la gravitación en la naturaleza externa. Y sobre ese imperativo fundó Kant, no sólo su ética, sino que también su pedagogía, su concepción religiosa y su filosofía de la historia.

En 1755 publicó Kant un opúsculo con el título de *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels* (dedicado al rey de Prusia), que llamó mucho la atención del mundo sabio y que estaba destinado a adquirir gran nombradía por tres razones: primera, porque en él se popularizaba la doctrina de Newton en Alemania al mismo tiempo (y con más profundidad y originalidad) que lo hacía Voltaire⁶ en Francia; segundo, porque se criticaba en la doctrina de Newton la opinión de que la constitución del orden actual del sistema solar no puede explicarse por las leyes mecánicas de la naturaleza; y tercera, porque a la doctrina de Newton se añadía la audaz hipótesis que después hizo célebre a Laplace⁷, y según la cual el orden actual del sistema solar se formó, en su origen, de una nebulosa en rotación. Por desdicha, estas tres razones trajeron consigo tres graves daños: primero, que empezó a confundirse en el mundo sabio el verdadero sistema de Newton en astronomía con lo que, desde Kant y Voltaire, se conoce por «sistema de Newton»; segundo, que empezó a confundirse, en el mundo filosófico, la inofensiva y errónea «cosmogonía nebulosa»

⁶ Véanse sus *Eléments de la philosophie de Newton*, aparecidos en 1738 e incluidos en el tomo XXI de sus *Oeuvres complètes* (edición de 1784).

⁷ Véase su *Exposition du système du monde* (ediciones de 1800 y de 1836).

con el monismo mecanicista⁸, y tercero, la vieja pero justamente desacreditada teoría de la «necesidad» de Leucipo, Demócrito y Epicuro. Kant, preocupado de la descripción física de la tierra y del edificio del mundo, se impuso la penosa tarea de estudiar las obras de Newton, y lo que prueba hasta qué punto supo profundizar la idea fundamental del matemático inglés es que concibió el pensamiento ingenioso de que la misma atracción de toda materia compacta y ponderable que mantiene hoy día el curso de los planetas debió de antemano hallarse en estado de formar el sistema solar con la materia difusa e imponderable. Más tarde, y sin conocer a Kant, Laplace, el ilustre autor de la *Mécanique céleste*, llegó a la misma idea y le dio derecho de ciudadanía en la ciencia de los astros⁹. Aunque está probado que en profundidad y amplitud supera el trabajo de Kant al de Laplace¹⁰, las divergencias de detalle que entre ambos se observan denotan en el primero muchos errores de cálculo y un conocimiento defectuoso de las leyes de la mecánica celeste¹¹. Además, lejos de estar acabada ni redondeada, la teoría de Kant nada a propósito contenía para indicarnos cómo habríamos de imaginarnos las leyes mecánicas de la niebla primordial, para saber cuál fuese el estado de movimiento en que se hallaba en un momento dado, pues no habla sino en general de fuerzas de atracción y declinaciones laterales producidas por fuerzas de repul-

⁸ Dietrich (*Kant und Newton*, 198) pretende que el filósofo de Königsberg propuso su cosmogonía nebulosa en sentido panteísta. Hoeffding (*Geschichte der neueren Philosophie*, II, 35) le sigue servil y acaso inconscientemente, acomodando el criterio de Dietrich a sus propios prejuicios. Pero Pesch (*Die Weltraetsel*, II, 681, 685) refutó a este último, aconsejándole estudiar a Kant antes de escribir libros sobre Kant. En el error de Dietrich había caído ya Kuno Fischer (*Geschichte der neueren Philosophie*, III, 198).

⁹ Helmholtz, *Papulaerwissenschaftlichen Vortraegen*, II, 18.

¹⁰ Para convencerse de esto, consúltese a Zoellner, *Die Natur der Kometen*, 463.

¹¹ Sobre este punto léase a Pfaff, *Entwicklung der Welt*, 159.



sión, con las cuales deberían originarse diversos globos. En tales pormenores no puedo detenerme aquí. Lo que en este punto me interesa es dejar consignado que se equivocan los que ven en la hipótesis cosmogónica de Kant gérmenes de panteísmo. En aquella época Kant, tan lejos aún de incurrir en sus errores criticistas, trató el problema con ejemplar corrección filosófica, hallando precisamente en la rigurosa conexión de todos los elementos del universo, atestiguada por las leyes naturales conocidas, la prueba de que ese universo tiene su última razón en un Ser Absoluto que lo abraza todo. Esta concepción cósmico-religiosa se desplega con más claridad aún en el escrito: *Einzig moeglicher Beweisgrund einer Demonstration des Daseins Gottes* (1763), al cual incorporó su hipótesis cosmogónica. Un año antes (1762), y en su *Versuch den Begriff der negativen Groeßsen in die Weltweisheit einzuführen*, había llegado a la misma conclusión de una Causa Unica de todos los seres, por resultar de otro modo incomprensible la acción recíproca de los principios elementales del cosmos.

Pero ya entonces empezaba a meterse de lleno en el punto de vista psicológico y ético a desdeñar el aspecto cosmológico y metafísico de la filosofía. En sus *Beobachtungen über das Gefühl des Schoenen und Erhabenen* (1864), dio a la estética por fundamento el instinto moral considerando a la belleza como el símbolo del bien, y en sus *Traeumen eines Geistersehers erlaeutert durch Traeume der Metaphysik* (1766), crítica humorística de Swedenborg y de sus obras, intentó probar que el error fundamental de la metafísica proviene de que se transporta las cosas la idea de la posibilidad, del *δυναμει ον*, lo que por naturaleza es una hipótesis subjetiva. Su incredulidad filosófica subió de punto en la disertación *De mundi sensibilis atque inteligibilis forma et principiis* (1770); pero en el último grado de negatividad escéptica no se acusó hasta la *Kritik der reinen Vernunft* (1781), obra en que un empirismo agudo se une monstruosamente al subjetivismo más desenfrenado.



Pensaba Kant que la *Kritik der reinen Vernunft* era un terreno generoso donde la simiente de una construcción oportuna podría rendir en corto tiempo los frutos de una inmortal vegetación. Y sin embargo, empieza por separar la filosofía de las matemáticas, afirmando que sólo en éstas se puede hacer algo independientemente de la experiencia en los conocimientos *a priori*¹². A la filosofía le prohíbe, estúpida e incomprensiblemente, toda labor de esta clase, suponiendo que el mismo método que en matemáticas conduce a un progreso positivo, en metafísica conduce a ciegos tanteos. No quiere que el filósofo se instale voluntariamente en el mundo de las ideas, repudiando a los que, como Platón, se familiarizan con los conceptos puros, establecen entre ellos concesiones recíprocas, concilian los unos con los otros y se ejercitan en el ambiente distinguido de una diplomacia sabia. En esta cobardía intelectual de Kant se advierte cuánto había descendido el pensamiento europeo. ¡Qué diferencia de con la filosofía del siglo XVII, en que la investigación matemática y las especulaciones sobre el universo eran una misma cosa, y en que hasta cuando se erraba lo era de un modo sublime llegando a manifestarse la aspiración de reducir los problemas astronómicos y físicos a problemas de mecánica, conforme a los descubrimientos del Renacimiento, de Galileo y de Kepler! Este ultra-empirismo desagradaba no menos a Kant que el escolasticismo medieval. En su sentir, el empirismo es perfectamente justificable mientras no se hace dogmático y se contenta con oponerse «a la temeridad y a la audacia de la razón, que desconoce su verdadero papel, glorificándose de su sagacidad y de su ciencia en el momento preciso en que cesan toda sagacidad y toda ciencia, confundiendo los intereses teóricos con los intereses prácticos, y rompiendo el hilo de las investigaciones físicas cuando le parece cómodo»¹³.

¹² *Kritik der reinen Vernunft*, introducción, 13.

¹³ *Kritik der reinen Vernunft*, II, 334 (edición Hartenstein).



Para facilitar la inteligencia e interpretación de su obra capital dio en los *Prolegomena zu einer jeden zukünftigen Metaphysik* (1783) una exposición abreviada y vulgarizada de sus ideas. En 1784 publicó un folleto rotulado *Was ist Aufklaerung?*, en que entonó un ditirambo al siglo del gran rey (Federico II), cuyo poder y misión consistían en proteger la libertad y fomentar el progreso. No era, según él, un siglo del todo iluminado, pero caminaba hacia la luz. Federico II sufría la poderosa sugestión del tipo de cultura francesa, y nunca supo apreciar la literatura ni la filosofía alemanas. Wolfiano de joven y defensor del deísmo, había acabado por adherirse a Bayle y a Voltaire. No obstante, Kant se tenía por feliz viviendo en el siglo del gran rey y de su canciller Zeltz (a quien había dedicado la *Kritik der reinen Vernunft*), bajo el ambiente del *Aufklaerung* o neumanismo, que concedía a la vida y a la cultura helénicas la misma valoración que Rousseau daba a la naturaleza.

La influencia de Rousseau en Kant contribuyó a la formación de una ética que está separada por un abismo de su teoría del conocimiento, y que desenvolvió en un lenguaje terso y persuasivo en sus *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten* (1785). Al año siguiente (1786) precisó y amplió a la vez su concepción cosmológica en los *Metaphysischen Anfangsgrunde der Naturwissenschaft*. Sus obras más importantes en este período son la *Kritik der praktischen Vernunft* (1788) y su *Kritik der Urteilskraft* (1790), donde dio la última mano a sus doctrinas éticas y estéticas; pero todavía hay que añadir otras de carácter histórico, social y humanitario, como las *Idee zu einer allgemeinen in weltbürgerlicher Absicht* (1784), los *Mutmaßlicher Anfang des Menschengeschlechts* (1786) y *Zum ewigen Frieden* (1795). Ni es de olvidar la *Paedagogik*, donde desenvuelve el razonamiento de estas tres obras, aplicándolo al caso concreto de la educación de la infancia. La influencia de Rousseau es aquí, más que en en parte alguna, notoria, y la falta de originalidad no menor que la que se advierte en la *Anthro-*

pologie, libro que ha tenido más fama de la que intrínsecamente merece. Pero si Rousseau y otros intentaron poner de manifiesto los conflictos que han surgido, así en el espacio como en el tiempo, entre el hombre y las sociedades, y la necesidad de darles una solución, nadie como Kant supo descubrir sus causas íntimas en forma tan clara, tan evidente y tan fecunda en consecuencias. Como Locke en el siglo anterior, quiso edificar un cristianismo racional, aceptable por los incrédulos de su siglo, que lo que rechazaban no era el Evangelio, ni la verdadera religión, sino la superserstitión y la tiranía intelectual, su compañera inseparable.

V

... No hay escritor filosófico, si exceptuamos a Aristóteles, Descartes y Locke, que pueda pretender aproximarse a Kant por la extensión o la altura de influencia ejercida sobre los hombres (página 28).

Así es, como Quincey lo dice; pero falta saber si lo enorme de este influjo corresponde al mérito intrínseco de su obra. Tomada en conjunto no hay obra que más realce una personalidad. Kant es más grande como polígrafo que como filósofo. Pero negar su importancia en este último respecto sería tan vituperable como absurdo. El sistema filosófico de Kant es, por voto unánime, uno de los asuntos más dignos de atraer la atención de los espíritus esclarecidos y serios. Este sistema encierra multitud de ideas que quieren expresar, y de hecho expresan, algo muy importante. Kant, analista profundo, ha estudiado el problema del conocimiento humano con inmensa amplitud y con infatigable celo, proporcionando a las ciencias especulativas las perspectivas más elevadas. Su estudio no es inútil nunca. Aprovecha siempre al que lo emprende, el cual, si con él no logra adquirir la serenidad filosófica, aprende al menos a no situarse incons-



cientemente fuera del verdadero método científico. La aparición grande y solitaria de Kant en el mundo del pensamiento y de la sabiduría trascendental puso por primera vez a Europa en presencia de un espíritu inflexible, absoluto, abstracto, encerrado en su conciencia y en su razón.

Sabido es que Kant representa, como Aristóteles, Occam y Descartes, la última transformación de toda una edad filosófica. Aristóteles reglamentó el pensamiento, que en sus antecesores había venido produciéndose de una manera vaga y anárquica aun en la forma, y organizó el conocimiento, que hasta su época carecía de consistencia armónica, creando los métodos y clasificando las ciencias. Occam destruyó las bases racionales del sobrenaturalismo religioso, oponiendo la filosofía de la experiencia a la filosofía del pensamiento puro, ya como lo contrario, ya como la ampliación de ésta. Descartes rompió con la autoridad del dogma, reivindicando enérgicamente la individualidad y la libertad de la razón. Kant examinó críticamente esta potencia anímica y la superó, encontrando en la voluntad y en el deber el *aliquid inconcusum*, vanamente buscado por sus antecesores en la inteligencia pura, que Montaigne llamaba la *facultad ratiocinante*. Con Kant, el ciclo psicológico del panlogismo queda en sí mismo encerrado.

Había nacido en Königsberg el año 1724 y murió en 1804, alcanzando, por tanto, la época decisiva en que quedó agotado el período agudo de racionalismo, inaugurado por el *Aufklärung* o filosofía de las luces, que representa en el pensamiento alemán del siglo XVIII lo que en el pensamiento francés del mismo siglo el volterismo y la Enciclopedia y lo que en el pensamiento inglés de dicha centuria la escuela de Bolingbroke y los deístas. El kantismo trajo como fermento de su crítica la idea más alta que hubiera profesado nunca: la de la razón que lucha siempre por alcanzar mayor poder de contemplarse a sí misma. El hijo pietista de Ana Regina Reuter, educado en la austeridad de una religión y de un culto puramente personal e interior, con-

cluyó, por una evolución perfectamente lógica, por donde el cartesianismo había empezado. Por opuestas que parezcan ambas filosofías, son en realidad de un mismo tipo, de un mismo espíritu y de un mismo origen. Kant introdujo en el cartesianismo una reforma profunda: no quiso encontrar el *ser* en la naturaleza; pero admitiendo la naturaleza, señaló el *ser* fuera de ella; por eso su filosofía es un cartesianismo consciente, y antes que criticista es cartesiano. Descartes niega formalmente el idealismo realista de Aristóteles y el sensacionalismo nominalista de Occam: Kant también los niega, pero no quita al conocimiento relativo el constituir verdadero conocimiento, por lo que si admite el mecanismo en la naturaleza, se ve mal para explicar lo mismo el conocimiento por las categorías, que la finalidad de la naturaleza¹⁴, y las ventajas que un sistema lleva a los tres anteriores, son todas ventajas de método o explicables por él. El mecanismo es la base del kantismo, y muerto aquél, éste no tiene más que una razón de ser crítica o epistemológica.

No es ni representa esta desviación kantiana otra cosa que la exageración continua de los errores cartesianos en el seno del espíritu nuevo; necesariamente, por tanto, había de extremarse bajo la influencia de los continuadores (Fichte, Schelling, Hegel), que con mayor arbitrariedad oscurecían el pensamiento por medio de un estilo cada vez más embrollado. Descartes, valiéndose de un método aventurado y artificioso, intentó resolver el dualismo de la idea y del hecho, del espíritu y de la materia, afirmando ese dualismo en el hombre y negándolo en la naturaleza, esto es, separando por un abismo a la psicología de la cosmología. Kant, de conformidad con su criticismo trascendental, trató de satisfacer las «necesidades filosóficas» y despertó las «ten-

¹⁴ Dunan, *Kant et la réforme du cartesianisme* (en los *Annales de philosophie chrétienne*, septiembre 1910).



dencias unitarias de la razón humana», a las cuales es deudora de su existencia lo que llaman «epistemología sintética», o sea el ensayo de «establecer una unión sólida entre un universo concebido en sentido materialista y una metafísica idealista, que comprende el universo entero como una simple colección de apariencias fenomenales en el seno de un yo, cuya sustancia es desconocida». En medio de tan desaccordadas voces, haciendo yo corro aparte, me limitaré a indicar que esta concepción, la más boyante en nuestro siglo, es para Kant una originalidad y un baldón.

VI

... *Nació en Königsberg, de Prusia* (página 28).

Como Quincey, en este párrafo y en el siguiente, llevado de su natural deseo de que el contenido del volumen no rebase los contérminos señalados por el título, pasa tan de prisa (con botas de treinta leguas, que dirían Hegel y Lewes) por sobre la vida y la obra de Kant, no me parece inoportuno llenar las lagunas de su exposición con más circunstanciados detalles, que el lector, empero, no ha de tomar por una biografía y una característica completas. A la vez rectificaré algunas pequeñas inexactitudes.

Kant no fue, como Quincey indica, el «segundo», sino el cuarto hijo de la familia. Tampoco sus padres eran «gentes de rango humilde, ni aun lo bastante ricos para su situación»: eran artesanos de regular pero no insignificante fortuna. Su padre, sillero, era oriundo de Escocia, de modo que Kant estaba ligado por parentesco nacional con Hume, de quien precisamente recibió el primer impulso para formar un sistema de filosofía crítica. Así lo reconoció él más tarde con toda franqueza, declarando que «fue el recuerdo de Hume el que años atrás le despertó de su sueño dogmá-

tico y dio nueva dirección a sus investigaciones en el terreno de la filosofía especulativa»¹⁵. Prosigamos.

El padre de Kant se llamaba en realidad *Cant*, y todavía usaba en su firma la ortografía escocesa; pero nuestro filósofo cambió la C en K para evitar una falsa pronunciación: *Sant* o *Zant*. Su madre, que murió teniendo él sólo trece años, y de la que conservó siempre una tierna memoria, había procurado inculcarle los más sanos principios de religión y de moral. Ambos progenitores eran de robusta y sana naturaleza; pero en esto no se les pareció su hijo, que era de estructura débil y delicada, de pecho estrecho y hundido y de no muy bien hecha figura.

Kant estaba destinado a aprender el oficio de su padre; pero quiso su buena suerte que el doctor Schultz le viese y, admirado de sus buenas disposiciones, le hiciese entrar en el colegio (*Colegium Fridericianum*) que él dirigía en Königsberg por los años de 1731 y 1732. Schultz había venido a esta ciudad como predicador y miembro del consistorio, y elegido que fue profesor de teología, propagó el pietismo con gran calor. Los padres de Kant eran también pietistas acendrados, y a pesar de esta circunstancia, nuestro filósofo los tuvo siempre en gran estima, porque sabía que habían tenido las mejores intenciones para con su educación. De su primer maestro y bienhechor Schultz habló siempre también, hasta sus últimos días, con la mayor gratitud, y aun tuvo el proyecto de erigirle un monumento público.

Como Bacon fue educado por escolásticos, Descartes por jesuitas y Espinosa por rabinos, Kant lo fue por pietistas. Pero también como aquellos grandes hombres rechazó cuanto en los principios de su educación había de irracional y malsano. Al mismo tiempo conservó cuanto en ellos había de puro y edificante. En punto a la influencia saludable que el pietismo ejercía en general sobre el espíritu de los hom-

¹⁵ *Prolegomena zu einer jeden zukünftigen Metaphysik*, prólogo.



bres, y muy particularmente sobre el suyo propio, no se le ocultó a Kant la relación y armonía entre su «imperativo categórico» y el rigorismo ético de su educación primera. Por su carácter, los pietistas colocaban la energía moral en el primer plano y rechazaban la ética heteronómica como una aspiración indigna. Tanto en las relaciones interiores como en las exteriores, las reglas por ellos establecidas se supeditaban a la rigidez de la conciencia, porque era razonable mantener que cada individuo conoce su norma de conducta mejor que nadie, que dando a esta norma la perfecta y severa pureza de los sentimientos acumula más dignidad para sí mismo, y que obrando todos los individuos de este modo la suma de su bondad y la total del género humano aumentarían. Desde muy corta edad llamaba ya Kant la atención de todos por su compostura reflexiva, por su juicio recto y por su sensibilidad extremada. Pero no había entonces en Kant lo que le debía hacer más tarde el reformador de la filosofía; su mucha timidez y escasa precocidad en la escuela lo demuestran claramente, como también su aversión por las matemáticas y la filosofía. En cambio, iba muy bien en humanidades, especialmente en latín. Kant fue durante toda su vida un hábil humanista, y una cita latina hecha con oportunidad nunca dejó de hacer efecto en él. Trató amistad por esta circunstancia como uno de sus condiscípulos, Ruhnken, que fue después uno de los profesores más célebres de Leyde. Ambos cifraban sus placeres en el estudio de los autores clásicos, que Ruhnken, como más rico, compraba, y leíanlos juntos, formando útil competencia en descubrir sus bellezas y en retener los rasgos que más llamaban su atención en cuya lucha de talento tomaba nuevas fuerzas su amistad.

Desde los dieciséis hasta los veintiún años estudió las matemáticas y la filosofía de Wolf (nacido en Breslau en 1679, muerto en Halle en 1754, y cuyo imperio intelectual duró en Alemania más de medio siglo) y la física de

Newton en la Universidad de Könisberg. Fue su profesor en las dos primeras disciplinas Knutzen (uno de los partidarios más independientes de Wolf), y en la tercera Teske. Aquí entró nuestro filósofo en un nuevo mundo, que en adelante había de ser una verdadera patria. Knutzen le sirvió de amigo y le ayudó con sus consejos, y no tardó en conquistar el afecto de todos los profesores y condiscípulos por su amable carácter, agudo ingenio y constante aplicación. También estaba matriculado, aunque asistía muy raramente a clase, en teología. Su primera producción fue una disertación sobre la electricidad, que compuso después de haber leído las obras de Newton, y en la que confesó su mismo profesor de física, Teske, que había encontrado muchas cosas que aprender. Por aquel tiempo solicitó una plaza de profesor en una escuela latina de Könisberg; pero, a pesar de su ilustración y renombre, prefirieron a un hombre oscuro. Kant lo sintió en el alma, más no por ello perdió el valor.

Cuando a los veintiún años salió de la Universidad, vivió pobremente, y con la muerte de su padre (1747) empeoró su situación económica. Viose, pues, obligado a proporcionarse por sí mismo y sin ningún apoyo su subsistencia. Empezó dando algunas lecciones particulares y acabó por entrar como preceptor en casa de algunos aristócratas de la Prusia Oriental, en donde pudo entregarse con descanso al estudio durante un período de nueve años. Hablando de este período, dice Hoeffding¹⁶: «Aunque se creía (y quizá lo era) poco profesor y mal pedagogo, inspiró a varios de sus discípulos su profundo sentimiento de la libertad y del valor del hombre. Porque no puede ser debido a la casualidad el hecho de que algunos de ellos hayan sido los primeros en suprimir la servidumbre. El mismo Kant declaró en una época posterior de su vida que le conmovía hondamente pensar en la servidumbre que había en su patria.

¹⁶ *Geschichte der neueren Philosophie*, II, 34.



Como preceptor de grandes casas, Kant adquirió una experiencia del mundo que no le hubiera podido procurar su vida retirada, llegando a ser un mundano distinguido, un hombre al corriente de la vida de muchos de sus contemporáneos. Pero aprovechó a la vez aquel período de calma para acumular profundamente las ideas y conocimientos que mostró desde los comienzos de su carrera literaria.»

En 1755, un año antes de la guerra de los Siete Años, volvió Kant a Königsberg, examinándose de maestro en artes el 12 de junio, cuyo grado se le confirió con universal aplauso por lo lucido de sus ejercicios. Muy particularmente su disertación sobre el fuego obtuvo la completa aprobación de su antiguo profesor Teske. En 27 de septiembre del mismo año, y después de haber presentado una tesis doctoral que había de servir de base a los *Metaphysischen Anfangsgrunde der Naturwissenschaft* (1786), se le nombró *privat docent* de la Universidad de Königsberg. Con arreglo a una real orden de 1749, nadie podía ser admitido al profesorado extraordinario sin haber sostenido antes tres discusiones sobre una monografía impresa. En 1756 llenó Kant este requisito con su interesante tratado sobre *Monadologia physica*. Pero aquí se detuvo por lo pronto el escalafón de su carrera académica. Quince años estuvo Kant de *privat docent* antes de obtener la merced de entrar en la Universidad como profesor ordinario.

Sin embargo, cada día sentía más la necesidad de procurarse una existencia menos precaria, adquiriendo posición social correspondiente a sus antecedentes y méritos. Vacante por fallecimiento la cátedra de su antiguo profesor Knutzen en 1751, aspiró a ella, pero no logró adquirirla. Tampoco tuvo éxito en 1758, en que vacó la cátedra ordinaria de lógica y metafísica. La guerra de los Siete Años, con sus desdichas, contribuyó a impedir su nombramiento de profesor permanente, y hubo de resignarse a continuar siendo profesor libre. En 1762 rehusó una cátedra, que le fue ofrecida, de profesor de poesía, negativa que contrasta



con el hecho anteriormente apuntado, recuérdese: que a diferencia de casi todas las vocaciones, la de Kant para el cultivo de la filosofía no se manifestó desde los primeros años de la vida estudiantil, en que se consagró por completo a las bellas letras. Su única posición oficial en el interregno a que vengo aludiendo fue una plaza mal retribuida de subbibliotecario del castillo de Königsberg, que obtuvo en 1766 y que no conservó mucho tiempo (de ella se desprendió en 1772), habiéndole disgustado el ver que sólo iban a la biblioteca los ociosos.

Hasta 1770 no llegó a ser profesor de filosofía. En 1780 alcanzó el cuarto lugar en la Facultad y la entrada consiguiente en el Senado. En 1786 fue por primera vez rector de la Universidad, y como tal tuvo que hablar, en nombre de este centro docente, al rey Federico Guillermo II, que acababa de subir al trono y que se encontraba en Königsberg para recibir el homenaje de la ciudad. Apuntó Borowski en su manuscrito que Kant fue muy distinguido en esta ocasión, especialmente por el ministro Herzberg. Pero, según dice Kuno Fischer, Kant, que no buscaba tales honores, borró esas líneas en el manuscrito de su discípulo y biógrafo. En 1788, fue rector por segunda vez, y antes de 1792 *senior* de toda la Facultad y también de toda la Academia. Y en cuanto al estado de su posición económica, baste saber que al advenimiento de Federico Guillermo II recibió el aumento de 220 *thalers* y que tuvo desde entonces 620 *thalers* anuales.

No brilló menos Kant como profesor que como publicista. Cuando todavía no había dado a luz más que una pequeña disertación (sobre cuestiones de física), explicó su primera clase (1755). Borowski, que asistió a la apertura del curso, hace de ella la breve descripción siguiente: «Vivía entonces en la ciudad nueva con el profesor Kipke. Un número increíble de estudiantes ocupaba por completo la vasta sala que allí había y el vestíbulo, y se extendía hasta las escaleras. Esto parecía embarazarle. No teniendo el há-



bito de estas cosas, hablaba más bajo que de costumbre y se corregía con frecuencia excesiva. Pero esto hacía crecer nuestra admiración y nuestra devoción por aquel hombre, que todos creíamos de un vastísimo saber, y que sin temor verdadero se presentaba ante nosotros con tanta modestia como ingenuidad.»

Sus cursos eran populares, para las muchedumbres; trataba asuntos de geografía física y psicología empírica o exclusivamente de filosofía. Su método de enseñanza era esencialmente mayéutico, relacionándose en algún modo con la que había de ser más tarde la regla fundamental de su ética: «Obra de tal manera, que los principios de tus actos puedan ser al mismo tiempo las bases de una legislación universal.» Severo, intenso, riguroso, educativo, aspiraba, como Sócrates, a enseñar no una filosofía, sino a «filosofar» (*das Philosophieren*). La *docta ignorantia* de Nicolás de Cusa le llevaba, no a propagar una doctrina hecha y concluida, articulación cerrada, literal, primera condición de la llamada escuela filosófica, sino a indagar libremente la verdad, en compañía obligada de la propia conciencia, lo que da muy otro y más alto género de unidad a la metafísica¹⁷. El mismo Kant enunció los principios de su método de enseñanza en un programa que data de aquel período: *Nachricht von der Einrichtung meiner Vorlesungen in dem Winterhalbjahre von 1765 und 1766*. Allí manifiesta que lo primero es lograr que los alumnos formen de las cosas una presuposición o *prolepsis* (πρόληψις); lo segundo, hacer que, repitiendo la experiencia, física o mental, lleguen a la opinión (δόξα); lo tercero, que, seleccionando hipótesis y convicciones, se eleven al conocimiento (λόγος).

Herder, que fue oyente de Kant durante varios años, a partir de 1762, recordando más tarde, en el tomo III de

¹⁷ Véase el elegante prólogo que Giner puso a los *Trabajos filosóficos y discursos políticos* de Salmerón, y lo que dice a propósito del procedimiento pedagógico en filosofía, hablando de Sanz del Río, su maestro.

sus *Briefe zur Befoerderung der Humanitaet* sus años de juventud académica, hizo de Kant, como profesor de filosofía, una pintura entusiasta. Según afirma, Kant era jovial como un muchacho, y sus lecciones, a la par que instructivas, eran amenas. Tenía una memoria prodigiosa y un talento particular para encontrar relación entre las cosas más separadas, al parecer, por la naturaleza y por la razón. Con el mismo interés con que comentaba a los físicos (Kepler, Newton), invocaba a los moralistas (Shaftesbury, Hutcheson, Labruyère) y examinaba a los filósofos (Leibnitz, Wolf, Baumgarten, Hume), daba entrada a escritos sociales, pedagógicos y hasta literarios, principalmente de Rousseau (*Contrat sociale, Emile, Heloise*), concediendo menos importancia a las especulaciones metafísicas y al desenvolvimiento intelectual que al conocimiento imparcial de la naturaleza y al valor moral del hombre. La historia, la antropología y la cosmografía formaban la base experimental de sus conferencias. Zedlitz, el primer ministro prusiano (a quien Kant dedicó más tarde la *Kritik der reinen Vernunft*), se hacía mandar los manuscritos de esas conferencias, que tenían que recorrer ochenta millas de distancia. Pero, a lo que parece, su interés efectivo requería la audición para ser apreciado, porque Kant hablaba con tal exactitud y tan pintorescamente de los detalles de las cosas, que más de una vez se le hubiese tomado por un turista y nadie diría que había vivido toda su existencia en la Prusia Oriental. En una ocasión describía el puente de Westminster, de Londres, su forma, dimensiones y medida con tanta claridad y puntualidad, que un inglés que le estaba oyendo le tomó por un arquitecto que había residido muchos años en la capital de la Gran Bretaña. Del mismo modo hablaba otra vez de Italia como si hubiera conocido ese país por larga y propia experiencia¹⁸.

¹⁸ Kuno Fischer, *Kant's Leben*, IV.



De 1770 a 1781 Kant acabó por desinteresarse casi en absoluto de los problemas metafísicos, y aun la misma existencia de Dios la exigía únicamente como fundamento de la razón práctica. Para el conjunto de las investigaciones de la ciencia reclamaba el criterio mecanicista más riguroso. Llamaba al hiloísmo la muerte de toda filosofía natural¹⁹, cabalmente porque hace imposible la concepción mecánica de los fenómenos de la naturaleza. Sin embargo, no es por otra parte menos cierto, según dejé establecido en otro libro²⁰, que Kant pasa con razón por el padre del dinamismo o continuismo, que es un hiloísmo físico o experimental. Sus sucesores no han insistido sin motivo en esta teoría de la continuidad, que, si no implica el pansvitalismo y el pansquismo rigurosos, les prepara bien los caminos. Ciertamente es que esto debe entenderse de la época en que preparaba los *Metaphysischen Anfangsgrunde der Naturwissenschaft*, pues más tarde, cuando con su *Kritik der reinen Vernunft* se hubo quitado el suelo de debajo de los pies, Kant se deslizó sin querer en una pendiente que le llevaba a combatir el materialismo realístico, para presentarlo luego, bajo la forma de criticismo empírico o escéptico, como materialismo fenomenal, arrojado en montones de polvo. Mal podía extender la vida y el alma a la naturaleza quien sostenía y afirmaba no conocer más que su sensación, no conocer su propia esencia, no conocerse a sí mismo como sustancia. «Por el *yo* o *él* o *esto* (la cosa, τὸδε τι, de Aristóteles) no se representa más que un sujeto trascendente de los pensamientos = x , que jamás se conoce sino por sus atributos vale decir por sus pensamientos. y del que no podemos formarnos la menor idea por separado.» En orden al conocimiento, Kant no admitía ideas absolutamente hechas en el alma, sino condiciones de posibilidad de

¹⁹ Véase su *Metaphysik* (en las *Werke*, iv, 440, edición Martensenstein).

²⁰ *El hiloísmo como medio de concebir el mundo*, 31, 69, 72, 77.

estas ideas, de suerte que al contacto del mundo exterior surge precisamente ese fenómeno que llamamos idea, con las particularidades que constituyen la esencia de toda idea humana. Por su crítica, Kant pretendió haber desvirtuado para siempre la pretensión de conocer lo absoluto, rechazando todo procedimiento artificioso de dar a las concepciones metafísicas más fantásticas la apariencia de deducciones empíricas. La idea de Dios, según Kant, no puede establecerse por medio de la filosofía teórica, pues es idea que emana de la vida del alma, de la actividad práctica del espíritu del hombre. La razón es simplemente la facultad de concebir ideas y nada le toca que hacer en el terreno de la religión, como no sea exaltar su fin exclusivamente moral y desembarazarla de las escorias de la superstición, de la estupidez, del fanatismo, de la locura de místicas ensoñaciones.

Este fue el campo en el que Kant acabó por establecer de modo definitivo su total y completísima vivienda. Ya en él, con toda la valentía que prestaba la intensa lucidez que en un sano ambiente se disfruta, se ratificó en todo cuanto expuso protológicamente y pasó a desenvolver lo que consideraba como sus consecuencias más importantes. Lo que más sorprendió a sus contemporáneos fue la pulverización de las pruebas que entonces se adelantaban de las ideas religiosas y la energía con que Kant afirmó la sublimidad de la ley moral, demostrando su conexión íntima con la naturaleza espiritual del hombre. No cabe prescindir de llamar sobre este punto la atención de todos los espíritus reflexivos, en vista de que han abundado siempre las personas que, tomando en serio la superficial sátira de Heine²¹, hablan de contradicciones entre la crítica de la razón pura y la de la razón práctica y de la fábula de Lampe, para quien Kant habría compuesto la última obra, porque se quedaba sin Dios. «Destruído por Kant el deísmo en el

²¹ *De l'Allemagne*, I, 131.



terreno de la razón especulativa (dice Heine), el viejo Lampe, afligido espectador de esta catástrofe, deja caer su paraguas y córrenle por el rostro gruesas lágrimas y sudor de angustia. Entonces Kant, conmoviéndose y probando que a la vez que un pensador ilustre era una persona excelente. medita y dice, en tono entre bonachón y malicioso: *Es preciso que el viejo Lampe tenga un Dios, sin lo cual no puede ser feliz el padre diablo... Ahora bien: el hombre debe ser dichoso en este mundo... Esto es lo que dice la razón práctica... Así, pues, quiero que la razón práctica garantice la existencia de Dios.* Como consecuencia de este razonamiento, Kant distingue entre la *razón teórica* y la *razón práctica*, y con ayuda de esta varita mágica resucita al Dios que había matado la razón teórica...» Heine agrega que «tal vez Kant resucitase a Dios no sólo por amistad con el viejo Lampe, sino por temor a la policía». ¡Verdadera humorada!

En un examen de la teología alemana, hecho en 1839 por Quinet²², la filosofía religiosa de Kant parecía a ese autor marcar el punto preciso en que las doctrinas del siglo XVIII comenzaron a transformarse bajo la influencia del protestantismo del Norte, y un examen posterior y más atento hubo de confirmarle en tal idea. El drama de la creencia y de la ciencia, tan embargantemente iniciado en Pascal, se desenvolvió en el pensador de Königsberg apaciblemente, en una mezcla igual de escepticismo y de idealidad. En él alcanzó su grado máximo el sistema de la interpretación figurada, que extendiéndose más cada vez, acabó por insinuar un espíritu nuevo en la letra de la revelación. Mientras que Francia, saliendo del triple muro de la tradición, negaba ostensiblemente el cristianismo por el órgano de los enciclopedistas, Alemania llegaba al mismo fin cambiando, modificando, transformando el dogma, con el propósito y designio de sustituirle por un teorema moral. En Francia, la filosofía procedía con un espíritu de revolución,

²² *Sur la vie de Jésus-Christ du docteur Strauss*, por Quinet.

luchando al descubierto. Al otro lado del Rhin penetraba y se deslizaba en el santuario, asumiendo sin tumulto el puesto y lugar del sacerdote. Hasta cuando Dios mismo parecía desvanecerse, nada en la forma parecía cambiar. En efecto: cuando, ayudado por el doble escepticismo de Francia e Inglaterra, Kant hubo penetrado en el abismo con más método que uno y otro y hubo empleado todo su escrúpulo en no dejar escapar del dominio de la religión nada de lo que creía filosóficamente incontestable, abocó a un descubrimiento, ante el cual se detuvo: el sentimiento ético, que era como el genio íntimo de la raza de hombres a la cual pertenecía, la conciencia, la ley del deber, divinidad nueva que no pudo decidirse a destruir y que erigió en sustitución a todas las otras. Por medio de este pensamiento, único que se reservó entre tantas ruinas, se consagró a realzar, reconstruir y reformar el mundo divino y social en el mismo instante en que parecía haberlo abolido.

Mientras vivió su admirador y protector Zedlitz, el poderoso ministro de Federico el Grande, pudo Kant escribir sin obstáculo alguno y aun con el beneplácito y estímulo de las autoridades; pero llegó un tiempo que fue mirado por éstas con malos ojos. Debióse este cambio a la muerte de Federico el Grande y a la destitución de Zedlitz. El sucesor del primero, Federico Guillermo II, príncipe disoluto y débil de carácter, a quien Jefferson comparó con un cerdo, espiritista y místico en una pieza, temía al racionalismo y al liberalismo, que juzgaba importación malsana de Francia, y apoyó decididamente a la reacción clerical. El sucesor del segundo, Wollner, a quien Federico el Grande había rehusado ennoblecer, calificándole con este motivo de «trapacero, intrigante, ridículo, su excelencia nadie, cómico de la legua»²³, al encargarse de dirigir los asuntos eclesiásticos y la enseñanza, comenzó por instituir un colegio de censura, compuesto de tres teólogos. Príncipe y ministro fijaron

²³ Fromm, *Kant*, 19.



particularmente la atención en Kant: a sus ojos, en aquel momento, el dulce pensador era un espíritu sospechoso de incredulidad, y trataron, si bien no lo lograron, que suspendiese el curso de sus publicaciones. Y ese momento (1794) escogió Kant para dar a luz su libro más importante en materia religiosa: *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloesen Vernunft*. Este libro, resumen de sus creencias, se compone, según las investigaciones del Dilthey²⁴, de artículos tomados de diversas publicaciones de Kant y reunidos en un solo texto. Se publicó por primera vez en la *Berliner Monatschrift*. El colegio de censura se opuso a la publicación del segundo artículo, y aunque la redacción recurrió en queja a su Graciosa Majestad, la contestación fue que «hablaban en favor de los supuestos civilizadores», que la Iglesia y la religión positivas eran cosas santas, y que se guardase nadie de tocar a ellas, si no quería convertirse en enemigo público. En tales circunstancias, el Consejo de Ministros resolvió atenerse a la decisión del colegio de censura. Por su parte, Kant, con su habitual prudencia, había preguntado a la Facultad de Teología de Könisberg si las doctrinas del libro necesitaban someterse a un examen teológico censorial, y como se le contestase negativamente solicitó y consiguió de la Facultad de Filosofía licencia para imprimir en un volumen todos sus artículos. Pronto fue oficialmente censurado. El rey en persona le dirigió una carta para mostrar su desagrado porque el filósofo desnaturalizaba y rebajaba las doctrinas fundamentales del cristianismo. Le echó en cara el haber abusado de su cátedra y el haber faltado al deber que los profesores tienen para con la juventud. El rey esperaba que en adelante Kant no cometería ya semejante falta y le amenazaba con destituirle si no obedecía sus órdenes. Todo esto escrito en el estilo brutal y chabacano de una corte militar. Kant prometió no dar ninguna otra lección ni escribir más sobre la religión

²⁴ *Archiv für Geschichte der Philosophie*, III, 418.

natural o revelada; conservamos a este propósito una nota suya: «Retractarse, sería una infamia; pero callarse en un caso como éste, es deber del súbdito»²⁵. En su respuesta se esforzó en probar lealmente que en sus lecciones no hablaba de la Sagrada Escritura; que no había podido despreciar el cristianismo por la razón de que no hacía apreciaciones sobre él, no versando su curso más que sobre la religión natural; que, lejos de rebajar la religión cristiana en sus escritos, la había presentado siempre como conforme con la religión natural. Hay algo de verdad en esta apología, pero es más bien en la forma que en el fondo. Kant fue siempre respetuoso con el cristianismo, pero no tenía gran respeto a las revelaciones llamadas sobrenaturales²⁶. Pocos años después moría Federico Guillermo II, y su sucesor inauguró una política más liberal. Kant volvió entonces a redactar escritos sobre filosofía de la religión, y en 1798 publicó la historia de la desavenencia en el prólogo a su *Streite der Facultaeten*. Esta historia es un ejemplo irritante del modo cómo el fanatismo limitado se esforzaba a menudo en trabar el libre desenvolvimiento del espíritu. Felizmente, Kant no se dejó poner trabas, con lo que unieron lo ridículo a lo escandaloso. «Los que pusieron la mano sobre la venerable figura de Kant (dice Hoeffding)²⁷ ocupan en la historia un lugar al lado de aquellos otros que amordazaron a Galileo, forzándole a que declarara la inmovilidad de la tierra. El espíritu es ya tan móvil como la tierra.» ¡Discreta y provechosa lección que deben aprender y nunca olvidar los perseguidores de las doctrinas originales! Kant se sometió, más como Pocquelin se interpretaba: sin enturbiar su genio, conservando toda su moralidad científica.

En 1794 (algunos biógrafos afirman que en el verano del año siguiente), dejó de tener Kant cátedras particulares,

²⁵ Hartenstein, *Kant's Werke*, I, 204, 208.

²⁶ Laurent, *La religion de l'avenir*, II, I, 5.

²⁷ *Geschichte der neueren Philosophie*, II, 42.



pero continuó las públicas hasta 1797. en que dejó totalmente la enseñanza, para dedicarse a ordenar muchos de los preciosos materiales que en tantos años había recogido. Desde 1799 principió su salud a desmejorar visiblemente, y en 1800 dio una caída que aumentó sus males. A partir de esa fecha no pudo salir más a pie y se quejaba de que le parecía el tiempo largo. A ello vino a unirse una constante pesadez de cabeza, que excéntricamente atribuía a la electricidad del aire, para hacer que sus sufrimientos fuesen producto de circunstancias, y no de su propia debilidad. El 8 de octubre de 1803 tuvo una gran indigestión, se desmayó al levantarse de la mesa y permaneció muchas horas privado de sentido. Perdió, a consecuencia de este accidente, el apetito y el sueño, y sus sentidos se debilitaron tanto, especialmente la vista, que no podía escribir su nombre, ni certificar sus recibos, ni contar su dinero. ni ocuparse de sus asuntos. El 7 de febrero de 1804 perdió el habla, que volvió a recobrar el 10, pero por poco tiempo. Al fin vino la muerte a sacarle de tan lastimoso estado el día 12 y en las circunstancias que Quincey minuciosa y elegantemente describe.

VII

...En esta ocasión pronunció un discurso inaugural (página 29).

El 20 de agosto de 1770 inauguró Kant su profesorado con la tesis *De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis*. El que respondió en esta ocasión fue Herz, uno de sus más distinguidos discípulos. Allí se presentan por vez primera las ideas fundamentales de su sistema definitivo. Kant había hallado ya su nuevo camino, y en varias declaraciones, consignadas en sus cartas y notas, señaló la fecha de 1769 como la en que se formó en él el plan y las

bases de una filosofía completamente nueva. Así dice en alguna parte: «El año 69 me dio gran luz»; y en sus últimos días parece que sólo quería reconocer como suyas las obras escritas a partir de ese año. No es, pues, de extrañar que sus discípulos consideren la fecha (1770) de la aparición de su disertación latina como un momento muy importante que hace época así en la vida exterior como en el desenvolvimiento científico del espíritu de Kant. Muy particularmente Hoeffding ha tratado la cuestión en su monografía *Die Kontinuität im philosophischen Entwicklungsgange Kants*, que se publicó en el tomo VII del *Archiv für Geschichte der Philosophie*, con indicación de fuentes. Cuando Kant dice en muchos pasajes de sus cartas que la *Kritik der reinen Vernunft* es el producto de doce años de trabajo, Arnold²⁸ cuenta estos doce años a partir del momento en que el filósofo escribió su obra. lo que se verificó según él después de 1778. Hoeffding juzga esto verosímil; pero considerando otros pasajes que indican claramente el 1769 como la fecha más decisiva, cree que es más natural contar los doce años a partir de los conceptos que discutió bajo el nombre de *mundi sensibilis et intelligibilis*. Por el año de 1766 podría hallarse el hecho de que Kant, en su antecitada *Nachricht von der Einrichtung meiner Vorlesungen*, etcétera, emplea por primera vez el término «crítica de la razón», al hablar de la teoría del conocimiento que plantea. Pero hay que distinguir entre el principio de la meditación y su resultado. Este último, y por ende la fecha decisiva, debe colocarse en 1769.

Avanzando más, Hoeffding propone la ingeniosa conjetura de que la teoría de Kant sobre la concepción del espacio se debe a una subjetivación del espacio absoluto de Newton, a una conversión del *sensorium Dei* en un *sensorium hominis*. Vaihinger²⁹ da una explicación análoga. Sin em-

²⁸ *Kritische Exgurse auf dem Gebiete der Kant-Forschung*, 182.

²⁹ *Kommentar zu Kants Kritik der reinen Vernunft*, II.



bargo, en su período precrítica, cuando Kant estaba absolutamente influenciado por Newton y publicaba sus pensamientos sobre la verdadera apreciación de las fuerzas vivas y su disertación sobre el primer fundamento de distinción de los objetos dados en el espacio, consideró a éste como algo que existe fuera de nosotros, como un orden sustantivo de las cosas externas, como una realidad independiente de nuestra intuición y que puede ser conocida por la experiencia sensible y concebida por el entendimiento puro. La idea de que el espacio es, como el tiempo, una forma de concepción puramente humana, no penetró en el cerebro de Kant hasta 1781, fecha de la publicación de la *Kritik der reinen Vernunft*, es decir, hasta que nuestro filósofo se figuró haber demostrado que el mundo de los fenómenos difiere por completo del de las cosas determinantes. Pero ya en 1770, fecha de la publicación de su disertación latina, respetando el pensamiento puro como unidad que existe en la experiencia (aunque sin ponerle en ecuación con el ser puro, como Hegel hizo más tarde), miró a la intuición sensible como una relación unida a la forma y a los principios subjetivos. El mundo externo no es más que un fenómeno, pero con la ayuda del entendimiento podemos elevarnos por encima de él y conocer las cosas en sí. El orden de la sensibilidad es fenomenal, el orden del pensamiento es real. Sólo había que dar un paso más para admitir que también el entendimiento puro, como la intuición sensible, tiene sus límites y condiciones y que, por ende, ningún conocimiento propiamente científico excede de la esfera fenoménica de la observación empírica. Este paso lo dio Kant en la *Kritik der reinen Vernunft*. Aquí no sólo la idea del espacio, pero también la idea de lo infinito, de la que no es más que un símbolo la del espacio, carece de positivo y objetivo valor. Kant la atribuía a las tendencias unitarias de la razón (*Vernunft*), que caen en desacuerdo con el entendimiento (*Verstand*). Pero esto no son más que nombres para un hecho inexplicado. En la época de Kant, la dependencia



de nuestro mundo relativamente a nuestros órganos estaba generalmente admitida, y el pensador regiomontano no hizo más que exagerarla, agudizarla, llevarla a sus últimas consecuencias, para negar a nuestras representaciones todo elemento objetivo (*beziehende Verknüpfung*).

VIII

... En 1781 dio a luz su gran obra «*Die Kritik der reinen Vernunft*» (página 29).

Desde la aparición de la *Kritik der reinen Vernunft* se ha publicado una nueva edición de ella cada diez años, y hoy todavía esta obra es objeto de estudio más extenso y más profundo que las demás obras filosóficas. Gracias a ella, no se ha podido, a partir de entonces, entablar una discusión metafísica sin el asendereado Kant, el indispensable, el traído y llevado Kant. Y este Kant no es el colosal polígrafo, el fecundo escritor especulativo, sólo a Leibnitz comparable en la universalidad de los conocimientos, sino el endeble crítico de la razón pura. Siempre han sido las peores obras de los pensadores las que les han proporcionado más partidarios y dado origen a mayor número de opiniones y sectas célebres en sus épocas respectivas.

En trabajo reciente, debido a la pluma de mi paisano el P. Medio³⁰ y que ahorra por relación a su asunto la consulta de muchos volúmenes científicos, leemos un juicio incidental sobre Kant, en esta forma: «La filosofía no debe a ese personaje grandes luces que haya derramado sobre ninguno de sus trascendentales problemas, ni tan siquiera sobre considerable número de los más ordinarios, pues todo lo que de él se discute o se toma en cuenta se reduce a unas

³⁰ Sobre la naturaleza del espacio (en la revista *España y América* de 15 de marzo de 1915).



cuantas cuestiones sobre categorías del entendimiento, formas *a priori*, etc.; pero en cambio debe él a la filosofía un renombre que otros de mayor ingenio y originalidad no han conseguido...» Este juicio del P. Medio es rigurosamente exacto, si no hay más Kant que el Kant de la *Kritik der reinen Vernunft*, como pretenden los kantianos al uso, tan incomprensivos como ignaros con respecto a la obra total del maestro. Esa *Kritik* es, de las producciones de Kant, la que ha dado más que hablar al mundo, y, sin embargo, es el libro más flojo del filósofo. Con tal libro, como con algunos otros en que se manifiesta el espíritu escéptico de Kant, alcanzó el filósofo una deleznable nombradía. Sin embargo, como el hecho consumado de la nombradía no puede negarse, diré algunas palabras acerca de él.

El libro apareció en 1781; pero, como hace notar Heine³¹, no fue generalmente conocido hasta 1789. Cuando se publicó, no se ocuparon de él. Aparecieron tan sólo dos anuncios insignificantes. Garve, que se hallaba en los baños de Pyrmont, cuando recibió la *Kritik der reinen Vernunft* entre otros libros nuevos, puso la doctrina de Kant al lado del idealismo dogmático de Berkeley. Un crítico anónimo consideró que estaba más cerca del empirismo escéptico de Hume. Más tarde llamaron la atención sobre el libro artículos de Schultz, Schütz y Reinhold, pretendiendo probar la originalidad de aquella doctrina. Pero la crítica posterior ha debido reconocer que Kant fue, efectivamente, tan discípulo de Berkeley y de Hume como Platón lo fue de los sabios egipcios.

De lo que no cabe duda es de que Kant mismo atribuyó a su *Kritik* una importancia desmesurada. Si nos atenemos a sus cartas y notas de 1770 a 1880³², reconoceremos el énfasis con que hablaba a las personas de su intimidad de una futura teoría elemental trascendental, que abarcaría así

³¹ De l'Allemagne, I, 120.

³² Schubert, Kant's Briefe (en el tomo XI de las Saemtliche Werke).

los conocimientos prácticos como los teóricos. En febrero de 1772, escribía a Herz «Estoy haciendo una exposición, una crítica de la razón pura, que contiene la naturaleza de nuestra facultad de conocer, y cuya primera parte, que contiene los tópicos, procedimientos y límites de la metafísica, y a la que seguirá otra sobre los principios de la moral, publicaré de aquí a tres meses.» En junio del mismo año escribía al mismo amigo que se ocupaba en un tratado «sobre los confines de la sensibilidad y de la razón». En noviembre de 1776, quejándose del mal estado de su salud, declaraba no poder concluir hasta la primavera, y quizá hasta el verano próximo, «una disciplina, una arquitectónica, un canon, un método de la razón pura». En agosto de 1777 se quejaba del retardo que le imponía la grandeza del asunto. En agosto de 1778 hablaba de la obra aun inédita como de un *Manual de Metafísica* en que incesantemente laboraba y cuyas ideas se separaban mucho de las generalmente admitidas y de las por él sustentadas anteriormente. Por último, en mayo de 1781 nombraba la obra por su propio título, anunciando su impresión en la casa de Hartknoch, de Halle, y señalando su antecedente en la disertación *De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis*.

Quando Kant creyó descubrir que el conocimiento intelectual, de igual modo que la intuición sensible, consiste en una síntesis, en una actividad de enlace y de combinación del espíritu, imaginó haber logrado el objetivo que diez años atrás vaticinó consignaría por escrito en el término de tres meses y resumiría en pocos pliegos. La confección del trabajo se verificó entonces en poco más de tres meses (cuatro o cinco); pero los pocos pliegos se convirtieron en un abultado volumen. Todo hace creer, fuera de esto, que Kant empleó en redondearlo bosquejos anteriores redactados en épocas diferentes, sin examinar siempre con cuidado si concordaban por completo. Por eso confiesan sus más advertidos discípulos que la *Kritik der reinen Vernunft* es un libro que se lee con dificultad, no sólo por los defectos de



la forma, sino también por las incongruencias del fondo. El autor pretendió con su publicación rejuvenecer la filosofía precisamente cuando él, de cincuenta y siete años de edad, entraba en los contérminos de la vejez. Y tal importancia a semejante rejuvenecimiento atribuía, que desde entonces se mostró moroso hasta el último grado de la indolencia en su correspondencia epistolar y enteramente absorbido por sus ocupaciones oficiales y filosóficas.

Hippel decía en broma que Kant lo mismo hubiera podido escribir una crítica de la razón pura que una crítica del arte culinario, y Heine, el gran humorista, comparaba a Kant con un tendero, por lo exactamente que pesaba los conceptos en la balanza de su crítica. En realidad, esto más bien podía aplicarse al período antecrítico de Kant, en que, sin perjuicio de su teísmo espiritualista al modo de Wolf, se inclina a menudo en las cuestiones particulares al empirismo materialista. Pero después de la publicación de la *Kritik der reinen Vernunft* Kant se consideró capaz de conciliar en su sistema dos tendencias en apariencia divergentes: el entusiasmo especulativo y el impulso de la filosofía moral. Es lo cierto, sin embargo, que los materialistas posteriores, y especialmente Czolbe³³, se aprovecharon ampliamente de las lecciones de Kant para señalar los vicios supuestos de los dogmas metafísicos, insistiendo en la tesis de Kant, según la cual nuestro conocimiento proviene de la acción recíproca del sujeto y del objeto uno sobre otro. Como los adversarios de Hume, estos pseudopartidarios del filósofo de Königsberg admitían siempre como averiguado lo que él tenía por dudoso, al paso que demostraba con vivacidad, y a menudo con una gran arrogancia, lo que él nunca había puesto en tela de juicio. Ellos aplicaban de una manera brutal (*grosso modo*) el principio de casualidad, mientras que Kant había pretendido revelar el origen an-

³³ *Neue Darstellung des Sensualismus*, 187. *Die Grenzen und der Ursprung der menschlichen Erkenntnis*, 130, 210.

tropológico de ese principio, estableciendo que nuestro entendimiento busca necesariamente a cada causa una causa anterior. a cada comienzo un comienzo precedente, en contraste con las tendencias unitarias de la razón que reclaman una conclusión. La categoría de la sustancia no era tampoco para Kant más que el resultado de nuestra tendencia a la personificación. Asimismo la concepción del fin (τέλος) es una concepción indemostrable y carente de todo valor demostrativo en el orden de la experiencia. En cambio afirmó proféticamente el principio de la conservación de la energía, no como un «concepto puro» o un «juicio trascendental», pero sí como una «analogía de la experiencia», bajo el nombre de «principio de la permanencia de la sustancia», que formuló en estos términos: «La sustancia es permanente en todos los cambios de los fenómenos y su cantidad no aumenta ni disminuye en la naturaleza.» Pero ¿qué valor podía tener este principio en Kant, que no concedía ninguna objetividad a las concepciones espaciales y temporales y para quien era imposible formar concepto puro o juicio trascendental sobre otros seres en general, y sí solamente sobre otros seres que estén, como nosotros, modificados por el conocimiento? ¿De qué servía a Kant semejante principio, desde el momento en que no veía en la llamada «organización espiritual» del hombre más que el aspecto trascendental de la organización física, tal como nos aparece en la «cosa en sí del cerebro», según acostumbraba a decir el materialista Ueberweg? ³⁴

Kant denomina a su procedimiento *crítico* por el *método* y *trascendental* por el *objeto*. Para él, las llamadas *ideas innatas* no son más que las condiciones generales e indispensables del pensamiento, no el pensamiento mismo. constituyendo su *forma*, no su *materia*, que nos es suministrada por el mundo exterior. Pero, en realidad, Kant no admite más que la forma como condición necesaria de las relacio-

³⁴ *Logik*, 85, 217. *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, III, 27.



nes exteriores con que se nos presentan los objetos, y sin ella considera el espacio como una intuición pura. Esta incongruencia, que llena todo el sistema kantiano, bastaría para denunciar su inconsistencia ante un público que lo admira sin conocerlo. Pocas personas leen la *Kritik der reinen Vernunft*, y menos aún la comprenden. Tal obra, en efecto, no brilla por su claridad, y atestigua en su autor, por confesión de Spir³⁵, un estado de pensamiento poco satisfactorio. Contiene, sin embargo, algunas partes menos embrolladas que otras, siendo una de ellas, la más interesante, aquella en que Kant rechaza los esfuerzos de la metafísica que busca los verdaderos fundamentos de todo ser, a causa de la imposibilidad de una solución cierta, y limita la tarea de la metafísica al descubrimiento de todos los elementos de la experiencia dados *a priori*. Pero dentro de su criterio estrechísimo esta nueva tarea es tan impracticable como la antigua, y con razón asombra a un joven filósofo español³⁶ la obstinación de los neokantianos en llevarla a efecto. Si después de Kant el pensamiento alemán ha caminado tanto y sigue caminando y está dispuesto a caminar en lo futuro, ¿con qué derecho se predica en Alemania la «vuelta a Kant», y en España a los comentaristas de Kant se rinde culto en primer término? ¿Puede ser fecunda entre nosotros una filosofía cultivada con el empeño atávico de encarcelar enrevesadas construcciones, que son críticas o glosas de la vieja crítica, a los diezmados rebaños de una generación que simpatiza con los juicios sintéticos *a priori*, porque *a posteriori* sabe que para vivir y medrar (en apariencia) hay que apacentarse en Kant o en sus intérpretes marbugianos?

En el tomo I de mi *Filosofía de la Naturaleza* dediqué 56 nutridas páginas (de la 40 a la 96) a refutar la teoría

³⁵ *La norma mental*, 137. Véase mi *Filosofía de la naturaleza*, I, 44.

³⁶ André, *La mentalidad alemana*, prólogo.

del conocimiento de Kant y sus aplicaciones a la cosmología. No cuadrando a estas notas la reproducción de uno solo de mis argumentos, me limitaré a indicar brevemente la manera que Kant tuvo de juzgar los *preambula fidei*, las verdades de razón natural (cosa muy diferente de la supuesta «razón pura») que se llaman existencia de Dios y simplicidad, libertad e inmortalidad del alma.

Kant creía imposible emitir en el campo de la razón pura un argumento cosmológico demostrativo de la existencia de Dios. En su sentir, este argumento, como el teleológico, infiere de una existencia dada una que no es dada en la experiencia, y sí sólo en la inteligencia. Ofreciendo muestras inequívocas de no haber entendido el argumento a que se refiere, establece la proposición inconcebible de que se reduce en el fondo al argumento ontológico, rechazado por los mismos escolásticos como una presunción dialéctica o un prejuicio idealista. Y sobre esta falsa base niega que la teodicea pueda tener valor fuera del orden de las necesidades prácticas.

Más disparatado es aún su criticismo psicológico. Del establecimiento de una teodicea sin Dios pasa al establecimiento de una psicología sin alma. Knutzen, su maestro, en una disertación sobre la *Immaterialische Natur der Seele* había probado que la materia no puede pensar y que el alma es un ser simple. Kant dirigió todo el rigor de su crítica contra esta tesis irrefutable. Según él, lo mismo que desde un punto de vista se llama material, podría ser, desde otro punto de vista y al mismo tiempo, un ente pensante. Por ello rechaza expresamente la hipótesis de una sustancia del alma, profesada por Knutzen. El alma es un fenómeno como la materia y debe ser objetivamente analizada. Lo que se llama «observación interna» no suele conducir sino a la alucinación y a la locura. Pero los intereses prácticos de la vida espiritual requieren la simplicidad del alma, y fuera del terreno de la experiencia es lícito sostener el valor sustantivo de nuestra vida espiritual.



Conocido es el audaz pensamiento de Kant, según el que una serie de actos puede ser absolutamente necesaria como fenómeno, mientras que como «cosa en sí» reposa sobre la libertad. Esta teoría, poco satisfactoria, de una libertad «intemporal», no fue ideada por Kant para mostrar la realidad del libre albedrío, sino solamente para exponer que si creemos en la autonomía de la voluntad por razones de orden práctico, tal creencia será compatible con el hecho de que el «carácter empírico» esté sometido a leyes. Lo que a Kant importaba era que se mantuviese el valor de la libertad frente al fatalismo materialista, especialmente en el terreno de la moral. La libertad, para él, no es un efecto, sino la causa de toda la serie de acciones que motivan el carácter empírico. Kant no trata precisamente de sostener que la conciencia de la libertad es algo real, sino que el curso de las representaciones que se refiere a esa conciencia y al sentimiento de responsabilidad tiene para nuestras determinaciones un interés más esencial que las representaciones mismas, tal como inmediatamente se nos ofrecen en una tentación, en una inclinación, en una atracción natural hacia tal o cual acto. El *homo noumenon*, conforme a su carácter inteligible, debe ser considerado como dotado de libre albedrío. Kant utilizaba el inmenso espacio vacío, colocado más allá de la experiencia humana, para construir su «carácter inteligible», y hacía esto en virtud del imperativo categórico: «Puedes, luego debes.»

El mismo criterio aplica a la cuestión de la inmortalidad del alma. La inmortalidad es posible, porque es legítima. En el mundo real de nuestra pensamiento no se concibe; pero es preciso que exista y resida en un mundo superior. Es verdad que no podemos figurárnosla; pero debemos considerarla como realizable en la cosa en sí de las causas, que se presentan como eternas en el órgano de nuestra conciencia racional, al paso que esas causas, estudiadas con el órgano del entendimiento analítico, no ofrecen más que un encajamiento de efectos mudables y de hechos precederos.



Sin embargo, semejante concepción no tiene, para Kant, significación teórica, sino que adquiere toda su significación en el dominio de la práctica, respondiendo a la idea, ya emitida por Lessing, de la aspiración eterna, concebida como la verdadera vocación del hombre.

Estos criterios sofísticos extendieron su funesta influencia sobre todo el sistema de Kant, dejando a sus secuaces en el brete y dilema de tener que escoger entre el escepticismo y el misticismo. Hubo quienes se decidieron por el último y vieron en Kant un restaurador original del sentimiento religioso. Así como en Francia hubo quienes pretendieron que Robespierre no era más que un agente de Pitt, así en Alemania hubo quienes llegaron a suponer, en su ofuscación, que Kant se entendía secretamente con sus adversarios y que había destruido todas las pruebas filosóficas de la existencia de Dios para dar a entender al mundo que jamás se puede llegar con la razón al conocimiento del Ser Supremo y que debemos recurrir a la religión revelada³⁷. ¡Extraña conciliación del sentimiento religioso con el espíritu positivo! Es un expediente harto oportunista y convencional, y confieso que me gusta más el sistema que han tenido los escolásticos de conciliar la razón con la fe. Pero Kant no era en el fondo un *fideísta*, sino un *eticista*. Y así definía la religión de una manera moral (y no de la manera mística de los pietistas) como el conocimiento de nuestros deberes como preceptos divinos: *Die Erkenntniss aller unseren Pflichten als goettlicher Gebote*.

Como se ve, Kant llega a un resultado muy parecido al de Lessing en su filosofía de la religión. La religiosidad verdadera no es más que una forma superior de la moralidad individual, una extensión de la idea del deber. La moral: he aquí la raíz de todo el progreso religioso del espíritu humano. «Dormía y soñé que la vida era belleza; desperté y advertí que la vida es deber.» Kant ha podido atribuir

³⁷ Heine, *De l'Allemagne*, I, 133.



a la moral exactamente la significación de una segunda conciencia que nos orienta y nos devuelve a la luz cuando la primera se oscurece y vacila. El sentido ético de la religión es para Kant un aliado del tacto seguro de la vida y de la dignidad de las costumbres. Todo lo que el hombre piensa poder hacer fuera de una conducta irreprochable para agradar a Dios, es «pura imaginación y culto falso»³⁸. Por este motivo, Kant llama lisonja indigna de la Divinidad el darle culto exterior, y muy especialmente el orarle. Aun como culto interior y formal, y por consiguiente como medio de gracia, *la plegaria es una ilusión, una superstición y un fetichismo*, porque queda reducida a la expresión de un deseo formulado ante un Ser que no tiene necesidad de que le hablemos de nuestras necesidades para conocerlas. La religión es una obligación para con Dios que se sigue del conocimiento cierto, y el hombre que ora y que no sólo expresa sus deseos, sino que habla con Dios, es sospechoso de locura, porque gesticula como si estuviera convencido de la presencia de Dios, cuando ni siquiera de su existencia puede estar seguro. Hay más, y es que nuestros deberes morales no son tales deberes porque se funden en el mandamiento de Dios, sino que el mandamiento de Dios se funda en la conciencia directa de nuestros deberes. El último límite del progreso debe, pues, ser el predominio de la moral en todas las religiones humanas. Hay que creer que la moral acabará por ser única soberana o hay que negar la verdad, lo cual equivale a negar a Dios. Si a esto se reduce la verdad religiosa, es positivo que el porvenir le pertenece.

En sentir de Kant, sería un grande y peligroso error confundir las manifestaciones parciales y limitadas del espíritu religioso con la religión propiamente dicha. La religión no es un hecho parcial, no se expresa por un signo exterior

³⁸ *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloessen Vernunft*, IV, vi.

único; se halla esparcida por todas las religiones, y para encontrarla hace falta descartarla de las revelaciones positivas en que se halla desnaturalizada. Por eso Kant³⁹ no quería, con razón, que se dijese de los partidarios de esas revelaciones que tienen una religión; tiene una fe, profesan tal o cual creencia; pero sería hacerles demasiado honor decir que tienen una religión, porque la religión no reside en libros o en ceremonias; posee su asiento en el alma y no existe más que en el hombre adornado de una moralidad trascendente digna de este nombre. Sólo el ser dotado de este sentimiento especial puede estar en íntima relación con la moralidad y ofrecerle un tributo verdadero de glorificación. Así lo entendió el cristianismo en sus días más puros; pero desde que fue, como todas las religiones, adulterado, se admitieron todos los errores y todas las ineptias del Antiguo Testamento, como la creación del mundo antes que la del sol, la reunión de todos los animales en el arca, etc.; de modo que, aun sin hablar de lo que algunos consideran como suplemento de los dogmas principales de esta religión, y sin salir de los términos del símbolo de Nicea, los hombres podrán seguir diciendo con los labios: «creo que Cristo subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre», sin que nadie pueda ya creerlo, porque esas palabras no tienen sentido. Por eso los hombres de nuestro tiempo que profesan el cristianismo desnaturalizado no creen realmente en nada. El concepto de una religión ideal, o sea la moral pura como norma de la vida, es inasequible a los que no piensan, ni estudian, ni meditan, ni se elevan a la región serena de la abstracción. En realidad, no hay más que una religión (verdadera), aunque pueda haber varias clases de creencias. Y Kant añade que en la pluralidad de las iglesias, distintas unas de otras a causa de la diver-

³⁹ *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloessen Vernunft*, III, vi.



alidad de sus dogmas, puede reinar una sola y misma religión que sea la verdadera ⁴⁰.

Sombría es la perspectiva que a la teodicea del deísmo ofrece el análisis de la razón pura; pero a Kant no le importa, con tal que sea verdadera. Ya en su juventud se había mostrado contrario a Wolf en cuestiones muy capitales, así de la psicología racional como de la teología natural. Por eso, cuando en 1758 pretendió la cátedra de lógica y metafísica de la Universidad de Königsberg, su antiguo maestro Schultz, wolfiano ortodoxo, tuvo más de una razón para permanecer indeciso, y acabó por consentir en que se diese esa cátedra a su rival. Schultz quería convencerse ante todo en lo que tocaba a la fe. Hizo llamar a Kant, y apenas hubo entrado en su cuarto, le preguntó: «¿Tenéis en vuestro corazón el temor de Dios?» Indudablemente, la pregunta tenía más trascendencia de lo que indica Borowski al suponer que fue sencillamente un medio para hacer que callara Kant.⁴¹ El criterio de éste era, en efecto, un criterio heterodoxo, pues según su concepto usual, repetidas veces confesado, al conocimiento de las verdades suprasensibles debe ser indeterminado, parco e hipotético. El hombre no puede elevarse a ese conocimiento por medio de la razón teórica; las ideas de Dios y de la simplicidad, libertad e inmortalidad del alma son simples postulados de la razón práctica: la religión se reduce a una hipótesis del ánimo fervoroso, compatible con la emancipación intelectual, sin duda, pero incompatible con el dogmatismo metafísico. La esencia de la religión entra de lleno en la esfera de la moralidad.



⁴⁰ *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloessen Vernunft*, III, v.

⁴¹ Kuno Fischer, *Kant's Leben*, IV.

IX

... Pero esta vida fue notable, no tanto por sus incidentes, como por su dignidad y pureza filosófica no interrumpidas (página 29).

El que Kant haya llegado a los cuarenta y siete años a ocupar una cátedra en propiedad, no es más extraño para el crítico de hoy que el que bastante posteriormente haya Fechner estado en su soledad de Leipzig mucho tiempo relegado al olvido, y Wundt, hasta los cuarenta y dos, en un laboratorio de Heidelberg ⁴². Pero, de cualquier modo, todos los rasgos característicos de Kant, que con el mayor cuidado sigue Quincey hasta en sus pequeñeces, convergen a comprobar que es muy difícil escribir la historia de la vida de Kant, porque apenas si tuvo vida e historia. La vida de Kant carece de todo brillo exterior y nada presenta de sensacional, interesante o sorprendente. Fue una existencia tranquila, inteligente, consagrada a la ciencia, llena de calma uniforme, destituida por completo de esa grandiosidad que seduce a la imaginación del vulgo. Vivió como célibe y con un tono bastante acentuado de filisteísmo, de una manera modesta, recatada, arregladita, personificándose en él el tipo del burgués (*buerguerlich*), en la clásica y sana acepción que la palabra tiene en Alemania. Heine ⁴³ duda que el gran reloj de la catedral de Königsberg haya cumplido su labor visible con menos pasión y más regularidad que su compatriota Kant. Levantarse, tomar el té, escribir, dar su cátedra, comer, pasear, todo tenía su hora fija, y los vecinos sabían con exactitud que eran las dos y media cuando Kant, con su frac gris y su junco de España en la mano, salía de su casa hacia la avenida de tilos, a la que, en recuerdo de él, se llamó después *Avenida del Filósofo*. Reco-



⁴² Véase André, *La mentalidad alemana*, 155.

⁴³ *De l'Allemagne*, I, 119.

rríala ocho veces todos los días, en cualquiera estación, y cuando el cielo estaba encapotado o las nubes presagiaban agua, veíase a su criado Lampe, siguiéndole con aire vigilante e inquieto. con el paraguas bajo el brazo.

¡Qué contraste tan notable entre la vida exterior de ese hombre y su vida interior! En verdad que si los buenos burgueses de Königsberg hubiesen presentado todo su alcance, habrían comprendido hasta qué punto el sentimiento de lo grande y de lo sublime, esa especie de sentimiento estético que Kant comprendió y describió mejor que ningún otro filósofo, florece acaso en las posiciones modestas y sencillas más fácilmente que en el ambiente de los honores mundanos, siempre que pueda percibirse un rincón del cielo. Pero aquellas buenas gentes no vieron nunca en Kant más que a un profesor, y (empleando las expresiones del humorista antes citado) «cuando a la tarde volvía del paseo, le saludaban amistosamente y ponían en hora sus relojes». No comprendían que de la profundidad de aquella vida exterior, silenciosa y sin relumbrón, habían surgido grandes pensamientos, destinados a revolucionar el conocimiento humano y a cubrir a su autor de gloria.

Otro contraste no menos notable y que Kuno Fischer⁴⁴ señala acertadamente, es el que se advierte entre Kant y los grandes filósofos del mundo. Recordemos, por ejemplo, a Bacon. Las más altas dignidades del Estado, los honores y las riquezas. las une ese primer fundador de la filosofía moderna a un amor desenfrenado por el fausto y la opulencia, que extravía al lord canciller, le arrastra a las acciones más vergonzosas y le atrae al fin una deshonrosa sentencia. Kant, que nunca quiso ser más que un profesor de Universidad, siempre fue en ideas y conducta la sencillez misma, la probidad personificada. Su vida no ofrece nada tampoco de los terribles contrastes que consumieron la juventud de Descartes; no necesitaba de aquella agitación exterior, de

⁴⁴ *Kant's Leben*, II.

los deseos frenéticos del movimiento y de los viajes, que tanto preocuparon al filósofo francés en la primera época de su vida y que no pocas veces le arrastraron a la extravagancia y a las aventuras. Reconcentrada en sí misma, la vida de Kant avanza con paso lento y seguro, con completa regularidad y con un recogimiento siempre creciente. Este carácter parece en todos sus rasgos formado para sólo encontrar su centro en sí propio, y ciertamente que tal debía ser el carácter de la filosofía del conocimiento de sí mismo. Y así como el espíritu en Kant constantemente se dirige hacia este punto único, que fuera de él no puede encontrar, así también su vida exterior, quiero decir su vida local, obedece a la misma concentración. Está su vida adscrita en algún modo a la gleba. En este respecto puede compararse a Kant con Sócrates, sujeto en Atenas por la absorción en que el estudio de sí mismo le sumía. Ha vivido Kant cerca de ochenta años, y sólo salió de su provincia y pueblo natal durante el tiempo en que fue preceptor. Su vida, únicamente consagrada a la meditación filosófica, puede ser puesta al lado de la de Espinosa, aunque carece de las persecuciones violentas y terribles que hicieron de la vida del filósofo judío una soledad, un desierto, que le ha dado para siempre el sello de una grandeza trágica. Es verdad que no estuvo la vida de Kant exenta de contrariedades ni de persecuciones; pero acaecieron tarde y fueron débiles, no obstante la maldad que las dictaba; nunca tampoco pudieron detener la ya cumplida obra ni causar a su autor peligros de importancia. Eso fue sólo un incidente enojoso, bien pronto alejado por circunstancias favorables, y cuyas peores consecuencias recayeron sobre los que le habían originado. Por último, comparada esa vida con la del primer filósofo alemán de los que precedieron al fundador de la filosofía crítica, con Leibnitz, no ofrece aquélla la general y múltiple actividad que desplegaba Leibnitz en todas las direcciones: nada de aquel brillo exterior, de aquellos honores mundanos que Leibnitz amaba, y



nada, en fin, de la ambición que los hace buscar. A tan noble cualidad unía una hombría de bien a toda prueba y una pureza de costumbres sin igual. No obstante, su rigorismo no degeraba en austeridad, pues miraba las conveniencias sociales, la buena educación y una conversación agradable, como partes integrantes de la moral, es decir, de la recta conducta.

X

... Sacábanse principalmente de la filosofía de las ciencias, de la química, de la meteorología, de la historia natural (página 35).

Repetidas veces se insiste en el texto y en las notas sobre lo extremadamente arreglada que era la vida de Kant. El tiempo constituía su principal fortuna (*time is money*), y lo administraba como su dinero, con la mayor prudencia y parsimonia. Su sueño tenía una duración fija. A las diez en punto se acostaba y a las cinco menos cuarto se levantaba, para estar a las cinco en su gabinete, donde preparaba su trabajo, tomaba una taza de té y fumaba una pipa. Gustaba a Kant oír decir a su criado que por espacio de treinta años nunca había dejado de levantarse a la misma hora. Después de haber trabajado hasta las siete, bajaba a dar sus lecciones hasta las nueve, hora en que se entregaba a sus profundos estudios y a despachar su correo, que procuraba siempre disminuir, porque le gustaba más recibir cartas que escribirlas. A las doce y tres cuartos se vestía para esperar visitas, que tenía diariamente. Su mesa era frugal, pero abundante y delicada: no comía más que una vez al día y nunca bebió vino puro. Los miércoles daba gran reunión, a la que concurrían las personas más distinguidas de ambos sexos a gustar los encantos de su talento y de su conversación, cuyo objeto constituían de ordinario las últi-



mas novedades en la ciencia de la naturaleza y en la política. Todo lo que eran Kant como hombre, lo fue también como ciudadano.

Cualquiera calculará que, siendo tan exacto en todo, no faltaría nunca a las cátedras y cursos de que estaba encargado. Los hacía en dos horas diarias, como en general acostumbraba en la distribución del tiempo. Cuatro veces por semana daba sus lecciones de siete a nueve de la mañana, como se dijo, y además el sábado, de siete a ocho, las repeticiones. Nunca dejó de ser puntual. Jachmann asegura que, en los nueve años que estuvo oyendo a Kant, no se acuerda de una sola vez que faltara a la cátedra ni que se hiciese esperar un cuarto de hora. Sin libros, sólo con notas muy sencillas, hablaba siempre de un modo conciso y claro y a veces con numen y vigor poético, que debía al cultivo de las bellas letras en su juventud. Prefería entre los poetas alemanes a Klopstock y más aún a Wieland, gustaba mucho de Pope, y entre los prosistas eran sus favoritos Hume, Gibbon, Robertson. Rousseau y Montesquieu. La lógica, la metafísica, la moral, la geografía y la física formaban la base de sus lecciones, y todos sus esfuerzos se dirigían a propagar los principios morales, que inculcaba con las dotes oratorias más perfectas. Ya oímos a Herder sobre este punto. Fichte no le hizo caso. He aquí lo que escribió en su diario: «El 23 de junio partí para Königsberg con un cochero de dicha ciudad, y llegué a la misma el 1 de julio, sin haberme ocurrido ningún incidente notable. El 4 hice una visita a Kant, que no me recibió con particular distinción por cierto. Asistí como extranjero a su aula, y mis esperanzas quedaron defraudadas, pues su manera de explicar es soporífera...» Tal vez influyera en esta impresión lo poco favorable de la acogida que le había hecho Kant. O bien había llegado a Königsberg con una idea tan exagerada de Kant, que el personaje real no correspondía a ella. Como quiera, Kant llegó a ser célebre con sus magistrales obras. Los mejores espíritus del siglo se entusiasmaron por



su labor genial y por su concepción ideal de los fines de la vida. De lejanas comarcas se iba en peregrinación a verle, y muchos se dirigían a él para consultarle sobre cuestiones de moral. Profesaba a sus discípulos paternal afecto y no concebía sin libertad el saber y el estudio. Sus lecciones eran seguidas por las personas de más alta inteligencia. y de su escuela salieron Abicht, Ammon, Fichte, Fries, Hegel, Herder, Jacobi, Kiesametter, Maimón, Schelling, Schiller, Schulze, Schund, Wegscheider y tantos otros sabios ilustres.

XI

... Aguda era su penetración interior de los acontecimientos políticos y de la policía secreta que los movía (página 35).

Aunque Kant vivió toda su vida en la Prusia Oriental. observaba con interés todo lo que pasaba, tanto en el mundo físico como en el mundo humano. Los relatos de viajes eran su lectura favorita, la geografía física jugó siempre gran papel en su actividad pedagógica, y seguía atentamente los progresos de las ciencias naturales. Sus opiniones políticas fueron en parte determinadas por los sucesos que presenció y de de ello derivan los muchos cambios que sufrieron. Kant tenía gran antipatía a Inglaterra y a las guerras que provocaba, y lo que particularmente excitaba su curiosidad eran las reformas políticas, basadas en ideas de justicia, por cuanto plasmaban en hechos concretos los adelantos que en el género humano hacía en materia moral. La declaración de independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa despertaron su entusiasmo, y veía un buen síntoma en la impresión que Europa experimentaba ante tamañas mutaciones del escenario social. Sus mayores simpatías eran para el Estado de Federico el Grande, que conducía el Gobierno con mano vigorosa a la vez que dejaba al pensamiento producirse con libertad plena.



XII

... Colocábase en invierno cerca de la estufa, mirando por la ventana la vieja torre de Löbnicht (página 40).

El efecto producido por los álamos de un vecino, que le ocultaban la vista de esa torre (detalle que Quincey toma de Wasianski), no fue el único de los obstáculos o molestias que perturbaron a Kant durante su vida. Kuno Fischer⁴⁵ refiere que, además de la independencia personal que había menester, necesitaba también Kant una tranquilidad suma. Para que la habitación le fuera agradable, tenía que ser lo más silenciosa posible. Mas como esta condición era difícil satisfacerla en una ciudad como Könisberg. cambiaba frecuentemente de casa. La que tomó en las proximidades de Pregel estaba expuesta al bullicio de los buques y de las carretas polacas. Una vez se mudó de casa porque cantaba demasiado el gallo de un vecino; intentó primero comprarlo, y no consiguiéndolo, resolvió abandonar su habitación. Por último, compró una casa modesta cerca de los fosos del castillo. Pero aquí tampoco se vio libre de molestias desagradables. Próximo a su casa estaba la prisión de la ciudad, en donde hacían cantar a los presos ritos religiosos, a fin de mejorarlos y corregirlos, y que iban a parar, cuando abrían las ventanas a los mismos oídos de Kant. Contrariado en extremo por estas interrupciones, que él llamaba «un desorden, una manifestación piadosa del aburrimiento», escribió (9 julio 1784) a su amigo Hippel, alcalde mayor de la ciudad y al propio tiempo inspector de la prisión, la siguiente carta, que textualmente reproduzco. y que expresa como nada el estado de ánimo de nuestro filósofo en aquellos momentos: «Os suplico que libertéis a los moradores de esta vecindad de las oraciones estentóreas que hipócritamente entonan los que en la cárcel se encuentran. No digo

⁴⁵ Kant's Leben, VIII.



yo que carezcan de motivo y de causa para quejarse, mas tampoco creo que la salud de su alma corra peligro porque canten un poco más bajo, ni que no puedan oírse ellos mismos teniendo cerradas las ventanas. Si lo que buscan es un certificado del carcelero en que conste que son gentes temerosas de Dios, paréceme que no necesitan armar ese escándalo para que El les oiga, pues, si bien se mira, podrían rezar en el mismo tono en que rezan en su casa los que son verdaderamente religiosos. Una palabra vuestra al carcelero, si os dignáis darle como regla lo que acabo de deciros, pondría para siempre término a este desorden y aliviaría de una gran molestia a aquel por cuya tranquilidad os habéis incomodado tantas veces.» Mas no fue tan sólo el canto de los presos lo que interrumpía su tranquilidad. Oíanse frecuentemente en la vecindad músicas de baile, que hacían perder a nuestro filósofo el tiempo y el buen humor, lo que tal vez contribuyó no poco a producirle la aversión que sentía por la música, que llegó a llamar «un arte importuno». Hasta en sus escritos estéticos se observa, un tanto velado, el mal efecto que le producían tales perturbaciones. Y ello nada o poco tiene de extraño en quien, al decir de uno de sus biógrafos, pasó su vida siempre lo mismo, como el más regular de los verbos.

XIII

... Contribuyó con la uniformidad de su régimen y otros hábitos de regularidad, a prolongar su vida (página 44).

Como Kant era de temperamento débil y de salud poco robusta, se dedicó a remediar estas faltas con una existencia activa y ordenada, componiendo para su uso un tratado de higiene que dio origen más adelante a su famosa obra de *Anthropologie* y que incluyó en su *Strenge der Fakultäten* en 1798. Este escrito, que dedicó a Hufeland, el autor

de la *Makrobiotik* (o arte de prolongar la vida), y que se hizo popularísimo en Alemania por lo numeroso de las ediciones, versa sobre el poder que tiene el espíritu para dominar sus impresiones enfermizas por medio de la voluntad.

La severa gravedad de la ética de Kant dejó huellas indelebles en el régimen de su vida. Ya notaron esto sus contemporáneos. Schiller escribía a Goethe el 12 de diciembre de 1798: «En Kant, hay siempre algo que recuerda al monje, como en Lutero: aunque ventiló su monasterio, no pudo nunca borrar las señales.» Esto es cierto hasta por la consideración de su estado civil y de su independencia personal. Kant se bastaba a sí propio en el interior de su casa, y no tuvo inclinación a la vida entre dos. Así lo dan a entender estas palabras de Kuno Fischer⁴⁶: «Realmente, el círculo uniforme de su vida no podía tener otro centro que él. He aquí la razón de que permaneciera soltero. El matrimonio no podía penetrar en el orden de su vida. Su amor exclusivo a la independencia le retenía célibe. Además, las inclinaciones que impulsan al matrimonio no fueron tan vivas en él que causaran a su estado de soltería grandes privaciones. No había en su vida hueco alguno que el matrimonio pudiera llenar. Y a medida que avanzaba en edad se arraigaban más sus costumbres, y el sistema de vida que había seguido era incompatible con el régimen conyugal. Pretenden sus biógrafos que en edad muy avanzada estuvo dos veces a punto de casarse, pero que le faltó valor en el momento oportuno: esto prueba que no había tomado en serio la cosa. Estaba conforme con San Pablo sobre el matrimonio: casarse es bueno, no casarse, mejor, y hacía, además, referencia al juicio de una mujer muy inteligente que le había repetido muy a menudo: *Si te va bien, quédate así*. Mas no debe por esto creerse que fuera insensible o contrario a las mujeres, porque no era lo uno ni lo otro,

⁴⁶ *Kant's Leben*, VIII.



antes bien, gustaba en extremo de su trato, y dicese que se mostraba con ellas sumamente amable y atento. Eso sí, no habían de ser eruditas ni debía versar la conversación sobre puntos que traspasaran los límites prescritos en la buena sociedad. Le impresionaban vivamente las gracias y encantos que da a la sociedad la mujer, pero también es verdad que no sintió mucha que le fuera indispensable en su vida íntima esta bella mitad del género humano. Su falta no le causó tampoco enojo alguno. No dejaron de hablarle de ello sus amigos y hasta de aconsejarle; pero siempre permaneció sordo a sus deseos, aunque los recibiera con benevolencia. Aun teniendo sesenta y nueve años, un pastor de Königsberg le instó a que se casara y hasta le llevó en hora no acostumbrada un escrito que con este objeto había publicado: *Rafael y Tobías o el diálogo de dos amigos sobre el matrimonio agradable a Dios*. Kant indemnizó a este buen hombre de los gastos que había hecho, y refería frecuentemente, de muy buen humor, esta conversación edificante. El matrimonio es una de esas condiciones que sólo pueden ser conocidas practicándolas, y como Kant no se sometió nunca a ese régimen, permaneció oculta para él la dicha y la dulzura que en esta vida común existe. El lo consideraba como una relación externa de derecho, en la cual los contrayentes no son el uno para el otro más que un medio y no un fin, y (lo que es todavía más característico para su manera de considerar esto) hallaba la parte útil del matrimonio en condiciones económicas, es decir, en el concurso que una mujer rica da a la independencia de su marido. Asegurada esta relación económica y la mutua benevolencia, parecía el matrimonio realmente feliz y racional, por la sencilla causa de que estaba fundado en principios sólidos de la razón. Estos matrimonios de razón eran los que frecuentemente aconsejaba a sus amigos jóvenes, y a veces los instaba vivamente, llegando el caso de disgustarse, si notaba que la pasión tenía entrada en sus propósitos. No es posible pensar nada más prosaico, vulgar,



común, y en el sentir de algunos hombres, más práctico sobre el matrimonio, que lo que pensaba Kant, quien carecía por completo de sentido para comprender su parte poética y sentimental. Falta es ésta que sólo podemos perdonar al filósofo achacándosela al solterón. En algunos de sus héroes, parece que es la filosofía poco favorable al matrimonio. Descartes y Hobbes, Espinosa y Leibnitz fueron también célibes.»

Borowski⁴⁷ relata por menudo los medios de que se servía Kant para evitar la hipocondria. La compresión de su pecho era un estado que no podía remediar con facilidad, pero él se ingenió de mil maneras para conservar la calma y el buen humor, llevando su atención con energía de una idea a otra, de una sensación a otra, de una inhibición a otra, y contrabalanceando la perturbadora influencia de las palpitations y afecciones cardíacas por influencias voluntarias y libres. De esta suerte consiguió también dominar los padecimientos de la gota, que en sus últimos años llegaban a quitarle el sueño. Hasta ser sorprendido por éste elegía un asunto cualquiera de reflexión, que no fuera muy excitante, y daba a su espíritu determinada dirección, que cuidadosamente seguía. Su método higiénico alcanzaba desde la manera de esforzarse en impedir la irritación que le producía el toser hasta la medida y la naturaleza de las comidas y las bebidas. Cuando trabajaba en su gabinete tenía la inquebrantable costumbre de colocar su pañuelo en una silla muy distante de él, con el objeto de levantarse cada vez que le fuera necesario y no permanecer mucho tiempo inmóvil en su asiento.

Por pueriles que parezcan estos cuidados, no se debe juzgar a nuestro filósofo de una manera inconveniente. Kuno Fischer⁴⁸ observa, con razón, acerca de tan peregrinos métodos terapéuticos: «Estaba muy lejos Kant de amar

⁴⁷ *Darstellung des Lebens und Characters Kant*, 113.

⁴⁸ *Kant's Leben*, VIII.



demasiado la vida y de temer la muerte. Cuidaba de su cuerpo como se cuida de un instrumento que se desea mantener el mayor tiempo posible en buen estado de servicio. Poco había hecho la naturaleza por su salud, pero él la hizo su obra predilecta, y no hay que extrañar que sintiera por ella el afecto del autor, que no la olvidara un solo momento. que fuera preferentemente su tema de conversación y que gozara, lleno de satisfacción, al ver coronados por el éxito sus cuidados. Su salud era para él un experimento. Y todo el celo con que la atendía es el que se aplica siempre a todo experimento que se quiere lograr. Pensaba hasta en la duración de su vida según las mayores probabilidades, y leía minuciosamente la estadística de la mortandad de Könisberg, que pedía al jefe de policía.»

XIV

... Evidentemente saciado del placer y de la expedición (página 64).

Lo que tanto aquí como en la página 70 refiere Quincey, más que tomado de Wasianski, parece inspirado en el siguiente pasaje de Jachmann: «Una vez volvía Kant de su paseo habitual, y en el momento de entrar en su calle encontró a cierto conde que por la misma calle iba. El conde, hombre muy atento, detuvo al punto su carruaje, bajóse de él e invitó a nuestro filósofo a dar un paseo. Kant, sin reflexionar y cediendo al primer impulso de la urbanidad, aceptó y subió al coche. Los briosos movimientos del fogoso corcel y las voces del conde le hicieron bien pronto amohinarse, a pesar de la seguridad que el último le daba de su pericia hípica. Fueron primero a visitar algunas fincas inmediatas a la ciudad; propuso después el conde una visita a un amigo que de allí distaba una legua corta. y Kant, por cortesía, no tuvo más remedio que decir: *Concedo*

totum. Finalmente, y en desarmonía con todas sus costumbres, llegó a su casa a las diez, incómodo y disgustado. Con este motivo tomó por máxima no subir jamás a un coche que él no hubiera alquilado y del cual no pudiera disponer a su antojo, así como no dejarse convidar por nadie. Y cada máxima que para sí establecía era él mismo, y nadie hubiera sido capaz de hacerle desistir de ella.»

XV

... A la vez que expresan la conciencia que debía tener del valor del dinero, realizan infinitamente el mérito de su generosidad (página 78).

En la época de Kant, no estaban los catedráticos de Universidad tan bien retribuidos como lo están hoy en Alemania, y sus sueldos apenas correspondían a las necesidades sociales que trae consigo la posición social del cargo académico. Amén de esto, ya se ha visto los muchos años que Kant tardó en llegar a ser *ordinarius*. Pero gracias a su economía (que constituía una verdadera virtud, tan distante, según la ética de Aristóteles, de la prodigalidad como de la avaricia), no sólo logró vivir con decoro, sino que pudo sostener a sus parientes pobres por medio de pensiones moderadas, y al morir les legó una fortuna bastante considerable para la época. He aquí lo que Jachmann dice: «Aquel gran hombre aspiró desde su juventud a librarse de toda dependencia, a fin de poder vivir para sí y para su deber. Hallaba en esa independencia la base de toda la felicidad de su vida, y ya en edad avanzada aseguraba que había sido mucho más feliz privándose de una cosa que gozándola a expensas de otro. Cuando era profesor, estaba tan gastado su único traje, que algunos amigos creyeron que debían someter a su juicio, con la mayor discreción posible, el deseo que tenían de comprarle uno nuevo. Kant se regocijaba



todavía en su vejez al recordar la fuerza con que rehusó aquel ofrecimiento, y llevó una levita vieja, aunque limpia, por no soportar el peso de una deuda. Consideraba como uno de los mayores bienes de su vida no haber debido un céntimo a nadie, y decía frecuentemente: *Cuando a mi puerta llamaban, siempre pude responder con pecho sereno y tranquilo: ¡Adelante!, porque estaba seguro de no ver nunca delante de mí a un acreedor.*»

En punto a posición económica, Kant no tuvo mucho que envidiar a su célebre discípulo Fichte. El encuentro de estos dos grandes hombres es interesante por todos conceptos, y creo que la mejor manera de dar una idea exacta del modo de ser y de la situación de ambos es reproducir fragmentos del diario de Fichte, conservado en una biografía publicada por su hijo y citada por Heine⁴⁹: «Desde hacía mucho tiempo deseaba tener con Kant una entrevista seria y no sabía qué camino tomar. Al fin formé la idea de escribir un *Versuch einer Kritik aller Offenbarung* y presentárselo como carta de recomendación. Empecé aproximadamente hacia el 13 de julio, y desde entonces trabajé sin descanso... Por fin, el 18 de agosto envié a Kant mi trabajo terminado, y fui a su casa el 26 para conocer su opinión. Me ha recibido con particular bondad y se mostró muy satisfecho de mi tratado. No hemos tenido una verdadera conversación filosófica. Por lo que concierne a mis dudas filosóficas, me ha remitido a su *Kritik der reinen Vernunft* y al predicador áulico Schultz, al que voy a ver en seguida. El 26 he comido en casa de Kant con el profesor Lommer, y he hallado que Kant es un hombre muy ingenioso y muy amable. Desde ese día únicamente he reconocido en él los rasgos dignos del gran talento de que están impregnados sus escritos. El 27 terminé este diario, después de hacer extractos del curso de Kant sobre antropología, que me prestó M. de L. Tomo al mismo tiempo la resolución de conti-

⁴⁹ *De l'Allemagne*, I, 141, 146.

nuar regularmente este diario todas las noches antes de acostarme y consignar en él todo lo que encuentre de interesante. El 28 por la noche he comenzado a releer mi *Versuch*. Por desgracia, los pensamientos y las ideas verdaderamente buenos que se me ocurren, me han convencido de que mi primer trabajo es muy superficial. He querido llevar hoy más lejos ese examen, pero mi imaginación se ha distraído de tal manera que no he podido hacer nada en todo el día. Esto no es extraño, por desgracia, en mi posición actual. He calculado que no me quedan medios de subsistencia más que para catorce días. Verdad que ya me he encontrado otras veces en apuros semejantes; pero era en mi patria, y además, al aumentar en edad y en delicados sentimientos del honor, esta situación se hace muy dura... No he tomado, ni puedo tomar, resolución alguna. No me confiaré al pastor Borowski, al cual me ha dirigido Kant; si me confío a alguien ha de ser al mismo Kant, pero a ningún otro... El 29 fui a casa de Borowski, que es un hombre verdaderamente bueno y respetable. Me ha propuesto una colocación que, además de no estar todavía muy segura, no me agrada mucho. Y sin embargo, sus maneras francas y leales me han arrancado la confesión de que me corría mucha prisa el encontrar trabajo. Me ha aconsejado que vaya a ver al profesor W. Hoy no he podido trabajar... Al día siguiente fui, en efecto, a casa de W. y en seguida a la del predicador áulico Schultz. Las impresiones del primero son poco favorables; sin embargo, me ha hablado de un puesto de preceptor en Curlandia, que únicamente aceptaré apremiado por la necesidad. En casa del predicador áulico fui recibido al principio por su mujer. Después apareció él, pero encerrado en círculos matemáticos. Sin embargo, cuando oyó con más claridad mi nombre, la recomendación de Kant le hizo más expresivo. Es un tipo prusiano anguloso, pero sus rasgos respiran bondad y lealtad. He conocido en su casa a Brocunlich, al conde de Daenhof, a Buttner, sobrino del predicador, y a un joven sabio de Nuremberg,



Ehrhard, excelente muchacho, pero desconocedor del mundo... El 1 de septiembre tomé una firme resolución, que he querido comunicar a Kant. Aunque me costara mucho trabajo aceptarlo, el caso es que ni un puesto de preceptor se presenta; la incertidumbre de mi situación me impide. por otra parte, trabajar con el espíritu libre y aprovechar las instructivas relaciones de mis amigos. Es, pues, necesario que regrese a mi patria. Yo hubiera podido tal vez procurarme, por medio de Kant, el dinero que para ello necesito; pero al ir a su casa para descubrirle mi situación me ha faltado el valor. He tomado el partido de escribirle. Por la noche me han invitado a casa del predicador áulico, donde pasé una velada muy agradable. El 2 acabé la carta para Kant y se la he enviado.» Por muy notable que sea esa carta, Heine no se resolvió a trasladarla al francés. «Creo (dice) que me ruborizaría; parecíame revelar delante de los extranjeros los más poderosos sufrimientos de la familia. A despecho de mis esfuerzos para llegar a la urbanidad francesa, a pesar de mi cosmopolitismo filosófico, siempre va conmigo la vieja Alemania con todos los sentimientos de filisteo... En fin, no puedo transcribir esa carta y me limito a decir que Kant era tan pobre que, a pesar del tono conmovedor, desgarrador, de aquel escrito, no pudo prestar dinero a Fichte.» Pero éste no se molestó lo más mínimo, como se ve por las palabras de ese diario que vamos a seguir copiando: «El 3 de septiembre he sido invitado a comer en casa de Kant. Me recibió con su acostumbrada cordialidad, pero me dijo que no había podido tomar ninguna resolución respecto de mi carta, pues no se encontraba en estado de poder complacerme hasta dentro de quince días. ¡Qué franqueza tan amable! Además, me ha presentado, acerca de mis designios, dificultades que prueban que conoce bastante nuestra posición en Sajonia. No he hecho nada en todos estos días; sin embargo, voy a ponerme a trabajar y dejar lo demás a la gracia de Dios... El 6 he sido invitado a comer a casa de Kant, quien me ha



propuesto vender al librero Hartung, por intermedio del pastor Borowski, el manuscrito de mi *Versuch*. Está bien escrito, me ha dicho cuando he hablado de rehacerlo... ¿Es esto verdad? Sin embargo, ¡Kant lo ha dicho! Por lo demás, ha declinado el objeto de mi primera petición. El 10 he comido en casa de Kant. Nada hablamos de nuestro asunto: allí estaba Geusinchen. Hemos tenido una conversación general, interesante casi siempre. Por lo demás Kant sigue siendo el mismo para mí... El 13, hoy, he querido trabajar y no he hecho nada. Me abrumba la inquietud. ¿Cómo acabará esto? ¿Qué será de mí dentro de ocho días? Para entonces habré agotado todo mi dinero.» Después de vagar a la ventura, tras larga estancia en Suiza, Fichte encontró, por fin, en Jena un empleo, y desde entonces puede decirse que comenzó a producir.

XVI

... Dijo de manera que fui capaz de comprender: «Basta» (página 86).

Quincey afirma que en la noche del 11 al 12 de febrero de 1804, al tomar una cucharada de cierta bebida, Kant dijo: «Basta.» Otros biógrafos suponen que dijo: «Está bien.» Como quiera, una u otras palabras, ellas fueron las últimas que Kant pronunció. Algunas horas después se colocó en su lecho en la actitud de un hombre que se prepara a un acto solemne. A poco cubrió su rostro la palidez de la muerte, y al mediodía Kant había dejado de existir.

FIN



ÍNDICE

<i>Introducción</i> , por Amador Palacios	7
Prólogo del traductor	23
LOS ÚLTIMOS DÍAS DE KANT	
I. Preludio biográfico	27
II. Relaciones con el profesor	31
III. Sus horas	39
IV. Decadencia cerebral del filósofo	47
V. Lampe	53
VI. Enfermedad estomacal	63
VII. Idiotez definitiva	69
VIII. Muerte del pensador de Königsberg	75
Notas del traductor	89



LOS ÚLTIMOS DÍAS DE KANT

de Thomas de Quincey
se terminó de imprimir en los talleres
de Romanyà/Valls

el día 24 de octubre de 1989

BIBLIOTECA DE TRADUCTORES

TÍTULOS PUBLICADOS

- Stendhal: *La Cartuja de Parma*. Traducción de Manuel García Morrente. Edición de Francisco López.
- Benjamin Constant: *Adolfo*. Traducción de Manuel Abril. Edición de Arturo Ramoneda.
- Ilia Ehrenburg: *Fábrica de sueños*. Traducción de José María Quiroga Pla. Edición de Gloria Rey.
- Luigi Pirandello: *Tercetos*. Traducción de Juan Chabás. Edición de César Antonio Molina.
- Thomas de Quincey: *Los últimos días de Kant*. Traducción de Edmundo González-Blanco. Edición de Amador Palacios.
- Anatole France: *El jardín de Epicuro*. Traducción de Manuel Ciges Aparicio. Edición de Cecilio Alonso.
- Charles Dickens: *Aventuras de Picwick*. Traducción de Benito Pérez Galdós. Edición de Arturo Ramoneda.
- Leon Tolstoi: *Kolstomero y otros relatos*. Traducción de Josep Carner. Edición de José Ángel Cilleruelo.
- Máximo Gorki: *Tomás Gordeieff*. Traducción de Rubén Darío. Edición de Carlos Álvarez.
- Leon Tolstoi: *Caudillo Tártaro*. Traducción de Rafael Cansinos-Aséns. Edición de Juan Lamillar.